

YO SIGO CAÑUTA.

Un estudio sobre las causas agrarias de la
despoblación en Calasanz, Huesca.



Ana Lleida Añón

Tutor: Manuel González de Molina

Tesis Final de Máster: Agroecología, un enfoque para la sustentabilidad rural

Universidad Internacional de Andalucía

2019/2020



YO SIGO CAÑUTA. Un estudio sobre las causas agrarias de la despoblación en Calasanz, Huesca.

Autora: Ana Lleida Añón

Tutor: Manuel González de Molina

Resumen: A lo largo de los siglos XIX y XX, Aragón experimentó una serie de transformaciones en su sector agrícola e industrial que lo encaminaron hacia la modernización. Este proceso, sin embargo, se caracterizó por ser enormemente dual: mientras el Valle del Ebro, con Zaragoza a la cabeza, desarrolló una potente industria y agricultura de regadío, las zonas montañosas tardaron más de medio siglo en adaptarse a las nuevas exigencias de un mercado ahora global, protagonizado por las grandes empresas de la agroindustria. Calasanz, un pequeño pueblo de La Llitera, ilustra las vivencias de estos pueblos de secano, de montaña, cuya transformación a una agricultura moderna implicó la desaparición de su sistema campesino tradicional y la pérdida de la mayoría de su población. Calasanz, que en su día tuvo más de 1000 habitantes, es, hoy, un desierto demográfico.

Palabras clave: despoblación, industrialización, agricultura, ganadería, Aragón, Huesca, Llitera, conocimiento tradicional ecológico, agroecología.

Contenido

Introducción	5
Justificación del tema	7
Objetivos	8
Marco teórico	9
El estudio de la (des)población	9
La gente del pueblo	15
El conocimiento ecológico tradicional	20
El papel de la agricultura	21
La cosmovisión del liberalismo. El capitalismo.	22
Las raíces del problema: Industrialización y Revolución Verde	25
Algunos de sus frutos: Globalización e Imperios Alimentarios Corporativos	27
Otras miradas. La agroecología	31
Epistemología. Tierra sobre la que germinar	33
Contextualización	34
Aragón. Desequilibrio territorial.	35
Huesca: La Llitera	37
Calasanz e un llugá chico	42
Metodología	44
Escala de análisis y unidad de observación.....	44
Método y técnicas de investigación	44
Desarrollo	47
Introducción	47
Siglo XIX	47
1840-1900	48
Siglo XX	53
1900-1936	55
1936-1959	64
1959-1980	70
Conclusiones	79
Futuras líneas de investigación	85
Bibliografía	87
ANEXOS	95
Anexo 1: Guión para las entrevistas semiestructuradas	95
Anexo 2: Poemario sobre costumbres en Calasanz, por Lumbiarres Benabarre	95

Anexo 3: Recopilación ilustrada de herramientas tradicionales de trabajo en Calasanz, por Jose Mº Nin Noguera de Casa Carpinteret	99
Anexo 4: Relatos sobre la alimentación de los animales en Calasanz (antes de 1960). Pilar de Casa Andreu y Anita de Casa Cera.....	101
Anexo 5: Relatos sobre el trabajo en el campo en Calasanz. Técnicas tradicionales. Pilar de Casa Andreu.	103
Anexo 6: Almanagues de 1920, 1930 y 1956, facilitados por Victor Bayona (Centro de Estudios Literanos CELLIT)	105
Anexo 7: Registro sobre las casas, titular y personas que la forman, realizado por las colectividades anarquistas en Calasanz, 1937-1938 (Alós Pascáu, 2003)	106
Anexo 8: Calasanz en fotografías.....	107

A veces, uno cree que todo lo ha olvidado, que el óxido y el polvo de los años han destruido ya completamente lo que, a su voracidad, un día confiamos. Pero basta un sonido, un olor, un tacto repentino e inesperado, para que, de repente, el aluvión del tiempo caiga sin compasión sobre nosotros y la memoria se ilumine con el brillo y rabia de un relámpago.
(Llamazares, 2001)

A todos los que tuvieron que marchar.
A los que se quedaron.
A mi familia, por ayudarme a recuperar su memoria.
A mi abuelo.



Comida en Ixarz, años 80, Casa Andreu

Introducción

*Calles por las que ronda el viento,
puertas que ya no se abrirán.
Cada vez menos y más viejos.
Cuenta que así el cuento acaba mal.*
(“Aquí quiero vivir”, La Ronda de Boltaña)

En las últimas décadas, la despoblación en nuestra península ha pasado a ser parte del debate público y político, desde su repentina aparición en programas de televisión hasta manifestaciones para alzar la voz de esa España “vacía”. Sin embargo, el vacío rural no es nuevo; lo que vemos hoy no es más que la fotografía actual de un largo y complejo proceso en el que encontramos decisiones políticas, transformaciones tecno-económicas, problemáticas sociales, obstáculos climáticos, etc. Algunos autores consideran que hasta hace dos décadas, la despoblación era un fenómeno localizado en ciertas regiones españolas, pero hoy afecta a todo el país (Acosta Naranjo et al., 2019). Entre esas zonas aisladas en las que la despoblación es una vieja conocida, se encuentra Aragón (Acosta Naranjo et al., 2019). Si, además, nos acercamos a esa historia “micro” tan real pero tan olvidada, descubriremos el mundo de dudas, miedos, promesas, mentiras, decepciones, frustraciones, añoranzas y sabiduría en el que habitaron aquellas personas que llevan la despoblación grabada en sus cuerpos.

El enfoque que se ha venido dando a la hora de analizar la despoblación es aquel que se centra en el acceso a bienes y servicios, en las comunicaciones, y en tendencias demográficas como el envejecimiento de la población. En este trabajo pretendemos, por un lado, colaborar en la construcción de un saber holístico que contemple las distintas dimensiones de un mismo fenómeno, por lo que trataremos de observar cuáles son las relaciones entre la actividad agrícola y ganadera de Calasanz (Huesca) –nuestro sujeto de estudio- y la evolución histórica de su población. Por otro lado, consideramos que el estudio de las transformaciones agrícolas durante el último siglo y medio puede arrojar mucha luz sobre las raíces de las emigraciones y, por tanto, mostrar la complejidad del problema y la necesidad de soluciones plurales y amplias que no dejen de lado una revitalización de la agricultura por vías diferentes a las convencionales.

El éxodo rural en el Alto Aragón -donde se encuentra Calasanz- aumentó su intensidad a mediados del siglo XIX (Erdozain Azpilicueta y Mikelarena Peña, 2003; Ayuda Bosque et al., 2000). La emigración hacia Francia, Barcelona y Zaragoza empezó a crecer exponencialmente al entrar en crisis los sistemas de vida tradicionales, principalmente debido a la conjunción entre la crisis agraria finisecular y la formación de un mercado mundial de productos agrarios que obligaba a la transformación urgente de la agricultura (Erdozain Azpilicueta y Mikelarena Peña, 2003). De esta manera, cambios geopolíticos, económicos y tecnológicos tuvieron y tienen consecuencias en el tamaño y composición de la población agraria, y en sus estrategias de reproducción. En la agricultura orgánica tradicional, el empleo de mano de obra era fundamental, pero a partir de 1900 la población aragonesa activa agraria comienza un descenso que todavía hoy continúa (González de Molina et al., 2019), llegando Huesca a ser hoy una de las zonas menos pobladas de la Unión Europea (Ayuda Bosque et al., 2000).

Entre 1955 y 1985 tiene lugar una transformación profunda del sector agrario en Aragón en la que se abandonan los modos de producción tradicionales y se modifica la

composición del output (Clar y Pinilla, 2009). Los cambios que traen tanto las nuevas tecnologías como la nueva demanda de una sociedad urbanizada supusieron nuevas necesidades y mandatos a las que la agricultura y la ganadería tuvo que adaptarse, surgiendo además dos espacios muy diferenciados: un Aragón central dinámico y transformado, y unas zonas de montaña, al norte y al sur, que quedaron atrás (Clar y Pinilla, 2009). Asistimos, entonces, a una paulatina desagrarización de la sociedad aragonesa y española en general (Clar y Pinilla, 2009): el sector agrario en el país ha ido perdiendo peso relativo en el conjunto de la economía mientras el coste de vida de los grupos domésticos rurales se ha ido elevando (González de Molina et al., 2019). Frente a esta situación, las familias cuyo sustento provenía de la actividad agraria se han visto obligadas a cambiar sus estrategias de supervivencia: intensificación, especialización productiva, diversificación de actividades, abandono de la actividad, emigración... Son diferentes caras de una misma moneda: los distintos ritmos de desarrollo económico, tecnológico e industrial que se dieron en las diferentes zonas de Aragón desde finales del siglo XIX (Ayuda Bosque et al., 2000). Así, desde mediados del siglo XX la producción agroganadera aragonesa culmina la transformación que se inició siglos atrás, modificando los modos de vida y trabajo en el campo y configurando un sector agrario totalmente dependiente, primero, de los nuevos paquetes tecnológicos, segundo, de la industria de la transformación y distribución y, tercero, de los nuevos gustos, necesidades y modos de consumo del nuevo mundo “desarrollado” (Clar y Pinilla, 2009). Algunas zonas pudieron amoldarse a las nuevas velocidades y dinámicas, pero otras no, por lo que ciertos núcleos urbanos experimentaron una gran expansión mientras que un elevado número de poblaciones quedaron reducidas a un tamaño que dificulta su supervivencia (Ayuda Bosque et al., 2000).

La tendencia actual es a la profundización en estos procesos de despoblación y envejecimiento de nuestros pueblos, y las zonas que se encuentran actualmente más “vaciadas” son, precisamente, aquellas que se especializaron en el sector agrario (Ayuda Bosque et al., 2000). Teniendo en cuenta el pasado y presente agrícola de estos movimientos migratorios, cabe preguntarse ¿qué ocurrió con aquella agricultura que permitió la reproducción y supervivencia de las familias del pueblo durante décadas? ¿por qué y desde qué momento los grupos domésticos de esta zona de la península dejaron de poder sustentarse mediante sus actividades tradicionales? ¿en qué medida fue motivación para la emigración a zonas más urbanas?

A través de una revisión bibliográfica, recuperaremos la historia de las transformaciones agrícolas e industriales en Aragón, concretamente en la comarca oscense de La Llitera, donde se localiza Calasanz. Situando el punto de partida en el siglo XIX, complementaremos estos estudios de carácter histórico con aportaciones desde la antropología y la agroecología. Mediante técnicas etnográficas recopilaremos los relatos de algunos de los últimos habitantes de Calasanz sobre cómo vivieron las crecientes migraciones de sus familiares y amistades. Finalmente, reflexionaremos sobre el papel que ha tenido la consolidación de los regímenes alimentarios corporativos (Delgado Cabeza, 2013) en la vida de este pueblo, aplicando una perspectiva agroecológica que ponga en valor lo que las últimas *cañutas*¹ tienen que contar.

¹ *Cañuto/a*, gentilicio de Calasanz.

Justificación del tema

A la hora de considerar la pertinencia de un estudio a pequeña escala sobre la despoblación de la localidad de Calasanz, Huesca, debemos tener en cuenta diferentes aspectos.

En primer lugar, la despoblación no es únicamente un fenómeno demográfico, económico, político... sino una intensa experiencia vital que marca un antes y un después en el pueblo y sus gentes. La cotidianidad *cañuta* se configura alrededor de los efectos de la despoblación, y es cuestión de, como mínimo, justicia social aprovechar el privilegio del espacio académico para convertir este trabajo en altavoz de sus voces y en pretexto para el necesario debate sobre las políticas de “desarrollo”.

En segundo lugar, mientras la mitad de las aragonesas viven en Zaragoza (Mainar Jaime, 2005), continúa de manera imparable el abandono del sector agrícola, conduciendo a una situación insostenible que convierte al desarrollo rural en un reto ineludible para Aragón y para el conjunto de España (Badiola Díez, 2005). Como se pregunta Duch (2019), si “*en el 2050 el 70% de la población vivirá en las grandes ciudades, ¿quién alimentará a esta bestia?*”. No hace falta irse al futuro, hoy, económicamente, las zonas despobladas están especializadas en el sector agrario (Ayuda Bosque et al., 2000), por lo que a la hora de elaborar políticas de desarrollo y de reequilibrio territorial, la agricultura y la agroalimentación deben ser un eje fundamental (Mainar Jaime, 2005). Aragón ha tenido tradicionalmente un carácter agrícola y ganadero, pero el modelo agrario actual no funciona y para replantearlo debemos ampliar la mirada a toda la cadena alimentaria; el sector agroalimentario en su conjunto (Mainar Jaime, 2005). Es esencial vincular el estudio de la despoblación al estudio de la agricultura; replantear el carácter que debe tomar el abordaje de la despoblación implica necesariamente un cuestionamiento de las soluciones políticas, económicas y tecnológicas que se han venido formulando hasta hoy.

En tercer lugar, a nivel ecológico, los procesos intensos de emigración rural tienen un impacto muy negativo en el ecosistema local. La despoblación actual es posterior a una sobrepresión demográfica desde finales del siglo XIX y mediados del XX que se acompañó de una inadecuada gestión de los recursos naturales que ya autores como Joaquín Costa (1892) o Bielza de Ory (2003) denuncian: desde finales del XVIII, el bosque aragonés fue explotado intensamente para extraer madera -destinada a carbón, ferrerías o armamento-, hojarasca, bellota, etc. La posterior desamortización decimonónica privatizó gran parte del monte, transformándose así las laderas bajas en tierras de cultivo que se sumaron a la roturación de parcelas marginales, antes dedicadas a la explotación silvopastoral, provocada por el aumento de la presión poblacional (Bielza de Ory, 2003). Así, tras la adaptación de gran parte del ecosistema a los usos humanos y consecuente deforestación, el éxodo rural implicó el abandono de muchas de estas explotaciones, la mayoría dispersas y de difícil mecanización (Bielza de Ory, 2003). El resultado de estos procesos ha sido la pérdida de suelos por erosión al faltar cubierta vegetal, desequilibrios hidrológicos, inundaciones, desbordamientos, embastecimiento de los pastos al entrar en crisis la trashumancia o la proliferación de especies vegetales no deseables (Bielza de Ory, 2003). Por otro lado, los bosques que no han desaparecido han entrado en una fase de subexplotación en la que el sotobosque se espesa, se rearboreza y se cubre de maleza, aumentando su igniscibilidad al no haber rebaños que hagan uso de ella y al aplicarse políticas de repoblación forestal que sustituyen quercíneas por coníferas (Bielza de Ory, 2003). Este fue el caso del incendio en el monte de Calasanz, que en 2006

arrasó más de 1600 hectáreas², de las cuales 1232 eran arboladas (EDLP Ceder Zona Oriental de Huesca, 2014-2020): la falta de población rural hace más indefenso al bosque, y sus usos turísticos y de ocio aumentan su vulnerabilidad, ya que la población campesina –casi desaparecida- está integrada en el ecosistema, mientras que la transeúnte y turista – que se ha multiplicado en las últimas décadas- promueve la “reserva” de espacios naturales que impiden su empleo agrícola (Bielza de Ory, 2003).). Las huellas del abandono quedan latentes en edificios, acequias, caminos, bancales, molinos... (Escolano y De La Riva, 2003). La despoblación transforma el paisaje.

Finalmente, la agroecología tiene mucho que decir en cuanto a la despoblación, y también mucho que aprender de aquellas que la han vivido. La población rural y agraria es el elemento fondo más esencial para la sostenibilidad de los agroecosistemas (González de Molina et al., 2019). No podemos hablar de una recampesinización ni de una recuperación de conocimientos tradicionales ecológicos sin pararnos a escuchar a la gente “del pueblo”. Sus historias, su vivencia, sus recuerdos y su memoria hablan más alto que cualquier manual. El caso concreto de Calasanz aporta, además, la perspectiva de una zona de secano que presenta unas características, dinámicas y dificultades muy distintas a aquellas en las que suele proliferar la agroecología.

El mundo rural tiene mucho que decir en cuanto a cambio climático, a redistribución, justicia social, equilibrio territorial, ecología, agroecología y políticas públicas. Como defiende Pérez-Vitoria (2010): la cuestión campesina nos concierne a todos, de ella depende nuestra alimentación y una gran parte de nuestro medio ambiente, y de ella dependerá en un futuro cercano nuestro modo de vida, nuestra cultura. Es posible que no nos hagamos todas campesinas, pero es poco probable que nuestra sociedad tenga futuro sin un campesinado numeroso y fuerte (Pérez-Vitoria, 2010).

Objetivos

(...)
*Por eso
Aunque las escrituras
No lo digan
Todo verdor
Renacerá*
(Mario Benedetti)

Como hipótesis principal de estudio, planteo que la situación actual de despoblación del municipio de Peralta de Calasanz, Huesca, tiene una raíz agraria en tanto que su modo de vida tradicional, eminentemente agrícola, ha ido desapareciendo paralelamente a la introducción de un tipo de agricultura industrializada, terminando así con toda transmisión de conocimientos tradicionales ecológicos. En este sentido, me propongo una serie de objetivos de investigación:

1. Prospeccionar las relaciones tradicionales de las personas habitantes de Calasanz con su medio ambiente, caracterizando sus formas tradicionales de manejo agrícola.

² El periódico de Aragón: https://www.elperiodicodearagon.com/noticias/aragon/voraz-incendio-arrasa-cerca-1-300-hectareas-calasanz_265987.html

2. Rescatar el conocimiento ecológico tradicional de los distintos pueblos de Calasanz recopilando relatos sobre su contenido, sus mecanismos de transmisión y los agentes implicados.
3. Indagar cuál fue el momento y cuáles los motivos del abandono de la agricultura tradicional como actividad principal de supervivencia.
4. Identificar qué conflictos, presiones y tensiones sociopolíticas han sido claves en la configuración del territorio, especialmente en cuanto al manejo de tierras y a su demografía.
5. Prospeccionar las relaciones actuales de las personas habitantes de Calasanz con su medio ambiente, caracterizando sus formas de manejo agrícola de las últimas décadas.
6. Descubrir cuál es el estado del tejido social de los pueblos de Calasanz y qué proyectos de desarrollo rural se están llevando a cabo.
7. Averiguar cuáles son las expectativas sobre la vida en el municipio de las personas que lo habitan.
8. Explorar la potencialidad de la agroecología como herramienta para tratar con la despoblación rural.

Marco teórico

Esas cosas que salen en los libros de sociología o geografía. Quiero decir lo del desarrollo económico, las fases de implantación de un sistema capitalista, la transición de una sociedad preindustrial a una industrializada, en fin, ya me entendéis: esa parafernalia de terminología con la que los estudiosos pretenden hacer una caja para meter allí todo lo que ha sucedido a lo largo de muchos años en un pueblo. Está bien eso de hacer cajas para meter cosas. Sí, está bien, pero a veces la caja no deja ver lo que hay dentro o -también suele suceder- los que hacen la caja acaban convencidos de que sólo ella existe, al margen del contenido. Bueno, da igual. No me hagáis caso. A lo que iba: lo de la industrialización y esas cosas.
(Pallaruelo, 1990)

Podríamos definir que la “ciencia” de observación que estudia la constitución cuantitativa y cualitativa de las colectividades humanas –poblaciones- y sus variaciones -movimientos- es la demografía (Mortara en Vieira Pinto, 1973). Sin embargo, no existe una concepción uniforme del objetivo ni del marco de la demografía; las visiones de lo que es la demografía varían de lugar a lugar, de tiempo a tiempo (Vieira Pinto, 1973). Así, a pesar de que en la mayoría de estudios sobre movimientos poblacionales –que es en lo que consiste en esencia la despoblación- impera la visión demográfica del fenómeno, proponemos aquí construir un nuevo saber que debe ser necesariamente transdisciplinar: demografía, historia, antropología y agroecología, entre otras son disciplinas hermanas, deben reencontrarse. En este sentido, emplearemos una variedad de herramientas teóricas y prácticas provenientes de cada una de estas disciplinas para estudiar la historia de la despoblación de nuestra unidad de observación, Calasanz. A continuación, expondremos algunos de los conceptos teóricos que guiarán nuestra perspectiva analítica dividiendo el apartado en los respectivos bloques temáticos pertinentes a la cuestión de la despoblación.

El estudio de la (des)población

Como señalábamos en el apartado anterior, la población puede considerarse como uno de los elementos fondo más importantes dentro de un agroecosistema (González de Molina

et al., 2019), parte fundamental de cualquier geosistema (Escolano y De La Riva, 2003). De hecho, la mayoría de sus definiciones muestran un fuerte vínculo entre la tierra y sus gentes, pudiendo entender “población” como conjunto de personas que coexisten en un territorio delimitado (Escolano y De La Riva, 2003). Desde este punto de vista, la despoblación rural se transforma no sólo en la pérdida de población, sino en la pérdida de recursos esenciales de un ecosistema; aquellas personas que han aprendido a convivir con él y poseen los saberes asociados a su cuidado.

Uno de los conceptos demográficos más empleados para entender la despoblación es el de densidad de población. Se trata de un indicador de la presión humana sobre el territorio que muestra la relación entre el número de habitantes de un área y la superficie de la misma (Escolano y De La Riva, 2003). Según este criterio, aquellas zonas por debajo de los 10 habitantes por km² son “áreas o espacios desiertos” (Escolano y De La Riva, 2003). El grado de concentración-dispersión de la población es otra herramienta muy vinculada a la densidad en función del cual podemos relacionar los “espacios desiertos” con modelos de alta dispersión de asentamientos y población en los que la prestación y acceso a servicios se encarece y dificulta (Escolano y De La Riva, 2003). Los modelos de alta concentración son aquellos que, por el contrario, se componen de núcleos de gran tamaño demográfico en los que los servicios son asequibles y accesibles (Escolano y De La Riva, 2003).

Cuando hablamos de despoblación hablamos, necesariamente, de migraciones. Las migraciones son una cuestión transversal, un fenómeno social total (Maus, 1923) en el que se expresan a la vez todo tipo de instituciones económicas, familiares, políticas, jurídicas, etc y en el que las causas y consecuencias afectan y son a su vez influidas por diversos componentes de la sociedad (Silvestre Rodríguez, 2002). Hasta los años 70 del siglo pasado, las investigaciones sobre migraciones partían de una premisa: el aumento de migraciones se asociaba a la industrialización. Sin embargo, como veremos a lo largo de este trabajo, las sociedades “preindustriales” también eran móviles (Silvestre Rodríguez, 2002). De todas maneras, los procesos industrializadores y la consecuente integración de las economías a escalas mundiales desde el siglo XIX transformó cualitativamente el patrón migratorio anterior, pasando de migraciones temporales y de corta-media distancia a migraciones permanentes de media-larga distancia que se concentran en un número menor de destinos (Silvestre Rodríguez, 2002). Así, podríamos distinguir entre el concepto de “migración”, relativo a cambios de residencia más o menos definitivos, y el de “movilidad”, ligado a movimientos temporales, estacionales, cíclicos –normalmente asociados a trabajos agrarios- (Silvestre Rodríguez, 2002).

La despoblación ha sido definida como la falta total o parcial de la gente que poblaba un lugar (Bielza de Ory, 2003). Suele entenderse que el tamaño y forma de las poblaciones influyen sobre sus características económicas y sociales (Escolano y De La Riva, 2003), y señalarse como causas la falta de oportunidades, servicios e infraestructuras (Acosta Naranjo et al., 2019). No obstante, estos factores no tienen una fuerza explicativa suficiente (Acosta Naranjo et al., 2019); debemos tener en cuenta el carácter de fenómeno social total; innovaciones tecnológicas, revoluciones económicas, cambios ecológicos, etc, alteran los equilibrios entre población y territorio provocando despoblaciones en unas zonas y concentraciones en otras (Bielza de Ory, 2003) y siendo muy difícil trazar una relación de causalidad clara entre elementos que provocan estas migraciones y elementos resultantes de las mismas.

Entre los fenómenos asociados a la despoblación –y que consideramos simultáneamente causa y consecuencia de la continuidad de este proceso- encontramos la pérdida cuantitativa de recursos humanos, el descenso de la densidad de población, la falta de efectivos para gestionar el territorio, el envejecimiento de la población, la alteración del equilibrio entre hombres y mujeres, el descenso de la natalidad, el aumento de la mortalidad... (Bielza de Ory, 2003). Para algunas autoras, el nivel de la renta es una cuestión que varía según el área despoblada, pero por lo general suele decaer por el descenso de la productividad y la emigración de las personas activas, a no ser que estas localidades perciban subvenciones (Escolano y De La Riva, 2003). Otra cuestión sobre la que proliferan investigaciones es la relación entre la calidad y cantidad de infraestructuras, transportes y comunicaciones y la despoblación: las densidades de población más elevadas se sitúan alrededor de los ejes carreteros, y las más bajas en los intersticios entre estas vías (Escolano y De La Riva, 2003). Además, los servicios y equipamientos públicos se guían por un esquema jerárquico que se basa en la localización y tamaño de la demanda, creando desigualdades en cuanto a precio y calidad entre zonas más pobladas –mayor demanda- y menos (Escolano y De La Riva, 2003).

Detengámonos a analizar algunos de estos fenómenos característicos de la vida rural en un contexto de despoblación. Por un lado, la dotación de redes de comunicación (carreteras, autovías, internet, incluso suministro de agua, recogida de basuras, etc) ha seguido la misma dinámica de descenso que la población en núcleos de menor tamaño, así como servicios sanitarios, educativos o de ocio (Acosta Naranjo et al., 2019). Algunas de las políticas públicas se han enfocado en ofrecer dotaciones que no han hecho sino aumentar el problema; las soluciones deben ir por vías distintas (Acosta Naranjo et al., 2019). Puede ser interesante, así, reflexionar sobre el papel del empleo en el mundo rural. Existe una clara relación directa entre menor oferta de trabajo agrario y mayor despoblación (Acosta Naranjo et al., 2019). El rechazo al trabajo en el campo ha ido creciendo, y la mano de obra en las últimas décadas acostumbra a ser inmigrante, creando una compleja relación entre empleo y residencia en los pueblos: muchas personas que trabajan en el medio agrario –igual que empleados municipales, médicas, profesoras, veterinarias, etc- de un pueblo residen fuera de él, desplazándose a diario hasta ahí desde ciudades o cabeceras comarcales (Acosta Naranjo et al., 2019). ¿Por qué, entonces, la existencia de puestos de trabajo no consigue fijar a la población en el pueblo? Hay estudios que señalan motivos culturales; un *ethos* urbano que sitúa a la ciudad como superior y ve con negatividad la vida en el campo, que se considera no urbano, es decir, no civilizado (Rodríguez Becerra, 1999). Se construye así una tendencia global, ideológica, corporal, económica, política y social hacia la urbanización que se entrelaza con la larga tradición urbana circunmediterránea y de imitación de formas de vida asociadas al urbanismo, tomando las condiciones de vida, la carencia de infraestructuras, de servicios y de oportunidades como la materia prima sobre la que elaborar un el discurso de la rufofobia imperante (Acosta Naranjo et al., 2019).

Se configura así un “círculo vicioso de la despoblación rural”: iniciada la falta de empleos rentables, las gentes emigran llegando a unos niveles de subpoblación que reducen las dotaciones de servicios y equipamientos que se les concede desde las administraciones públicas, deteriorando a su vez la calidad de vida en estos pueblos y debilitando la atracción de nuevas pobladoras o la vuelta de sus gentes (Bielza de Ory, 2003). Las consecuencias se transforman en las causas, retroalimentándose el proceso hasta la despoblación total (Bielza de Ory, 2003).

Varios estudios contemplan la revolución industrial del siglo XVIII como el inicio de un proceso continuado de concentración de la población en las ciudades y de vaciamiento en el medio rural (Bielza de Ory, 2003). La revolución industrial creó desequilibrios entre campo y ciudad, provocando migraciones interregionales desde la parte interior de la península hacia una periferia costera industrializada primero (Cataluña y País Vasco) y turistizada después (litoral mediterráneo e islas), que despoblaron de forma masiva el centro del país con excepción de algunos núcleos urbanos como Madrid, Zaragoza y Valladolid (Bielza de Ory, 2003). Prolongando esta dinámica de crecimiento urbano y declive del mundo rural, el modelo desarrollista de los años 60 requería mayor mano obra en las ciudades y llevó al colapso a la agricultura tradicional, con la consecuente crisis social rural que se sumaba al contexto político dictatorial en el que se llevó a cabo (Acosta Naranjo, 2008). Se unieron, de esta manera, motivos laborales y económicos a los psicológicos y culturales para la migración, hablando algunos autores de la enorme capacidad de sugestión del urbanismo como forma de vida (Wirth, 1938) a la hora de determinar los movimientos poblacionales (Acosta Naranjo et al., 2019). A partir de la crisis de los 70 y la extensión del Estado del Bienestar en el campo durante los 80, asistimos a una desaceleración de los flujos migratorios a las ciudades llegándose hasta a retener población rural (Acosta Naranjo et al., 2019).

A continuación realizaremos una resumida periodización de la historia de la despoblación de nuestros *llugars*³, siguiendo la propuesta que Silvestre Rodríguez (2002) plantea en su revisión bibliográfica del estudio de las migraciones interiores españolas.

- Antes de 1860. Los movimientos migratorios interiores preindustriales y durante el principio de la industrialización seguían un patrón de trasvase del mundo rural al urbano, o intrarrural, siendo la mayoría de carácter temporal relacionados con el trabajo agrario (Silvestre Rodríguez, 2002)
- 1860-1914. El año 1860 marca el inicio de la salida continua e intensa de la población rural en España (Erdozain y Mikelarena, 1996) debido, según algunos autores, a la sobrepoblación de los campos y la quiebra de algunos de los trabajos que componían la pluriactividad campesina (Silvestre Rodríguez, 2002). La importación del cereal a finales del siglo XIX aumentó la emigración rural hacia el exterior (Argentina, Brasil, Cuba, Uruguay entre los principales destinos), y las migraciones interiores fueron constantes con Barcelona, Madrid y Vizcaya como polos consolidados de atracción a finales de siglo (Silvestre Rodríguez, 2002).
- 1914-1936(1939). Durante este periodo, la emigración exterior pierde fuerza y se intensifican las migraciones interiores. Madrid, Barcelona, Sevilla y Vizcaya son los destinos más importantes de un sistema migratorio formado por varias cuencas y en el que un destino principal atrae migrantes de un conjunto de provincias normalmente muy próximas (Silvestre, 2001). La ralentización de las migraciones interiores puede explicarse por el contexto de Guerra Civil y por la falta de factores *pull*, de atracción, de los destinos, más que por factores *push*, de expulsión, en los orígenes (Silvestre Rodríguez, 2002).
- 1930-1950. Con la Guerra Civil y sus consecuencias, las migraciones interiores disminuyeron su intensidad hasta los años 50, 60 y principios de los 70, cuando se reanudarían con fuerza. Durante los años 40 del siglo XX se dieron una serie de movimientos migratorios relacionados con la re-ruralización de la economía española y con procesos de reagrupación de la población que comenzaron antes

³ *Llugar*: pueblo en *cañuto*, lengua de Calasanz.

de la guerra; muchas emigradas volvieron a sus orígenes, fenómeno que apenas ha sido estudiado (Silvestre Rodríguez, 2002).

- 1950-1973. Entre los años 50 y 60 tuvo lugar lo que se conoció como “éxodo rural”, que ha sido estudiado de manera cuantitativa en diversas ocasiones, pero en mucha menor medida se ha analizado empíricamente mediante modelos multicausales (Silvestre Rodríguez, 2002). Algunos de estos escasos estudios destacan las diferencias salariales, las oportunidades de empleo y los costes de desplazamiento e inserción en los destinos como determinantes de la emigración en esta época (Silvestre Rodríguez, 2002). Muchos de estos factores entraban en juego también antes de la Guerra Civil, pero tras la contienda cambian los lugares de origen de la población migrante, aumentando los movimientos desde el Sur (Silvestre Rodríguez, 2002).
- 1973-2000. En líneas generales, se considera que la migración entre los últimos cuartos del siglo XIX y el siglo XX fue relativamente homogénea, y caracterizada por un fuerte trasvase de población entre zonas “menos” desarrolladas y zonas “más” (Silvestre Rodríguez, 2002). A partir de los años 70, sin embargo, se transformó el patrón migratorio, descentralizándose los destinos y orígenes, y aumentando la dispersión del sistema de migraciones: se invirtieron las direcciones de los flujos, disminuyeron las migraciones a larga distancia y aumentaron los de corta, con mayor influencia de factores no estrictamente económicos en la movilidad (Silvestre Rodríguez, 2002). De esta manera, muchos destinos tradicionales industriales pierden su capacidad de atracción y se convierten en origen de emigraciones, así como muchos orígenes reducen sus emigraciones y se convierten en nuevos destinos; es el caso de varias provincias del Valle del Ebro, la costa mediterránea y alrededores de Madrid (Silvestre Rodríguez, 2002).

Como vemos, desde los años 80 las migraciones pierden su clásico carácter del campo a la ciudad. El nuevo panorama migratorio es protagonizado por movimientos desde los pueblos a las cabeceras comarcales, donde se concentra la vida urbana de la zona (Acosta Naranjo et al., 2019). La transformación del patrón migratorio tiene varias explicaciones, la mayoría coyunturales, entre ellas la crisis industrial de los años 70, el aumento del paro a escala nacional, la disminución de las diferencias interregionales, la existencia de prestaciones sociales y de cierta política redistributiva, la descentralización de la política, el aumento del precio de la vivienda en propiedad, el aumento de emigraciones de retorno, la suburbanización, el cambio de perfil del emigrante (mayor nivel educativo y mayores expectativas en cuanto a calidad de vida), aumento de oportunidades en el sector servicios (que es más disperso que el sector industria), etc (Silvestre Rodríguez, 2002). La crisis de 2008, en este sentido, hizo pensar la posibilidad de cierto retorno al mundo rural, pero no fue así:

- 2000-2018. En las últimas décadas desaparecen flujos migratorios a algunos pueblos menores de 5000 habitantes y el descenso demográfico, por emigración o fallecimiento, ha sido imparable (Acosta Naranjo et al., 2019; Recaño, 2017). Durante estos últimos años se ha hablado de un fenómeno neorrural o de contraurbanización que puede dar cierta esperanza, sin embargo, en algunas zonas como la que en este trabajo nos ocupa, es poco significativo y lo más frecuente ha sido el desencanto e inadaptación que siguen a una ruralidad idealizada (Morillo y De Pablos, 2016; Sánchez-Oro et al., 2017). La agricultura en los pueblos se ve como una actividad no deseable, teniendo en cuenta la percepción de la misma

como masculinizada (Acosta Naranjo et al., 2019). Finalmente, la crisis estructural de la misma dificulta la retención de la población

Asistimos a un proceso de concentración de la población en las ciudades. Tal como señala la ONU (2014), en menos de 50 años, el 66% de la población mundial será urbana (Acosta Naranjo et al., 2019). Esta predicción es bastante razonable si tenemos en cuenta la tendencia cada vez mayor a una sociedad globalizada en la que la agricultura es cada vez menos rentable en comparación a la industria o el sector servicios (Acosta Naranjo et al., 2019). La concentración de la población en ciudades responde a un nuevo tipo de sociedad, un nuevo tipo de consumo, un nuevo tipo de modo de producción, en un no tan nuevo contexto capitalista (Newby y Sevilla-Guzmán, 1983) en el que, para algunas autoras, la enorme capacidad de sugestión del urbanismo como forma de vida determina cada vez más los movimientos (Wirth, 1938). Nos conducimos, así, a un futuro en el que gran parte de los núcleos de población pequeños desaparecerán en las próximas décadas, y sólo sobrevivirán los que consigan fijar población, tal vez sacando ventaja de las características de su territorio (turismo), pero siempre con una población movilizadora y de fuertes vínculos con el mundo urbano (Acosta Naranjo et al., 2019).

Consecuentemente con este panorama, en la última cumbre de presidentes autonómicos apareció el despoblamiento como un “problema de Estado”, e instituciones tanto europeas como nacionales y regionales han creado departamentos para tomar medidas al respecto (Acosta Naranjo et al., 2019). Sin embargo, para ello, son necesarios más estudios sistemáticos, cualitativos, en profundidad, sobre las causas reales del despoblamiento. Causas que tienen que ver con el empleo, las infraestructuras y las carencias en las condiciones de vida (Acosta Naranjo et al., 2019), pero también causas negadas, como aquellas referentes a la destrucción de modos tradicionales de vida de estas sociedades rurales, en los que la agricultura y el vínculo con el ecosistema tenía un papel esencial.

Debemos preguntarnos sobre lo agrícola. Durante el siglo XIX y XX, ¿la agricultura española fue capaz de mantener a la población agraria? ¿por qué? ¿qué transformaciones se dieron? ¿qué impactos tuvieron? ¿qué flujo monetario recibieron las agricultoras por la comercialización de su producto y su trabajo? (González de Molina et al., 2019). En este trabajo seguimos las líneas de investigación de González de Molina, Soto Fernández, Guzmán Casado, Infante Amate, Aguilera Fernández, Vila Traver y García Ruíz (2019) al plantear que los ingresos que antes mantenían a los grupos domésticos se tornaron insuficientes debido a (1) una desigualdad interna; la asignación no equitativa de los ingresos que perjudicó a pequeñas agricultoras, que finalmente abandonaron su actividad, y a (2) una desigualdad externa; el deterioro continuado de la relación de intercambio que originó un trasvase de renta hacia otros sectores de actividad (González de Molina et al., 2019). Este abandono de la agricultura y su situación inferior respecto al resto de sectores económicos implicó necesariamente la emigración, ya que en el pueblo suponía la fuente de recursos junto con una variedad de actividades paralelas que cada vez fue siendo más limitada.

Los estudios empleados para contextualizar el fenómeno de despoblación se han centrado, como vemos, en dinámicas y movimientos migratorios encontrando en sus motivaciones dificultades económicas, oportunidades laborales y falta de servicios. Han considerado, en nuestra opinión, de manera demasiado breve el vínculo de las pobladoras rurales con el trabajo de sus tierras. De esta manera, a nivel académico, nos proponemos aportar un granito de arena en el estudio de la despoblación analizando en paralelo la evolución de

las migraciones interiores y el “desarrollo” de la agricultura, desde una de base tradicional y orgánica a la que conocemos hoy en día. Ante un futuro tan gris en el que ninguna solución política parece funcionar, escuchar la vertiente agraria de la despoblación puede abrir vías para una movilización rural vinculada a la agroecología que se convierta en lucha contra la desaparición de los *llugars* (Acosta Naranjo et al., 2019).

La gente del pueblo

Es muy difícil plantear una sola definición de las personas que viven en un pueblo ya que existe una gran heterogeneidad de lugares que pueden incluso estar separados por unos pocos kilómetros. Sin embargo, consideramos aquí pertinente emplear, a la hora de hablar del carácter que históricamente han mostrado las *cañutas*, la palabra campesinado. Según Theodor Shanin, en su obra “*Peasantry as a Politic Factor*” (1971), el campesinado se compone de pequeños productores agrícolas que se sirven de un equipamiento simple y del trabajo familiar para obtener una producción que destinan principalmente al consumo propio (Shanin en Pérez-Vitoria, 2010). Se trata de grupos en los que la actividad económica, la agricultura, reposa sobre valores que se resisten, de alguna forma, al sistema dominante; mantienen cierto nivel de autonomía, extrayendo sus recursos de la naturaleza y no del mercado de manera que la autosuficiencia en energía e insumos y el autoconsumo son componentes esenciales de su agricultura familiar, que no lleva al mercado más que lo estrictamente necesario (Pérez-Vitoria, 2010). De esta manera, las decisiones económicas de una familia campesina son guiadas más por la necesidad de su propia reproducción que por una búsqueda de beneficio (Pérez-Vitoria, 2010). Para Chayanov (1974), el objetivo del campesinado no es la acumulación, sino la reproducción social de la unidad doméstica sobre la base del trabajo familiar. Así, las comunidades campesinas poseen una cultura propia donde la articulación social se cohesiona gracias a los lazos de parentesco, y el trabajo se organiza en la familia, alejado de las relaciones salariales (González de Molina y Sevilla Guzmán, 1993). Para Pérez-Vitoria (2010), esta “autonomía” de la agricultura implica también autonomía de conocimientos y modos de vida.

Hablamos, entonces, de sociedades y economías de base orgánica que organizaban su actividad en torno al aprovechamiento energético del flujo solar, el manejo de la biodiversidad y el trabajo familiar dentro de sistemas económicos estacionarios (Daly en Sevilla Guzmán y Soler Montiel, 2010). Toledo (1995) ofrece una caracterización sistemática de la producción campesina desde la perspectiva ecológica, destacando la racionalidad ecológica de sus modos de apropiación de la naturaleza (y la potencialidad que esto tiene para un desarrollo rural sostenible), basados en (1)el uso prioritario de energías renovables (solar, viento, agua, biomasa y fuerza humana), (2)una escala productiva de pequeño tamaño con un elevado grado de autosuficiencia respecto al mercado que se logra a través del trabajo familiar para el autoconsumo, la pluriactividad y la diversificación de fuentes de recursos e ingresos, que funciona como una red de seguridad y resiliencia ante fluctuaciones ambientales y de mercado, (3)gran diversidad eco-geográfica, productiva, biológica y genética asociada al punto anterior, (4)elevada productividad ecológica y energética, (5)un conocimiento campesino empírico de transmisión oral intergeneracional y (6)una cosmovisión que ofrece una visión no materialista de la naturaleza cuyos límites deben ser respetados y con quien se dialoga o negocia durante el proceso productivo (Toledo, 1993).

Como vemos, una característica esencial del campesinado es su racionalidad ecológica respetuosa con los límites de la naturaleza y en la que el trabajo humano está dirigido a garantizar y mantener la capacidad productiva del agroecosistema del que depende su modo de vida, asegurándose así la reproducción del grupo (Sevilla Guzmán y Soler Montiel, 2010). Debemos señalar, por un lado, que para pensar la viabilidad de la reproducción de un grupo doméstico o unidad familiar hay que tener en cuenta no sólo el número de individuos que se dedican al trabajo agrario y el tiempo que emplean, sino también el tiempo de trabajo que se necesita para mantenerlos, sea remunerado o no (González de Molina et al., 2019). De su reproducción depende que se pueda mantener el flujo de energía humana para manejar los agroecosistemas, y estos costes de reproducción se deben cubrir con la producción, los ingresos de su venta o el salario obtenido con la venta de la fuerza de trabajo (González de Molina et al., 2019). Como muestran varias autoras, no hay las suficientes fuentes para conocer la magnitud de estos trabajos reproductivos y extra-agrarios -que, además, cuando la rentabilidad de la actividad agraria fue disminuyendo, se hicieron cada vez más frecuentes- ya que la idea de trabajo remunerado no es siempre operativa para el mundo agrario; no todo el trabajo invertido en agricultura pasa por el mercado y se transforma en valor monetario, tampoco es remunerado el trabajo reproductivo biológico y de cuidados (González de Molina et al., 2019).

Por otro lado, la estabilidad y capacidad de resistencia y reproducción campesina se relacionan también con criterios sociales que unen bienestar individual y comunitario. Primero, dos elementos que garantizan la unidad y estabilidad campesina: la tierra y la tradición oral (Iturra en Sevilla Guzmán y Soler Montiel, 2010). Segundo, dos principios que para guiar la organización social: (1) sólo el trabajo crea valor y (2) igualdad de oportunidades para que todos trabajen de forma que exista una garantía social de conseguir sustento. En este sentido, podríamos resaltar la figura de los *tiones*, personas solteras de la familia, no herederas, que se quedaban en la casa para trabajar a cambio de manutención (Benito Moliner, 2004); las familias se extendían en función de la coyuntura para hacer frente en mejores condiciones a las faenas agrícolas y ganaderas, y para equilibrar las condiciones de vida de la comunidad (Sabio Alcutén, 1996). Se configuran, pues, instituciones socioculturales como el aprovechamiento comunal de los recursos naturales que, al ser producto de la naturaleza, no pueden ser sujeto de una propiedad individual -la cual solo es otorgada por el trabajo- (Roegen en Sevilla Guzmán y Soler Montiel, 2010). La importancia de la comunidad se expresaba en todos los espacios: la familia, el grupo doméstico, era la unidad de producción básica del sistema productivo local campesino de montaña, que se encajaba en un sistema formado por el valle, el pueblo, y la casa (Cuesta, 2003). Cada uno de estos elementos tenía su propia función, siendo la casa la garantía de la reproducción social y el lugar para la subsistencia, el pueblo el lugar de la organización colectiva (con la existencia, por ejemplo, de recursos colectivos y vecinales), y el valle representando la apropiación de los recursos del espacio, la distribución del excedente producido y la organización colectiva (Cuesta, 2003). Estos sistemas campesinos de montaña gozaban de relativa independencia política y tenían una gran base colectivista al girar su organización social y económica en la apropiación común de los bienes colectivos (pastos, montes, agua, etc) (Cuesta, 2003). En el contexto pirenaico, el hombre, la mujer y la familia no eran el centro de la vida, sino la casa; por ella se trabajaba de generación en generación (Benito Molinter, 2004). La importancia de la casa se ramificaba alcanzando incluso la identificación de cualquier individuo, cuyo nombre propio quedaba en un segundo plano y era nombrado, en cualquier conversación, como *de casa de X*. La casa era una institución, y sus habitantes debían transmitirla a sus

sucesores en mejores condiciones de como la recibieron, siendo más que una estructura arquitectónica; está poblada por una familia –llegando a encontrarse más de tres matrimonios en la misma y diversos parientes, los *tiones*, que se quedaban en la casa para trabajar a cambio de manutención-, tiene unas tierras asociadas, unos animales... (Benito Molinter, 2004).

El sistema campesino de montaña se definía, entonces, por el radio de sus relaciones colectivas de producción, la coordinación comunitaria del trabajo y la apropiación de los recursos colectivos del lugar: es la combinación de una estructura espacial de producción (el pueblo, los montes comunes, la organización colectiva), una estructura técnica de producción (medios de producción, fuerza de trabajo, trashumancia, siembra de “año y vez”) y una estructura social de producción (las casas, niveles distintos de autonomía política y organizativa), todas ellas integradas en un territorio (Cuesta, 2003).

Para asegurar su continuidad social, las comunidades campesinas poseían sistemas de regulación dinámicos, normas, escritas o no, convencionalismos, usos, costumbres, jerarquías, deberes, derechos, mecanismos de compensación, etc que determinaban la posición de cada miembro con relación al territorio, producción, trabajo y jerarquía social, y que ponían en relación estas tres estructuras (Cuesta, 2003). Cuesta (2003) considera que el ganado de ovejas, el trabajo vecinal y colectivo en agricultura, el sistema de “año y vez”, la diversificación de la agricultura, los derechos de uso de los bienes colectivos, las costumbres matrimoniales, el tipo de herencia, las emigraciones y la pluractividad, son algunos de estos sistemas de regulación ya que, por ejemplo, el trabajo vecinal es incompatible con una sociedad capitalista basada en el trabajo asalariado, y la siembra de año y vez tampoco tendría sentido en un contexto donde los medios técnicos permitirían sembrar todos los años en la misma parcela incluso más de una vez. Otro claro ejemplo es ilustrado por la autora con el caso de Sobrarbe (replicable en Calasanz). Esta sociedad campesina no podía asimilar el incremento demográfico que experimentaba, porque las normas técnicas limitaban los niveles de producción, así que se constituyeron dos costumbres regulatorias: el *hereu* y la herencia indivisible servían para distribuir la fuerza de trabajo y determinar quién heredaba todo el patrimonio familiar, quién podía casarse y quien no, y las funciones de la persona heredera y la no heredera dentro del sistema de producción (Cuesta, 2003). Se fijaban así el número de matrimonios y el número de unidades de fuerza de trabajo que eran necesarias y las excedentes, que se convertían en emigración potencial; la emigración, de forma controlada, era un sistema de regulación (Cuesta, 2003).

A nivel académico, se ha percibido tradicionalmente el mundo rural como una sociedad estática y armónica. No obstante, las campesinas no estaban tan desmovilizadas, pues poseían diversas formas cotidianas de resistencia, siendo el conflicto social, y no la armonía, el que dinamiza los procesos; hubo dominación, subordinación, resistencias, oposiciones, protestas y luchas (Sabio Alcutén, 1996). El enfoque analítico tradicional también concebía a las sociedades campesinas como cerradas sobre sí mismas, aisladas y homogéneas (Newby y Sevilla Guzmán, 1983), contraponiendo dos esferas, una urbana y otra rural, enfrentadas y excluyentes, en una dinámica dominada por la ciudad, la cual determinaba las reglas de la relación (Díaz Méndez, 2005). Sin embargo, la sociología rural ha comenzado a revisar estas concepciones a través de un constructivismo que pone de relieve la complejidad y diferencia existente en el mundo social, señalando lo incompleto y parcial de estas visiones de la ruralidad (Díaz Méndez, 2005). Desde esta nueva propuesta, lo rural deja de ser un mundo aparte para ser una categoría socialmente

construida (González Fernández en Díaz Méndez, 2005), abandonando la dicotomía rural/urbano y la idea de un mundo rural condenado a su desaparición (Díaz Méndez). Las sociedades se crean mediante interacciones sociales, por lo que se encuentran en continuo cambio y (re)creación sin que existan dos mundos diferenciados; son los individuos quienes modifican o mantienen las sociedades abiertas en las que viven (Berger y Luckman, 2003;1968) y quienes construyen las imágenes, percepciones y representaciones sociales sobre el mundo rural. De esta manera, la ruralidad pasa a ser un conjunto de atributos en proceso de elaboración y construcción conceptual, no concretos ni cerrados, pudiéndose construir nuevas ruralidades con imágenes de carácter tradicional y otras modernas, con discursos dominantes o con discursos alternativos (Díaz Méndez, 2005).

Siguiendo esta línea teórica, la idea de una comunidad autárquica, totalmente independiente del mercado, no tiene sentido (Sabio Alcutén, 1996). No hay una trayectoria histórica lineal que conduzca a las sociedades campesinas desde una autosuficiencia total a una comercialización: el autoconsumo y el mercado se suelen presentar como dos polos en torno a los cuales se organizan las explotaciones agrícolas, pero estas sociedades ni escapaban a las ventajas de autoconsumo ni al acceso al mercado, de forma voluntaria u obligada (Sabio Alcutén, 1996). Se trata de una visión demasiado simplista, ya que la especialización impuesta por el propio medio natural (secano, en nuestro caso) y por estructuras de propiedad, sociales, económicas, etc, obligaban a las agricultoras a relacionarse con mercados imperfectos (Sabio Alcutén, 1996). El campesinado trataba con mercados de bienes, de créditos, de factores, mercados que funcionaban con dinero, pero también sin él; las formas monetarias tardaron en monopolizar los intercambios comarcales ya que las agricultoras poseían múltiples estrategias de ahorro (intercambios, prestaciones, fijación consuetudinaria de precios y salarios, distintas formas de remuneración en especie como comida, vestido, vivienda, arrendamiento de parcelas, etc) creando un sistema complejo de relaciones sociales que podríamos denominar “mercados campesinos locales” (Sabio Alcutén, 1996).

La autosuficiencia era, pues, un ideal soñado, pero privilegio únicamente de una minoría de propietarios acomodados que poseían un patrimonio superior al que la campesina media tenía; una superficie mínima que aseguraba una subsistencia mínima que obligaba a la venta de su fuerza de trabajo o su producción, en el mismo lugar o emigrando (Sabio Alcutén, 1996). La relación entre campesina y mercado dependía de sus recursos patrimoniales y exigencias familiares, y, a partir de mediados del siglo XIX, el campesinado comenzó a necesitar cada vez más del mercado, ya que sus necesidades monetarias fueron incrementándose: pagar dotes, reponer aperos, vestidos o ganado, comprar alimentos, pagar impuestos, etc (Sabio Alcutén, 1996). Sin embargo, era una relación por necesidad de reproducción, todavía no existía una preocupación de producir *para* el mercado (Sabio Alcutén, 1996). Algunas estrategias como el policultivo y la pluriactividad evitaban una dependencia demasiado grande del mercado y favorecían el autoconsumo, pero estas tácticas resultaban limitadas en comarcas cuyo ecosistema obligaba a cierto grado de especialización, como las cerealistas de secano (Sabio Alcutén, 1996). En estos contextos, la estrategia pasaba por vender el grano a molineros y harineros locales en vez de adentrarse directamente en circuitos especializados mayores y foráneos (Sabio Alcutén, 1996).

Todas estas reflexiones nos muestran la necesidad de una redefinición de los conceptos de mercado y capitalismo en el contexto agrario y de las relaciones de las agricultoras con

los mismos (Sabio Alcutén, 1996). A pesar de preferir el autoconsumo, las campesinas participan en los mercados cuando estos les pueden ofrecer alguna ventaja, o cuando no les queda más remedio, ya que con mercado nos referimos no sólo a la comercialización de la cosecha, sino a mercados de tierra (formas de arrendamiento, por ejemplo), de dinero (créditos) o de trabajo (salarios, jornales), red de intercambios en la que paulatinamente se vieron más y más obligadas a adentrarse para hacer frente a su reproducción (Sabio Alcutén, 1996). El caso de la tierra fue muy importante en Aragón: la necesidad de garantizar la supervivencia de la unidad familiar obligaba a campesinas a vender, comprar o tomar en arriendo la tierra a casi cualquier precio. La tierra y la capacidad para trabajarla eran así factores de producción casi más importantes que las semillas, siendo la competencia por la tierra regada uno de los motores principales de la dinámica rural durante el siglo XIX y principios del XX (Sabio Alcutén, 1996).

Finalmente, los mercados rurales no eran de competencia perfecta ni de monopolio, conceptos típicos de las teorías neoclásicas: las cuestiones de poder y de clase jugaban un papel esencial creando imperfecciones en cuanto a las capacidades de negociación en los mercados, que a su vez generaban y acumulaban tensiones en el cuerpo social y hacían que las posibilidades de que la pequeña agricultora saliese adelante únicamente a través del mercado fuesen difíciles –por lo que continuaba necesitando de una pluriactividad- (Sabio Alcutén, 1996).

A partir de los años 40 y 50 del siglo XX, sin embargo, las relaciones entre campesinado y mercado se transformaron de nuevo: el capitalismo penetró en el mundo rural rompiendo la armonía entre la estructura espacial, técnica y social que conformaban el sistema local campesino de montaña (Cuesta, 2003). El sistema de regulación campesino que definimos anteriormente fue reemplazado por el sistema de regulación capitalista basada en la emigración masiva de campesinas para su integración en un sistema que ya no es local sino global, destruyendo toda lógica y racionalidad campesina (Cuesta, 2003). Pierre Thuillier habla, en este sentido, de un “asesinato del campesinado” inscrito en el programa simbólico de Occidente (Thuillier, 1995): la caída de los pilares de la tradición pirenaica, su simbología y funcionamiento, con el abandono de las gentes que, desde la posguerra, se van a probar suerte a la ciudad (Benito Moliner, 2004).

El sistema capitalista absorbió al sistema campesino, creó una división entre el centro – espacio urbano dirigente y organizador de la acumulación capitalista, hegemónico- y la periferia –el pueblo, el campo, que pasa a desarrollarse en función de las necesidades del centro- (Cuesta, 2003). Los sistemas productivos campesinos comenzaron a integrarse en la división de trabajo global, desorganizándose, quebrándose, asimilándose y desapareciendo ante nuevas normas de producción y reproducción que son coherentes con el nuevo sistema capitalista y no con el campesino (Cuesta, 2003). El nuevo paradigma capitalista otorga al mercado la mayor eficiencia técnica y considera la sociedad como una estructura económica cuyo único objetivo es aumentar la riqueza, pero la racionalidad campesina seguía otros valores (eficiencia distributiva, seguridad, protección frente a riesgos, etc) (Sabio Alcutén, 1996). La finalidad de la pequeña cerealista aragonesa no era la valorización de un capital, sino la satisfacción de las necesidades familiares y la reproducción de la explotación (Sabio Alcutén, 1996).

Con la construcción de un nuevo sistema distinto al campesino y ligado al mercado nacional, se deja en el pasado al antiguo sistema agrícola-ganadero, semicerrado, semiautárquico; el nuevo sistema no necesita la cantidad de población que necesitaba el

viejo (Cuesta, 2003). Con este nuevo sistema, se genera una “pobreza culturalmente percibida” en las comunidades campesinas que legitima muchas imposiciones, empezando por la Revolución Verde, pero que es en realidad pobreza por privación material (Shiva, 1995): al aumentar la orientación comercial de la producción campesina, se rompe con la autonomía de los mecanismos de reproducción social y económica, las familias rurales son más vulnerables económica y productivamente, se endeudan y dependen de sistemas productivos agrícolas especializados, basados en monocultivos que rompen los equilibrios ecológicos del agroecosistema y orientados al mercado (Shiva, 1995). Los sistemas de producción locales campesinos, a través del manejo de la biodiversidad, permitían la producción autónoma de alimentos. Ahora, con este nuevo sistema, las familias dependen de la volatilidad de los precios de los insumos, créditos y mercancías agrícolas, cuya caída reduce la renta de los pequeños agricultores, alimentando su pobreza por privación de lo necesario para su supervivencia (Shiva, 1995).

No debemos idealizar al campesinado, pero es necesario y urgente reconocer y recuperar los aspectos sociopolíticos y ambientales de su racionalidad que generan alternativas al desarrollo rural de carácter agroecológico (Sevilla Guzmán y Soler Montiel, 2010), ya que la continuidad de la vida campesina y rural, y de sus modos de producción, dependen en gran parte de una inserción estable en un sistema agroalimentario en el que el equilibrio de poder no subordine la producción agrícola y ganadera a otros sectores como el industrial o de distribución, sin embargo, el modelo agroalimentario hegemónico de la globalización promueve todo lo contrario (Sevilla Guzmán y Soler Montiel, 2010).

A pesar de todos los intentos de destrucción de los modos de vida campesinos, la vida en los pueblos no desaparece; por todo el mundo se encuentran lugares de resistencia que son testigos de la vitalidad del mundo rural (Pérez-Vitoria, 2010).

El conocimiento ecológico tradicional

Las comunidades campesinas, entre otras, poseen un valioso conocimiento ecológico tradicional (CET), es decir, un cuerpo acumulativo de saberes, prácticas, intuiciones, tradiciones y cosmovisiones que se ha ido transmitiendo de generación en generación mediante mecanismos de transmisión cultural (que pueden ser orales, a través de la cultura popular, intrafamiliares, etc) y ha evolucionado por procesos adaptativos (Calvet-Mir, 2019), siendo su naturaleza híbrida y dinámica la que permite esta adaptación a cambios ecológicos y socioeconómicos estableciendo nuevas formas de conocimiento y/o desechando componentes del mismo que se vuelven menos útiles cotidianamente (Reyes-García, 2015). Este conjunto de conocimientos contiene información sobre las relaciones de los seres vivos entre sí y con su medio ambiente, y se basa principalmente en la experiencia, simultáneamente comunitaria e individual, acumulada a lo largo de generaciones y compartida socialmente en el grupo y el hogar (Toledo, 2002).

Estos tipos de saberes favorecen la conservación ecológica y la biodiversidad gracias a su gran carácter empírico y su proximidad con los ecosistemas, pero es necesario un diálogo de saberes con el conocimiento científico (Moller; Berkes; Lyver et ál., 2004). En este sentido, es necesario transformar las dinámicas en que se han dado estas relaciones: el cercado mediante la apropiación, la emisión de patentes o la privatización de un conocimiento ecológico tradicional expropiado amenaza tanto su uso como su reproducción (Espluga Trenc et al., 2019). Para cuidarlo, mantenerlo y asegurar tanto su

continuidad como su utilidad para las comunidades a las que pertenece, el CET requiere una interacción continua con las mismas y con los ecosistemas de los cuales forman parte, así como unas redes sociales y marcos institucionales fuertes que lo permitan (Espluga Trenc et al., 2019). Un conocimiento ecológico tradicional vivo asegura la existencia de vínculos sociales a nivel local y la generación de rasgos culturales, asegura la existencia de la comunidad.

Reyes-García (2009) muestra, en este sentido, la importancia de conservar el CET para mantener las dehesas españolas: un agroecosistema productivo que considera una solución exitosa entre producción y conservación biológica al combinar la producción simultánea de ganado, caza menor y mayor, leña, carbón y corcho. Mediante un uso múltiple de estos espacios, que integra ganadería, agricultura y silvicultura, se ha configurado su paisaje vegetal característico, pero la intensificación y abandono de dehesas durante las últimas décadas amenaza tanto a la biodiversidad como a todo el conocimiento ecológico tradicional acumulado que la sustenta (Espluga Trenc et al., 2019). La recuperación de este CET puede salvar nuestras dehesas.

Todo esto no implica que no se pueda combinar el mantenimiento del conocimiento ecológico tradicional con la adopción de nuevas prácticas y tecnologías “modernas”, ya que una de las características esenciales del CET es su continuo proceso de adaptación a nuevas situaciones bióticas y cambios socioeconómicos (Espluga Trenc et al., 2019), pero siempre respetando la soberanía de la comunidad a la que pertenece el CET.

El papel de la agricultura

Las relaciones que las personas establecen con la tierra conducen a prácticas culturales muy diferentes; cuanto más nos alejamos de ella, cuanto más la percibimos como un medio para ganar dinero, menos dudamos a la hora de emplear prácticas (en la agricultura, en la ganadería, etc) tal que amenaza su existencia (Pérez-Vitoria, 2010). Olvidar que la tierra no sólo tiene características mercantiles es el origen de muchas de las catástrofes ecológicas que conocemos (Pérez-Vitoria, 2010).

Muchas teorías sitúan en el crecimiento de la población la causa de la degradación del medio ambiente, proponiendo que, con él, aumentaron las roturaciones de laderas sin cuidar otros elementos, como las terrazas características de la cultura de montaña (Montserrat y Villar, 1999). Sin embargo, consideramos que es más cuestión de prácticas y cultura que de población: el pastoreo que favorece el rebrote de la hierba que protege los montes frente a la quema que consume restos vegetales e impide construir un suelo nutritivo (Montserrat y Villar, 1999). La mecanización del trabajo agrícola, asimilada comúnmente como un índice de progreso, implicó la ruina para muchas comunidades y sus ecosistemas, devastando un suelo históricamente cuidado y estructurado, quemando su vida y su materia orgánica, para obtener unas cosechas que jamás recompensarán tal destrucción (Montserrat y Villar, 1999).

La pérdida de saberes, manejos de los recursos, y ese conocimiento ecológico tradicional, conlleva la desaparición de herramientas y técnicas que están adaptadas a las condiciones locales, ambientales y sociales, y que permiten construir y enriquecer los agroecosistemas a través de prácticas sustentables que incluso amplían la diversidad biológica (Vara-Sánchez y Cuéllar Padilla, 2013). En este sentido, es clave entender que, como grupos humanos, formamos parte del ecosistema, y nuestras prácticas, nuestra agricultura,

colabora o impide su vida: Norgaard (1994) acuñó el término de coevolución para plantear que cada ecosistema ha evolucionado y se ha modificado en el tiempo, a través de las interacciones e influencias que sus distintos componentes –naturales y sociales– ejercen sobre los demás. Así, en un proceso coevolutivo, los componentes naturales (suelo, clima...) se han definido y modificado a través de la interacción con componentes sociales y culturales de los grupos humanos inmersos en ellos, y viceversa (Vara-Sánchez y Cuéllar Padilla, 2013). La coevolución permite la generación de una cultura específica a través de los intercambios con la naturaleza (Guzmán Casado et al., 2000).

La coevolución puede mantener en el tiempo un ecosistema sano como destruirlo viceversa (Vara-Sánchez y Cuéllar Padilla, 2013). Mediante unas prácticas agrícolas respetuosas y coherentes con el principio de coevolución, los grupos humanos pueden promover tanto la biodiversidad como la salud del planeta, ya que, por ejemplo, puede aportar energía al suelo en forma de estiércol (empleando compost y lombrices-bacterias), puede trabajar el suelo y mantener árboles, podándolos, diversificándolos, protegiéndolos con setos, cuidar terrazas, muretes, revitalizar el suelo con el riego, emplear prácticas que incrementen y diversifiquen la fauna edáfica (como trituradores que pulverizan la materia orgánica y crean estructuras de suelo) mediante excrementos de lombriz, por ejemplo, que necesitan la energía sobrante del suelo, mediante restos y aportes, o realizando trabajos forestales de repoblación cuidadosa, de creación de una cobertura de suelo necesaria que mejore la diversificación biológica, dinamizando la recuperación del suelo y del bosque para frenar la escorrentía gracias a técnicas de cultivo con labor mínima, etc. (Montserrat y Villar, 1999).

Por lo contrario, el uso de maquinaria pesada fomenta la erosión, el arado con tractor destruye los suelos de los montes, voltear la tierra rompe sus estratos naturales, el agua canalizada cae sobre pastos y prados y los erosiona, la producción industrial contamina tanto la atmósfera como el agua con sus residuos, el abuso de abono mineral con pesticidas aumenta la contaminación química y biológica... (Montserrat y Villar, 1999).

Las comunidades de cada valle, tradicionalmente, gestionaban cualquier actividad agropecuaria y forestal. Sin embargo, sus montes están ahora catalogados, y es el gestor foráneo e impuesto jerárquicamente quien llega al pueblo para imponer qué hacer, sin retroalimentación alguna (Montserrat y Villar, 1999), sin escuchar el conocimiento que de ese ecosistema pueden tener las gentes del pueblo. Para mantener el suelo de la montaña y evitar incendios se necesitan pastores locales, no rutas turísticas que promocionan el abandono de campos, con el consecuente descuido de suelos que quedan apelmazados, pobres y secos (Montserrat y Villar, 1999).

Es la creencia de que la humanidad puede dominar la naturaleza gracias a la productividad lo que ha generado la crisis ecológica -y social- que experimentamos hoy (Guzmán Casado et al., 2000). La despoblación, el abandono de la tierra, la desaparición de los campesinos y su agricultura tradicional, es y será fuente de muchos males para la montaña; o se recupera y revitaliza la cultura rural y su conocimiento ecológico tradicional, o la montaña y sus paisajes morirán (Montserrat y Villar, 1999)

La cosmovisión del liberalismo. El capitalismo.

Hemos hablado de la racionalidad campesina, pero, ¿cómo es esa nueva racionalidad que comenzó a imponerse en el siglo XIX?

La ciencia económica convencional, a partir de finales del siglo XVIII, comienza a extender una concepción reduccionista de la vida social que, opuesta a la visión anterior en la que los seres humanos dependían de la biosfera, invierte esta jerarquía (Passet en Sevilla Guzmán y Soler Montiel, 2010); el liberalismo. Con base en la falacia de que la “tierra se expande” ilimitadamente, se estipuló como único objetivo el crecimiento de la riqueza a través de la producción (Sevilla Guzmán y Soler Montiel, 2010). De esta manera, se construyen conceptos de riqueza y producción cada vez más vinculados a lo monetario y más desvinculados de su soporte material y natural: el capitalismo reduce así la riqueza a los bienes valorados en dinero que se consideran productibles (Naredo Pérez, 2003). En este nuevo paradigma, la agricultura y el medio rural se tornan dependientes y subordinados a los sectores de industria y servicios, pues son estos los que concentran los flujos monetarios y los beneficios empresariales (Sevilla Guzmán y Soler Montiel, 2010). La agricultura, entonces, pasó a orientarse hacia tener mayores rendimientos en sus cosechas y animales, olvidando otras cuestiones como el acceso y reparto de la tierra y otros recursos básicos, o el deterioro ecológico de los agroecosistemas (Sevilla Guzmán y Soler Montiel, 2010). La nueva forma de productividad no internaliza costes medioambientales ni sociales, genera una crisis ecológica que se une a la pérdida de diversidad sociocultural durante el proceso: es tan sólo un progreso para la minoría acomodada en los espacios privilegiados de la estructura de poder que construye este sistema (Castells en Guzmán Casado et al., 2000).

A nivel filosófico, y muy relacionado con la expansión de la “identidad europea” por el resto del mundo, el liberalismo transforma la concepción del ser humano, ahora girando en torno al mito del trabajo y la máquina: la persona debe hacerse máquina (Guzmán Casado et al., 2000). No sin fuertes resistencias por parte de las primeras generaciones de asalariados, quienes sufrieron torturas físicas y psicológicas, la Iglesia y las escuelas implantaron en el incipiente proletariado las nuevas virtudes están ejemplificadas por el reloj, la más perfecta de las máquinas; disciplina, precisión, orden, diligencia, limpieza, resistencia, puntualidad (Guzmán Casado et al., 2000).

Si trazamos un recorrido histórico, podemos localizar, durante los siglos XVII y XVIII, en Inglaterra, la consolidación este sistema de ideas liberal, conectado al colonialismo y a la aparición de una pequeña clase media comercial e industrial, cuya máxima expresión económica es una lógica del *laissez-faire* que sitúa en la “mano invisible” del mercado el poder (Guzmán Casado et al., 2000). Tras la II Guerra Mundial, y a través de las instituciones de Bretton Woods (el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio), se construye la estructura que impondrá el modo industrial de (ab)uso de los recursos naturales por todo el mundo, con un trágico impacto de la Revolución Verde y el Desarrollo Comunitario sobre las comunidades rurales que llevó a la degradación ecológica, la explotación social y la depredación cultural (Guzmán Casado et al., 2000). Entre la década de los 50 y 70 del siglo XX, las fuerzas liberales europeas llevaron a cabo un rearme intelectual para adiestrar a la sociedad en los “ideales de la civilización occidental” -liberales- ante la amenaza de la emergencia de movimientos colectivistas (Guzmán Casado et al., 2000). Llegando a los 70, la crisis mundial del capitalismo llevó a soluciones ineficaces y de extremo neoliberalismo: privatización y liberalización total de las economías, desmantelamiento de los Estados de Bienestar, recuperación económica basada únicamente en la libre empresa y la competitividad (Guzmán Casado et al., 2000). El resultado, la articulación transnacional de los estados a través del Banco Mundial, el

Fondo Monetario Internacional y la Organización Mundial del Comercio para controlar la situación y arrancar finalmente el programa neoliberal del beneficio privado como exclusivo fin (Guzmán Casado et al., 2000).

La pieza que hace que todo este sistema funcione es la idea de competitividad, con los estados-nación articulados en entidades económicas más amplias como garantes de la misma, elaborando pactos y relaciones de poder entre ellos y con empresas multinacionales para crear las tendencias de un mercado que no es tan libre en realidad: la economía global responde a la estructura del poder político, las grandes multinacionales influyen la intervención política forzando a los estados a dismantelar cualquier mecanismo de protección social (Guzmán Casado et al., 2000). La capacidad tecnológica, el acceso al mercado y el diferencial entre los costes de producción en el lugar de producción y los precios de mercado en el destino son los factores que determinan la competitividad y que permiten que las empresas multinacionales acumulen un gran poder de negociación para imponer sus reglas del juego (Guzmán Casado et al., 2000).

Hoy en día, el marco ideológico hegemónico en el mundo occidental mantiene algunas de las lógicas del liberalismo: (1) el único deseo de la población es el de acumular riqueza, la producción de riqueza es el centro del proceso económico y la base del crecimiento y desarrollo, (2) la riqueza puede monetizarse y acumularse, (3) las personas no pueden producir riqueza en sí mismas, es necesario el trabajo para dicha producción (Naredo Pérez, 2006). La idea occidental del desarrollo, unida al concepto de crecimiento económico, ofrece una visión economicista del mundo en el que el progreso se convierte en el único camino posible y deseable para la mejora, sea la región que sea (Sevilla Guzmán y Soler Montiel, 2010). El desarrollo figura, así, como receta mundial, definido únicamente como el crecimiento económico medible mediante el PIB y acompañado de un cambio social y cultural (la modernización) que resulta de acciones planificadas para la mejora de la calidad de vida, eso sí, entendida sólo desde parámetros materiales y valorativos occidentales (Sevilla Guzmán y Soler Montiel, 2010).

¿Cuál es el fruto de esa receta? Crecimiento a gran escala del capital, pero también de la pobreza, el desempleo, el sufrimiento, la desposesión... Uno de los sectores más afectados por estas dinámicas es el campesinado (Guzmán Casado et al., 2000). Los defensores del paradigma del liberalismo no sólo eliminaron prácticamente a todo el campesinado en los países industrializados, sino que lograron introducir la idea de que un país desarrollado debe tener menos campesinos, y convencerles a ellos mismos de que debían desaparecer por el bien de todos (Pérez-Vitoria, 2010).

Dieron industria a cambio de destruir la tierra. Dahendorf (1959) ofrece una caracterización del desarrollo del capitalismo a partir de los 50, cuando se torna lógica y mandato hegemónico en la agricultura. Para el autor, el rasgo distintivo de estas nuevas sociedades es el sector económico de la industria, la producción mecanizada de mercancías, que ahora adquiere todo el poder (Dahendorf, 1959). Así, se establece una nueva relación entre propiedad y control de la producción, aparecen nuevos estratos y clases, y se institucionalizan, por un lado, la movilidad social apareciendo la clase media, y por otro el conflicto de clase, dando lugar a nuevas formas de participación política de la clase trabajadora (Dahendorf, 1959). Analicemos más detenidamente, pues, el desarrollo de esta industria.

Las raíces del problema: Industrialización y Revolución Verde

Los países industrializados, aquellos que han pasado por el proceso de “modernización” agraria, han visto entrar en crisis la rentabilidad de las producciones agroganaderas tradicionales y de los paisajes que éstas creaban, así como la pérdida del conocimiento asociado a los manejos tradicionales (CET), con la consecuente desaparición de posibilidades de vida en el medio rural (Sevilla Guzmán y Soler Montiel, 2010). Saqueando a las sociedades campesinas de sus gentes y su riqueza, la industrialización ejerció, en menos de un siglo, una violencia sorda pero devastadora: migraciones de poblaciones de los campos hacia la ciudad, destrucción de las lenguas y de las culturas, desvalorización del conocimiento y de los modos de vida, destrucción del medio natural y humano... (Pérez-Vitoria, 2010).

Modernización e industrialización son conceptos que remiten al cambio sociocultural y político que potencias coloniales impusieron a sus colonias; su occidentalización (Sevilla Guzmán y Soler Montiel, 2010). En el contexto de países “industrializados” se formuló como un colonialismo interno en el que el medio urbano se impuso al rural mediante modos industriales de producción y manejo de los recursos naturales que quebrantaron la identidad campesina y fueron pieza clave del modelo de desarrollo occidental (Mies y Shiva, 1997). Se adoptaron nuevas tecnologías agrícolas para aumentar rendimientos, y se orientaron las producciones al mercado, fomentando la especialización productiva en función de la demanda y criterios de rentabilidad empresarial que creasen ingresos crecientes, todo ello bajo la bandera de la industrialización (Sevilla Guzmán y Soler Montiel, 2010).

¿En qué consiste el proceso de industrialización en el contexto de la agricultura? Se trata de la artificialización de la naturaleza del Norte global, y algunas del Sur, donde la climatología es templada y cuya forma hegemónica de producción agraria está capitalizada, depende fuertemente de inputs externos y no se dan dinámicas de reciclaje de la energía y materiales empleados en los procesos biológicos (Chambers en Guzmán Casado et al., 2000). El objetivo de este proceso es la uniformización del medio ambiente local para promover la (sobre)producción, controlar al máximo el riesgo y obtener un máximo homogéneo de producción eliminando la biodiversidad local (Chambers en Guzmán Casado et al., 2000).

Todo incremento de producción implica un aumento de coste territorial, pudiéndose elevar la producción agraria por dos vías: elevando la cantidad total de biomasa por hectárea o apropiándose de un porcentaje mayor de ella (González de Molina et al., 2019). Al elevar la producción de biomasa con orientación comercial, las prácticas de la industrialización afectan tanto a la entidad como al uso final de la biomasa que producen los agroecosistemas a varias escalas (González de Molina et al., 2019):

- Escala agregada. Aumentan las superficies arboladas (por la creación de espacios de reserva), la producción primaria neta y la presión productiva sobre tierras de cultivos, pero únicamente aquellas dedicadas a cultivos con el mayor valor comercial, debido a la especialización productiva y a los vínculos cada vez mayores de la agricultura con el mercado. Se eleva la cantidad de biomasa reutilizada debido a su uso para la alimentación ganadera especialmente desde los años 60, resultado de un cambio de uso de la biomasa. La agricultura comienza su subordinación a la ganadería, cuya producción crece a costa de la agrícola y el

comercio internacional. Todos los esfuerzos tecnológicos y productivos se dirigen a maximizar la porción de la biomasa con mayor valor comercial, eliminando la multifuncionalidad de los cultivos (González de Molina et al., 2019).

- Escala de paisaje o agroecosistema. La industrialización segrega los usos del territorio y conlleva la pérdida de las sinergias productivas y funcionales de la integración agrosilvopastoril de las comunidades campesinas. Se promueven determinados usos del suelo y especializaciones que rompen los equilibrios ecosistémicos, y se concentra la producción en las tierras cultivadas. Aumenta la ganadería intensiva sin tierra ni vinculación alimentaria con el territorio, desapareciendo la conexión entre agricultura y ganadería en cuanto a alimentación, reposición de fertilidad y tracción animal, gracias a la proliferación de fertilizantes químicos de síntesis y la mecanización. El mencionado aumento de políticas de conservación de terrenos forestales restringe otros usos posibles, imponiéndose los usos según la demanda del mercado, perdiéndose la heterogeneidad y los flujos de energía y materiales antes locales, ahora globales y fósiles (González de Molina et al., 2019).
- Escala de finca. El proceso de modernización incluyó, en este nivel, la especialización productiva, la eliminación de rotaciones y de asociaciones de cultivos y policultivos, la reducción de los barbechos y la promoción de alternancias de cultivo según las demandas del mercado. Se destruyó la heterogeneidad de cultivos y, con el monocultivo, se redujo la diversidad genética, estructural y funcional de los mismos. Todo esto fue posible gracias al aumento en el uso de abonos químicos paralelamente a la eliminación del barbecho y de la siembra de leguminosas, disminuyendo el flujo de nitrógeno de la fijación simbiótica y la capacidad de los ecosistemas de autoreponer la fertilidad del suelo (González de Molina et al., 2019).
- Escala de cultivo. Con la industrialización llegaron modificaciones de la morfología y uso de las plantas y especies ganaderas. En la agricultura y ganadería de base orgánica, las especies eran multifuncionales (el ganado daba distintos alimentos, facilitaba trabajos agrícolas, transporte, los cereales y sus grandes tallos se empleaban para producir paja para el ganado, etc). Ahora se busca maximizar la parte cosechable y de mayor valor comercial de la planta, y las razas con mayor rendimiento de carne o leche. Se han sustituido variedades tradicionales de cereales y leguminosas, de tallo alto y menos grano, se ha modificado la cantidad de biomasa de las ramas y hojas para acumularla en el grano, y se ha reducido la cantidad de hierba acompañante en los cultivos mediante máquinas o químicos. Se han introducido semillas mejoradas e híbridas y, en consecuencia, se ha reducido la diversidad genética y aumentado la dependencia de fertilizantes. En la ganadería, al aumentar e intensificarse la cabaña, se ha recurrido a la estabulación en granjas intensivas, al uso de piensos exportados, y a la cría de razas monogástricas importadas y especializadas en leche o carne. Ha desaparecido el ganado de labor, y gran parte de la paja ahora es quemada o abandonada en la finca (González de Molina et al., 2019).

Si preguntamos sobre la liberación que el progreso tecnológico ofreció a las mujeres, resulta que una agricultora nos cuenta cómo la mecanización del ordeño de las vacas le hizo perder una función social que iba mucho más allá de la simple tarea que debía realizar. Si hablamos de las maravillas de la tecnología agronómica, los campesinos del mundo entero pueden testificar sobre las aberraciones que se les obligó a aceptar, sobre

la incompetencia de los que iban a aconsejarles y las consecuencias de lo que les impusieron (Pérez-Vitoria, 2010).

Siguiendo el proceso de “modernización” de la agricultura llegamos a la llamada “Revolución Verde”, a partir de los años 60, que se basó en modificar genéticamente los cultivos, seleccionando y mejorando las semillas, introduciendo híbridas, para concentrar la capacidad fotosintética en aquellas partes destinadas a la comercialización, transformando la morfología del cultivo para que concentre más biomasa en el grano y menos en la paja, favoreciendo además el uso frecuente e intensivo de fertilizantes químicos (González de Molina et al., 2019). Con estos “avances” se logró incrementar la producción en zonas regadas o con pluviometría estabilizada, pero se logró, también, aumentar la desigualdad y acabar con la autosuficiencia agroalimentaria y la sustentabilidad de las producciones de muchas regiones, así como (Guzmán Casado et al., 2000). Anunciada como *la* solución al hambre y pobreza en el mundo (Delgado Cabeza, 2013), la Revolución Verde ha sido incapaz de cumplir sus promesas sociales y ecológicas, contentando sólo a los mercados e impidiendo generar estrategias vitales viables en las zonas rurales de los países industrializados (Sevilla Guzmán y Soler Montiel, 2010). Las causas de la desnutrición son la dificultad de acceso a los alimentos, no la cantidad de los mismos, y el sistema agroalimentario vigente, que existe gracias a la industrialización, al liberalismo, a la Revolución Verde, tiene enormes límites a la hora de alimentar a la población mundial (Delgado Cabeza, 2013).

Con la Revolución Verde llega la producción transgénica. Las grandes multinacionales de alteración genética aumentan su poder y capacidad de apropiación de riqueza privatizando el patrimonio genético del planeta, patentando y mercantilizando la vida (Delgado Cabeza, 2013). Estos cultivos transgénicos se destinan principalmente a la alimentación del ganado en los países del Norte, o a la elaboración de agrocombustibles, utilizando espacios y recursos, antes dedicados a la subsistencia y abastecimiento local, para enormes monocultivos transgénicos (Riechmann, 2004) de rendimientos iguales o menores que los cultivos no alterados genéticamente, que utilizan mayor cantidad de agrotóxicos, con mayores efectos negativos para la fertilidad del suelo y la calidad del agua, y que conducen a la extinción de vida animal y vegetal del entorno, a la pérdida de la biodiversidad, al abandono de las variedades tradicionales y al uso de agrocombustibles (Delgado Cabeza, 2013). Los transgénicos, pues, consolidan el modelo agroindustrial y refuerzan los problemas climáticos y sociales que pretendían solucionar (Carpintero en Delgado Cabeza, 2013)

Las grandes corporaciones saquean la naturaleza y el conocimiento (Shiva, 1995) eliminando el derecho del campesino a mantener sus semillas autóctonas y a promover la biodiversidad, desechando prácticas sostenibles que permiten el abastecimiento alimentario local (Delgado Cabeza, 2013). La biotecnología, la Revolución Verde, es parte del problema, no la solución; es un mecanismo que socializa daños y riesgos y privatiza los beneficios, haciendo suyo el orden impuesto desde los Imperios Alimentarios Corporativos (Ploeg, 2010; Delgado Cabeza, 2013).

Algunos de sus frutos: Globalización e Imperios Alimentarios Corporativos

Es necesario observar el sistema agroalimentario completo, no solamente la producción, para comprender las nuevas dinámicas que el capitalismo ha construido: debemos considerar todas las actividades que tienen lugar entre la formación y la distribución y

consumo de los productos alimentarios, así como la función que la alimentación tiene en la sociedad, ya que todos los sectores que concurren en este proceso son interdependientes (Whatmore en Sevilla Guzmán y Soler Montiel, 2010). A medida que la manufacturación y consumo de alimentos se ha ido distanciando de su conexión directa con la agricultura y las comunidades que la practican, se ha insertado en un sistema agroalimentario definido por los imperativos del crecimiento y la acumulación capitalista, con el único factor limitante –y tratando de superarlo- de la naturaleza (Delgado Cabeza, 2013). Las nuevas tecnologías producto del largo proceso de industrialización y de Revolución Verde permitieron que los grandes conglomerados empresariales alimentarios aumentaran su poder, profundizando en la división del trabajo, la fragmentación del mismo, la descentralización de la producción y el alargamiento de la cadena agroalimentaria (Delgado Cabeza, 2013).

En la década de los 80 del siglo pasado tuvo lugar una reestructuración económica, productiva y política fruto de la crisis internacional de los 70, que dio lugar al fenómeno que se ha llamado “globalización” (Sevilla Guzmán y Soler Montiel, 2010). Nos encontramos en un nuevo contexto en el que se amplían los mercados gracias a redes jerárquicas de empresas, procesos de deslocalización de sistemas productivos industriales flexibles, proliferación de nuevas tecnologías de información y transportes de larga distancia, y la precarización de relaciones laborales asalariadas (Sevilla Guzmán y Soler Montiel, 2010). En su vertiente política, la globalización promueve nuevas regulaciones nacionales e internacionales que debilitan la soberanía de los Estados-nación para favorecer al poder de empresas multinacionales y otros espacios geopolíticos supranacionales (Sevilla Guzmán y Soler Montiel, 2010). En el ámbito alimentario, profundizando en dinámicas ya iniciadas en etapas anteriores (Sevilla Guzmán y Soler Montiel, 2010), se expresó como un proceso nacional y mundial de extensión territorial del modo de producción capitalista, y de homogeneización de las relaciones de producción y poder sobre territorios que, sin embargo, son diferenciados (Cuesta, 2003). Con terribles consecuencias como el aumento de la contaminación, la destrucción y agotamiento de recursos naturales básicos (agua, tierra, semillas), la alteración de equilibrios ecosistémicos y la creación y fortalecimiento de mecanismos de exclusión social acompañados de una gran dependencia del mercado, la globalización agroalimentaria se ha convertido en un potenciador de la crisis ecológica y una amenaza para el patrimonio cultural y material rural, agroganadero, alimentario, sociocultural y ecológico (Sevilla Guzmán y Soler Montiel, 2010). Esta nueva reorganización del sistema agroalimentario, vinculada a la globalización, continúa basándose en las recetas de la Revolución Verde (mecanización, agroquímicos, semillas comerciales e híbridas, nueva biotecnología de cultivos, etc) (Sevilla Guzmán y Soler Montiel, 2010), y está muy conectada con el aumento de poder del sector financiero, que comienza a pautar los modos y ritmos de crecimiento y acumulación (Chesnais en Delgado Cabeza, 2013).

Así, asociado a la globalización como estrategia del capital para organizar a escala planetaria todas aquellas actividades que lo revalorizan (Delgado Cabeza, 2013), algunos autores identifican el régimen alimentario surgido a partir de los años 80 del siglo pasado como un “régimen alimentario corporativo” (McMichael en Delgado Cabeza, 2013). Relaciones mercantiles resultan modificadas, integrándose producción, distribución y consumo más allá de fronteras estatales, y siendo condicionada su organización por la voluntad del capital financiero. Es lo que Harvey (1989, citado en Delgado Cabeza, 2013) denomina “régimen de acumulación flexible” y Ploeg (2010) designa como “Imperios Alimentarios Corporativos”, complejos entramados agroexportadores que promueven los

intereses globales de un número determinado de grandes corporaciones transnacionales que son las que gobiernan cada una de las fases de la cadena agroalimentaria globalizada; decide su concentración, expansión, y determina el funcionamiento de toda esta cadena a partir de los ideales de la “racionalización” y la “creación de valor” financiero (Delgado Cabeza, 2013).

Como hemos comentado en otros apartados, la modernización agraria se impuso en las zonas rurales, con la ayuda de las políticas agrarias, destruyendo modos tradicionales campesinos de manejo agroganadero y con el objetivo de lograr un crecimiento económico industrial y urbano, siendo este la base del “desarrollo” ahora obligatorio para los espacios periféricos (Esteva, 1992). La globalización alimentaria supone una intensificación de este proceso anterior, implantando un modelo tecnológico ahora basado en la competencia internacional y en nuevas “mejoras” de la Revolución Verde (semillas transgénicas, manejos ahorradores de mano de obra...) (Sevilla Guzmán y Soler Montiel, 2010). Es la continuidad y fortalecimiento de la mercantilización agroganadera y del dominio de las vidas agrarias por parte de las empresas de insumos y la industria de transformación y distribución alimentaria, organizada en grandes corporaciones (Sevilla Guzmán y Soler Montiel, 2010).

En este sentido, uno de los elementos diferenciales de la globalización agroalimentaria es, además del protagonismo del capital financiero y sus grandes corporaciones alimentarias, el nuevo papel estratégico y dominante de la distribución comercial alimentaria (Sevilla Guzmán y Soler Montiel, 2010). La nueva arquitectura del régimen alimentario corporativo regula y controla el mercado mundial con la ayuda de instituciones supranacionales: la OMC decide un funcionamiento del comercio internacional con formas de intercambio desigual que favorecen la apropiación de los recursos naturales y del trabajo por parte de las grandes empresas agroalimentarias (Delgado Cabeza, 2013). Estas, a su vez, van centralizando y concentrando poder y capacidad de imponer estrategias gracias a la integración vertical de la cadena agroalimentaria: Monsanto y Bayern (ahora fusionadas), DuPont, Sygenta, Archer Daniels Midland, Walmart... son algunas de las grandes corporaciones que deciden qué, cómo, cuándo, cuánto y dónde (Delgado Cabeza, 2013). El dominio de estos gigantes crece mediante continuas adquisiciones, fusiones, alianzas, contratos y acuerdos informales, que amplían su capacidad de influencia y posibilidades de expansión (Delgado Cabeza, 2013). La fase de distribución ha sido, de la cadena alimentaria, la que más ha experimentado este proceso de concentración, siendo el espacio en el que más consiguen apropiarse del valor añadido generado por el resto de fases (Montagut y Vivas, 2007). Es así como las empresas distribuidoras, con el objetivo de eliminar cualquier condicionante social y ecológico a su crecimiento, acumulan el mayor poder y competencia a la hora de determinar condiciones de venta, entrega, precios a la baja, aplazamientos de pago, etc (Delgado Cabeza, 2013).

Algunas de las estrategias del nuevo y poderoso capital financiero para suprimir restricciones en cualquier etapa del proceso alimentario (localización, aprovisionamiento, producción, distribución, consumo...) son mecanismos como la emisión de títulos o la deuda contraída, consiguen imponer sus propias reglas del juego y apropiarse de la riqueza colectiva, iniciando procesos de desposesión de lo local que concentran el poder y la riqueza en estos núcleos corporativos, deteriorando y empobreciendo el tejido económico y social local (Delgado Cabeza, 2013). Un claro ejemplo es el acaparamiento de tierras que han realizado a gran escala en América Latina, África o Asia: entre 15 y 20

millones de hectáreas han sido adquiridas por empresas agroalimentarias, principalmente para la producción de agrocombustibles y de grano para la alimentación animal (Delgado Cabeza, 2013). Junto con el alza de precios debido a la especulación financiera, estas lógicas jugaron un papel esencial en el agravamiento de la crisis estructural alimentaria ya existente en estas regiones (Delgado Cabeza, 2013). Otro ejemplo son las Patentes sobre la Vida de la OMC, estrategia de privatización de los recursos genéticos y de dominio de la biodiversidad y de los territorios donde esta se concentra (Shiva, 1997).

La creación de nuevas corporaciones de genéticos que conglomeran empresas de semillas y agroquímicas de fitosanitarios aumenta la presión sobre los sistemas agrarios (Sevilla Guzmán y Soler Montiel, 2010); los territorios son explotados con mayor intensidad que nunca dentro de una dinámica de desterritorialización, es decir, de falta de compromiso y enraizamiento del capital con los lugares concretos (Veltz en Delgado Cabeza, 2013). De esta manera, las nuevas lógicas de este sistema agroalimentario globalizado tratan de esquivar los límites espaciales y temporales de su expansión eliminando las especificidades de tiempo y lugar, homogeneizando, gracias a estructuras de subordinación de los pueblos a un proyecto estratégico diseñado y controlado por los Imperios Alimentarios Corporativos (Delgado Cabeza, 2013). Se destruyen elementos esenciales para mantener la vida local: cultivos y explotaciones “menos eficientes” se abandonan a favor de la intensificación, se deterioran los recursos locales, y se profundiza tanto en la desconexión de la cadena agroalimentaria con su entorno como en la dependencia de insumos externos (Delgado Cabeza, 2013). Se subordina, también, en el campo simbólico, imponiendo en el medio rural un nuevo referente de agricultor con cultura empresarial y altamente tecnificado (Sevilla Guzmán y Soler Montiel, 2010). Así, y con la siempre fiel ayuda de las políticas públicas de modernización, se comenzó una ofensiva cultural que situaba a agricultores profesionales (es decir, con explotaciones especializadas, intensivas, capitalizadas y tecnificadas) como los únicos victoriosos y verdaderos, construyendo una nueva identidad empresarial, individualista y alejada de la cultura y territorios locales (Espluga Trenc et al., 2019). La agrociencia es incorporada por la fuerza en el interior del conocimiento ecológico tradicional de las agricultoras favoreciendo el vínculo entre agricultoras e industria con el fin de reconstruir la identidad social campesina como profesional eficiente, innovador, contaminador, pero víctima al mismo tiempo al exigirle respeto medioambiental (incompatible con las prácticas agrícolas hegemónicas) (Espluga Trenc et al., 2019). Es esta la estrategia final de la globalización agroalimentaria: expulsar a las campesinas de la producción de alimentos debilitando los sistemas campesinos y familiares locales mediante la disolución de sus mecanismos de integración sociocultural, potenciando una crisis ecológica global y ahogándolos en costes crecientes e ingresos y precios decrecientes (Sevilla Guzmán y Soler Montiel, 2010).

La disociación entre la nueva identidad agraria y cultura local destruye los vínculos de la población con su territorio y facilita la expulsión de agricultoras por parte del sistema agroalimentario al reducir su importancia: son meras productoras de materia prima, gestoras empresariales de la explotación, no portadoras de conocimientos ecológicos esenciales, de cultura, de manejos que configuran una forma de vida (Espluga Trenc et al., 2019).

No obstante, la globalización y sus corporaciones agroalimentarias no han conseguido controlar todo el amplio abanico de modos de abastecimiento alimentario; no es, siquiera, la forma mayoritaria (Pérez-Vitoria, 2010). Existe una realidad invisibilizada, silenciada:

la mayor parte de la población continúa siendo alimentada por la agricultura y economía campesina y familiar, incluso en espacios industrializados y urbanizados (Sevilla Guzmán y Soler Montiel, 2010). Dinámicas de mercantilización parcial y multilineal han creado grietas a través de las cuales la gran heterogeneidad de las actividades campesinas ha podido mantenerse como constante histórica, y son estos circuitos de producción, distribución y consumo alimentario local basado en sistemas campesinos locales los que forman la resiliencia ante la crisis alimentaria de la globalización (Sevilla Guzmán y Soler Montiel, 2010). En el capitalismo, en la industrialización, en la globalización, en el “reino” de las grandes corporaciones agroalimentarias, distintas formas de organización sociocultural y económica indígenas, campesinas y familiares rompen con la falsa imagen, construida interesadamente, de homogeneidad y dominio de las formas de explotación capitalistas (Sevilla Guzmán y Soler Montiel, 2010)

Otras miradas. La agroecología

La agroecología surge en los años 70, como respuesta a la crisis ecológica y social generada por los procesos de modernización e industrialización alimentaria en las zonas rurales y como enfoque alternativo al de la ciencia convencional a la hora de analizar agroecosistemas, sistemas agroalimentarios y vías de desarrollo rural, basado en la recuperación de conocimientos y formas de organización sociocultural campesina a través de formas de acción social colectivas y participativas (Sevilla Guzmán y Soler Montiel, 2010). Teórica, metodológica y práctica, de naturaleza sistémica y holística, la agroecología surge como manejo ecológico de los recursos naturales locales, como revitalizadora de un potencial endógeno que, mediante sistemas de agricultura sostenible diseñados gracias al conocimiento campesino local, favorezca a la biodiversidad ecológica y sociocultural (Sevilla Guzmán y Soler Montiel, 2010). En este sentido, abarca las dimensiones técnico-productiva (diseño de agroecosistemas, ecología como marco científico en diálogo con el conocimiento tradicional campesino...), sociocultural y económica (análisis sociológico y antropológico de las comunidades campesinas y rurales, estrategias productivas, procesos de desarrollo rural, técnicas de investigación-acción-participativa...), y política (implicación práctica, apoyo y acompañamiento de acciones colectivas productivas, de comercialización y de lucha política...) de todos los procesos que tienen lugar en la cadena agroalimentaria (Sevilla Guzmán y Soler Montiel, 2010). Esto implica que la transición únicamente en finca a una agricultura sostenible sólo es agroecológica si trabaja también en desarrollar un marco sociocultural y político que transforme el contexto más amplio y plantee cambios en todos los sectores del proceso alimentario (Sevilla Guzmán y Soler Montiel, 2010). Asimismo, a la hora de pensar la realidad desde la agroecología es imprescindible prestar atención a las 3C: procesos basados en el cierre de circuitos desde abajo, la cooperación, y los cuidados, que deben contemplarse en todos los niveles y triangularse con las tres dimensiones de la agroecología (Álvarez y Calle, 2020).

Por un lado, desde el punto de vista agroecológico, las transformaciones agrarias y rurales son procesos coevolutivos producidos por la interrelación entre sistemas sociales y ambientales donde los sistemas de conocimiento, valores, tecnologías y organizaciones interactúan con la naturaleza (Norgaard, 1994). Así, la modernización e industrialización alimentarias fracturan el equilibrio con el que coevolucionan los sistemas agrarios tradicionales (Sevilla Guzmán y Soler Montiel, 2010). Por otro lado, la disciplina parte del supuesto de que cada territorio tiene unas características agroecosistémicas y socioculturales particulares que el modelo agroalimentario deseable debe tener en cuenta,

y defiende la recuperación de las variedades locales culturalmente adaptadas a su entorno y las prácticas de cultivo tradicionales asociadas, poniéndolas en diálogo con innovaciones tecnológicas respetuosas, frente a un modelo agroalimentario agroindustrial que fomenta únicamente variedades estandarizadas y un uso intensivo de insumos químicos, energía y tecnología abusiva (Espluga Trenc et al., 2019). Es vital, en consecuencia, reconocer el potencial del conocimiento ecológico tradicional del campesinado en cuanto a entomología, botánica, suelos, agronomía, etc., y poner en valor la herencia agrícola de sistemas agrarios tradicionales que han logrado mantener la base productiva de la agricultura a través del tiempo (Sevilla Guzmán y Soler Montiel, 2010). Deben recuperarse las lógicas y prácticas de ese conocimiento local para conseguir la sostenibilidad de la producción (Acosta Naranjo et al., 2019).

Los procesos de transición agroecológica activan dos dinámicas fundamentales: la recuperación del conocimiento ecológico tradicional y la articulación de redes alimentarias alternativas (Espluga Trenc et al., 2019). Las ferias de variedades locales, por ejemplo, visibilizan la existencia de alternativas al modelo hegemónico agroalimentario y plantean caminos diferentes (Espluga Trenc et al., 2019). Por lo tanto, algunas de las características de las transiciones agroecológicas son: (1) el apoyo a la producción ecológica, la formación, sensibilización, etc., (2) la recuperación del conocimiento ecológico tradicional y de los recursos locales mediante encuentros como bancos de semillas, asociaciones de productores de semillas y de variedades locales, bancos de tierra, convenios, ferias... (3) la promoción de redes alimentarias alternativas (la venta en finca, los grupos de consumo, cooperativas, mercados locales, etc), (4) el fomento de huertos urbanos, sociales y/o comunitarios que impulsen el autoconsumo, la inclusión social, el ocio, el empoderamiento colectivo, la recuperación de espacios degradados... y (5) la creación de organismos de gestión como consejos alimentarios municipales que diseñen estrategias alimentarias territoriales mediante mecanismos participativos (Espluga Trenc et al., 2019). De esta manera se recuperan patrimonios materiales e inmateriales, variedades locales, su manejo, su uso, se integran en proyectos de vida locales (Espluga Trenc et al., 2019) y, mediante estas estrategias, se reivindica al campesinado y sus valores como fuente de saberes y praxis; se crean iniciativas con gran potencial para el desarrollo rural y la fijación de población en el mundo rural, cuya continuidad física está en juego (Acosta Naranjo et al., 2019).

La Dinamización Local Agroecológica (DLAE) es una de las herramientas que ofrece la agroecología para construir un sistema agroalimentario local sostenible que fomente la cohesión territorial social, la reproducción de las comunidades locales y la conservación de los ecosistemas, gracias a la coordinación proactiva de los diversos actores del territorio para llevar a cabo un proyecto agroecológico a medio y largo plazo con la ayuda de figuras intermedias, mediadoras, que establezcan vínculos entre ellas y aseguren la participación de todas las partes (Espluga Trenc et al., 2019). Se trata de un replanteamiento del desarrollo rural en el que se dé importancia a su base campesina y a procesos de recampesinización (Pérez-Vitoria, 2010; Ploeg, 2010). Frente a un desarrollo rural sin agricultura ni agricultores, la Agroecología trabaja por una rearticulación territorial, social y productiva que construya redes alimentarias para satisfacer las necesidades básicas que conectan a campesinas con espacios de consumo de forma directa y cooperativa (Calle Collado y Soler Montiel, 2010). La desagrarización consecuencia de la “modernización” ha alejado a la población rural de su patrimonio agrario local, pero este puede ser, por un lado, motor de la economía local, y, por otro, al reconstruir la sociabilidad entorno él y construir espacios de cooperación vinculados al mismo, vuelve

a colocar la coevolución entre sociedad y ecosistema en el centro de la identidad local, (re)emergiendo imaginarios colectivos alrededor de las características del territorio, de los bienes comunes, del paisaje, del conocimiento ecológico tradicional o de las semillas autóctonas (Espluga Trenc et al., 2019).

Explorar actividades alternativas a la agricultura como fórmula para el desarrollo rural es una opción, pero la solución más duradera y holística es considerar la tierra y las actividades vinculadas al sistema agroalimentario local como la raíz del presente y del futuro de los pueblos (Espluga Trenc et al., 2019). El desarrollo rural, desde la perspectiva agroecológica, basa su futuro en el protagonismo de lo agrario, identificando y activando los recursos endógenos, las redes de actores que puedan colaborar en un proyecto a medio o largo plazo, a agricultores ecológicos y convencionales que quieran cambiar el modelo, a grupos de consumo organizados, escuelas, familias, comerciantes locales, restaurantes... Se generan, así, lazos territoriales que fortalecen tanto el sentimiento de comunidad como la generación de identidades locales entorno a redes alimentarias alternativas (Espluga Trenc et al., 2019). Se construye un proyecto compartido de desarrollo alternativo y sostenible para el territorio, con visiones económicas, sociales y ecológicas, y vinculando a actores distintos que han sido, están siendo, o serán expulsados por el régimen alimentario corporativo (Espluga Trenc et al., 2019).

Las instituciones públicas juegan un papel clave a través de la cesión de infraestructuras y recursos públicos, el apoyo a la dinamización del sector agroalimentario local, la facilitación del acceso a la tierra, la promoción de la recuperación de variedades locales adaptadas, etc. (Espluga Trenc et al., 2019). Sin embargo, las políticas de desarrollo suelen dar por supuesto que el modelo agroindustrial es inalterable y relegan a un segundo plano la construcción de nuevos modelos agroalimentarios para centrarse en diversificar las actividades económicas del mundo rural (Espluga Trenc et al., 2019). La agroecología, sin embargo, propone alternativas al sistema agroalimentario hegemónico a través de la reducción de la dependencia del sistema agroindustrial, el empoderamiento personal, profesional y comunitario, o la generación de vínculos con el sistema social local (Espluga Trenc et al., 2019). Estas medidas agroecológicas necesitan, no obstante, de compromiso, implicación, integración y solidez organizativa desde los gobiernos municipales y de ámbitos superiores (Espluga Trenc et al., 2019).

Epistemología. Tierra sobre la que germinar

Liberalismo, industrialización, capitalismo y globalización se han servido del conocimiento como una herramienta del poder; a través de la ciencia han logrado legitimar su estructura de poder interpretando el funcionamiento de la economía y de la sociedad como naturales y, consecuentemente, anulando la biodiversidad cultural del planeta (Guzmán Casado et al., 2000). La racionalidad científica es, pues, un modelo global y totalitario ya que niega el carácter racional a cualquier forma de conocimiento que no siga sus principios y reglas metodológicas (Sousa Santos, 2003). De esta manera, la metáfora del desarrollo promulgó una sola línea histórica, la occidental, como la verdadera, suprimiendo la posibilidad de que el resto de pueblos definiesen las formas de su propia vida (Esteve, 1992).

La ciencia moderna desconfía sistemáticamente de todas las evidencias de nuestra experiencia inmediata, trasladándolas al lugar del conocimiento “vulgar” (Sousa Santos, 2003). La ciencia moderna separa naturaleza y ser humano en dos esferas totalmente

contrarias; la naturaleza es pasiva, eterna, reversible, un mecanismo, al fin y al cabo, cuyos elementos se pueden desmontar y después relacionar a través de leyes, y cuyos misterios son desvelables mediante su dominación y control (Sousa Santos, 2003). La ciencia moderna presupone su capacidad de observación descomprometida, libre, sistemática y rigurosa de los fenómenos naturales (Sousa Santos, 2003)

La agroecología, sin embargo, trabaja desde un paradigma pluriepistemológico: necesita del diálogo entre “ciencias” sociales y naturales y ese conocimiento de la gente que el anterior paradigma clasificaba de vulgar (Sevilla Guzmán y Soler Montiel, 2010). La agroecología defiende la coevolución, la interdependencia entre naturaleza y comunidad humana. La agroecología debe partir de la humildad, de una escucha activa a la subjetividad, a las pasiones de la gente, a sus sentimientos, sus emociones, sus alegrías y sufrimientos, ya que no es cuestión de abarcarlo todo, no es *conocerlo* todo; el discurso científico también tiene una ideología (Sabio Alcutén, 1996), y la incertidumbre en el conocimiento -que la ciencia moderna siempre creyó limitación técnica que debía superarse- debe transformarse en la clave del entendimiento de un mundo que, más que controlado, ha de ser contemplado (Sousa Santos, 2009). Contemplar el mundo, los agroecosistemas, como fenómenos interrelacionados (Sabio Alcutén, 1996) en los que hasta el más cotidiano de los gestos nos habla de la vida; la actividad económica no se basa en los principios de la mecánica, sino en las relaciones entre personas (Sabio Alcutén, 1996).

¿Cómo se materializa esta pluriepistemología? Por un lado, a través de una transdisciplinariedad que ponga en relación distintas disciplinas para observar los fenómenos de una manera global (Cuesta, 2003). En el caso de la despoblación, su estudio desde un punto de vista pluriepistemológico no implica abandonar las perspectivas demográficas del mismo, ni las explicaciones que se remiten a la falta de servicios, a las oportunidades en las ciudades o al envejecimiento de la población, sino aportar una nueva interpretación que ponga énfasis en la desaparición de los sistemas locales de producción campesinos y en la integración de los mismos en los espacios periféricos globales (Cuesta, 2003). Por otro lado, pluriepistemología significa redefinir conceptos: reconstruir qué entendemos por agricultura, por economía, por pueblo, por progreso... Porque la concepción de la historia como lineal es una idea únicamente occidental que nos lleva a una visión errónea del progreso: el verdadero progreso es el que mejora la vida en su sentido más amplio, de todas, no sólo de unos pocos (Pérez-Vitoria, 2010). Por último, pluriepistemología *es* tomar como objeto de análisis aquello que el pretendido enfoque cuantitativo y objetivista decidió ignorar, lo no mensurable, la memoria, el recuerdo, lo vivencial, lo emocional. Tomar el relato personal como fuente de información válida y, sobre todo, valiosa. En este sentido, la historia local continúa siendo puesta bajo sospecha, pero esa microhistoria ha nacido para llegar a lo más profundo de los procesos sociales y humanizar su estudio; ponerle rostro y nombre, dar protagonismo a sujetos silenciados que tuvieron voz realmente, y que la alzaron para hacerse oír, pero no quedó recogido en los medios principales (Sabio Alcutén, 1996).

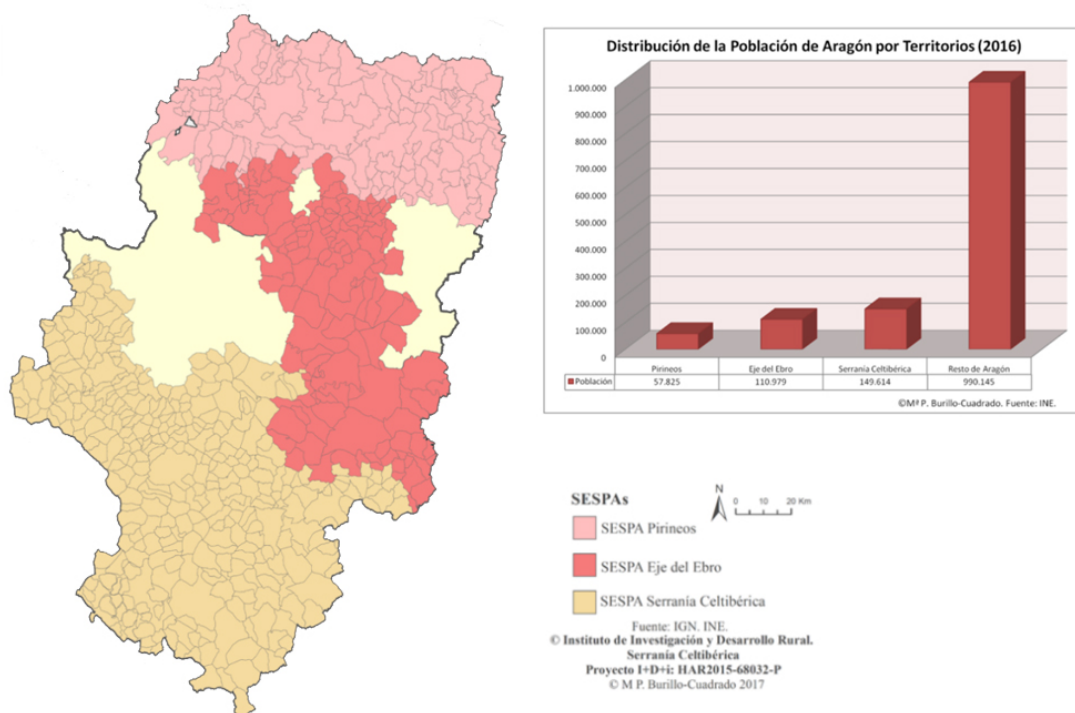
Contextualización

Posé alguno diga que un llugá tan chico coma éste siga aburrit, perque ya s'eiga acostumbrau a seguí el reloj según el horari de una fabrica, agon li manan la faena que ha de fe. A Calasanz ninguno tien que aburrirse pues coma allí diuen, siempre ñai algo pa “ana fen”.

Aragón. Desequilibrio territorial.

En términos demográficos, Aragón (concretamente Huesca y Teruel) tiene una de las densidades medias de población más bajas de Europa (Ayuda Bosque et al., 2000) y se sitúa como la cuarta comunidad autónoma española con menor densidad de población, con 27'42 habitantes por kilómetro cuadrado (Civieta, 2018). Sin embargo, los datos empeoran si suprimimos de la ecuación a las ciudades más pobladas, momento en el que se convierte en la comunidad con menor densidad del país 13'97 habitantes por kilómetro cuadrado), o si únicamente eliminamos Zaragoza; Aragón tendría así 13'85 habitantes por kilómetro cuadrado (Civieta, 2018).

Como comentamos anteriormente, los territorios que tienen menos de diez habitantes por kilómetro cuadrado son considerados desiertos demográficos (Escolano y De La Riva, 2003): el 75'92% de los pueblos aragoneses tienen una media de 4'37 habitantes por kilómetro cuadrado, siendo incluido el Eje del Ebro como SEPAS (Areas del Sur de Europa Escasamente Pobladas) (Civieta, 2018).



Fuente: Instituto de Investigación y Desarrollo Rural Serranía Celtibérica

¿Qué ocurre con el otro 24'08% del territorio? Mientras la gran parte de Aragón se considera espacio desierto, los habitantes de Zaragoza suponen más del 50% de la población total de la comunidad (Civieta, 2018). El desequilibrio territorial es uno de los principales rasgos de Aragón, la macrocefalia (Civieta, 2018), es decir, la acumulación de habitantes y actividades productivas en los grandes núcleos, Zaragoza, mientras que en el resto del territorio los niveles de ocupación humana y actividad económica son bajos o

inexistentes (Ayuda Bosque et al., 2000). Como resultado, el valle del Ebro crece frente al resto: con una distribución espacial enormemente desigual, las aragonesas se concentran en un número muy pequeño de municipios mientras que el resto de poblaciones tienen tan pocos habitantes que no ven asegurada su supervivencia a medio plazo (Ayuda Bosque et al., 2000).

La desigualdad demográfica tiene su correlato económico y social. A finales del siglo XVIII se da por finalizada la construcción del Canal Imperial, modificando las relaciones económicas de la comunidad: Zaragoza amplía su superficie de regadío y su productividad agraria, pero las zonas de montaña ven como su sistema productivo tradicional comienza a desarticularse al perder competitividad ante el valle del Ebro (Infante Díaz, 2003). La economía aragonesa, hasta el siglo XIX, fue de base agraria; suministradora de materias primas y alimentos a regiones colindantes que poseían economías más diversificadas, y complementándose con una industria rural, dispersa, de consumo local y comarcal, y de transformación de productos agrarios (molinos, textil, jabón) de baja calidad, mínima preparación técnica y con nula posibilidad de ser comercializada en el exterior (Germán y Pinilla, 1990). Tradicionalmente, tanto regadío como secano tendían a seguir un régimen minifundista (Marín Jaime, 1990). Sin embargo, con su modernización, los nuevos regadíos se configuran en explotaciones más grandes y las fincas de secano se mecanizan en la medida de lo posible y cultivan en aquellas zonas regables de que disponen, productos que necesitan poca mano de obra, fácilmente mecanizables y no sometidos a la variabilidad del mercado, prefiriendo las agricultoras otros canales de comercialización (guisante, judía verde, cebolla...) (Marín Jaime, 1990).

Desde la industrialización, y especialmente a mediados del siglo XIX, Aragón profundizó un crecimiento económico polarizado y que afectó de forma distinta en cada territorio de la comunidad, agravando la desigualdad interna y llevando a las zonas de montaña a una situación de crisis y decadencia (Infante Díaz, 2003). Con la implantación del modelo económico de sustitución de importaciones, el valle del Ebro desarrolla una potente industria azucarera y un complejo industrial metalúrgico y químico que en el siglo XX lleva a la consolidación de Zaragoza (que para entonces ya tenía una población de 100.000 habitantes) como núcleo del complejo agroalimentario de harineras, azúcar, alcohol y maquinaria para la agricultura (Infante Díaz, 2003). Por otro lado, Aragón basó su desarrollo en la extensión de tierras del regadío, siendo la herramienta más empleada en la propaganda política de los partidos de la región: las dificultades periódicas de las agricultoras de secano fueron instrumentos políticos para justificar obras de regadío de presupuesto público en nombre del bien común, pero que en realidad configuraban desigualdades productivas (Marín Jaime, 1990). Además de la construcción del Canal de Aragón y Cataluña, a partir de los años 50 del siglo pasado se continúa con la construcción de obras públicas para el regadío, fomentando la producción en el campo de regadío, por un lado, y especializándose Aragón en la producción de energía eléctrica y el sector químico gracias a inversiones públicas en ambos ámbitos (Infante Díaz, 2003). Durante estas décadas, Zaragoza aumenta de población; Huesca y Teruel la pierden (Infante Díaz, 2003).

Con la integración de España en la Comunidad Económica Europea en 1986 se configuró un modelo territorial europeo formado por un gran dorsal con dos brazos en los que se reúne la mayor parte de la actividad económica. El primer brazo recorre el centro de Europa (Londres-norte de Italia), y el segundo pasa por el litoral mediterráneo, desde el centro de Italia hasta el sudeste español, pasando por el Valle del Ebro (Infante Díaz,

2003). Se consolidó de esta manera el “espacio metropolitano de Zaragoza” como una pieza clave en el desarrollo del sur europeo, se instaló la General Motors, se construyeron grandes superficies comerciales, se urbanizó enormemente el territorio y se trasladaron a él la mayor parte de los factores de crecimiento endógenos de la región: el capital humano, el gasto en I+D, la inversión en infraestructuras, la universidad, los grandes nudos de la red de autovías... (Infante Díaz, 2003). Resultado de este proceso en el que Zaragoza adquiere su papel hegemónico en Aragón, en la década de los 70 del siglo pasado surgieron movimientos de descontento en el resto de territorios aragoneses bajo el lema “Zaragoza contra Aragón”, protestando contra un modelo económico, social, político que fomenta el desequilibrio territorial (Infante Díaz, 2003).

Huesca: La Llitera

Con la apuesta aragonesa por la industria como factor de desarrollo se configuró un mapa formado por un centro nutrido por jóvenes de la montaña, se aceleró el éxodo rural y el envejecimiento de las poblaciones rurales (Montserrat y Villar, 1999). Huesca es la provincia de España con más pueblos deshabitados: 320 localidades⁴ cuya mayoría quedaron despobladas entre 1930 y 1960 (Civieta, 2018).

La misma dinámica general de Aragón se repite en la provincia de Huesca, aunque en menor medida: un alto porcentaje de la población habita en la capital provincial, que junto con los tres municipios más poblados (Monzón, Barbastro y Fraga) suman el 46'1% de la población total (Civieta, 2018). Así, aunque a comienzos del XXI Huesca ganó 14.272 habitantes, fueron los cuatro núcleos mencionados los que vieron su población aumentada por, justamente, 14.331 personas: incluso en los años de crecimiento, los pueblos pierden población (Civieta, 2018). De hecho, lo único que aumenta es el número de pueblos que tiene menos de 100 habitantes, es decir, en riesgo de extinción (Civieta, 2018). Además, el 72'2% de los pueblos oscenses tienen menos de 500 habitantes y cinco de las diez comarcas de la provincia tienen menos de 10 habitantes por kilómetro cuadrado, pasando a ser ocho comarcas al quitar de la operación las cabeceras comarcales: el 50% del territorio de Huesca es un desierto demográfico (Civieta, 2018).

Comarcas	Densidad con cabecera comarcal	Densidad sin cabecera comarcal
<i>Sobrarbe</i>	3,37	2,73
<i>Ribagorza</i>	4,92	4,07
<i>Jacetania</i>	5,16	3,40
<i>Monegros</i>	6,93	6,02
<i>Alto Gállego</i>	9,96	5,42
<i>Bajo Cinca</i>	17'22	9'70
<i>Somontano</i>	20,28	6'37
<i>Llitera</i>	25'03	12'66
<i>Hoya de Huesca</i>	26'80	6'52
<i>Cinca Medio</i>	41'77	16'02

Fuente: Diputación Provincial de Huesca, en Civieta, 2018.

⁴ Página web en el que se muestra el trabajo de investigación de Cristian Laglera: en 2005 fotografió y documentó cada una de las aldeas despobladas oscenses.

<http://www.despobladosenhuesca.com/>

Al noreste de la provincia encontramos un territorio históricamente, geológicamente y geográficamente fronterizo: la comarca de La Llitera. A caballo entre el Pirineo y la Depresión del Ebro, pareciese que los grandes ríos aragoneses han escapado de este territorio, pero el más caudaloso de los afluentes del Ebro, el río Cinca, y su afluente el Sosa, vertebrada de norte a sur la comarca comunicándola con dos capitales comarcales, Fraga y Monzón, y permitiendo, en la mayoría de sus municipios, una agricultura diversificada con una amplia red de acequias, canales y dos embalses (Mequinenza y Santa Ana (CEDER Zona Oriental De Huesca, 2005). Debido a la presencia de este río, parte del territorio aparece en la encuadra de la Confederación Hidrográfica del Ebro (CHE), responsable de las obras hidrográficas que tantos pueblos han vaciado (EDLP Ceder Zona Oriental de Huesca, 2014-2020)

La Llitera es un territorio muy diverso, pudiendo dividirse en tres bandas: una zona sur, casi llana, que se encuentra en la unidad de relieve llamada “Somontano pirenaico”, formando parte de las tierras llanas de la Depresión del Ebro y se caracteriza por depresiones erosivas, terrazas y muelas (EDLP Ceder Zona Oriental de Huesca, 2014-2020). La zona norte y septentrional de la comarca está ocupada por las Sierras Subpirenaicas, una sucesión de escarpadas sierras con algunas cotas que superan los 1000 metros (como los picos de San Quilez y Buñero) que posibilitan la existencia de microclimas variados y fondos naturales mediterráneos: Alins, Gabasa, Baellas, Nacha, Zurita, Camporrells, Baldellou, Castillonroy y Calasanz se encuentran en esta zona (EDLP Ceder Zona Oriental de Huesca, 2014-2020).



Fuente: EDLP Ceder Zona Oriental de Huesca, 2014-2020

Las diferencias en altitud y geología configuran numerosos tipos de paisaje: tierras de labor (sobre todo en la mitad sur, que es de regadío), espacios de vegetación arbustiva y herbácea y de bosques (mitad norte y septentrional), zonas agrícolas heterogéneas, zonas urbanas, zonas industriales, zonas comerciales y de transporte (junto a las principales vías de comunicación con las cabezas comarcales), zonas de aguas continentales como canales y balsas de riego, zonas de extracción minera y zonas de construcción (EDLP Ceder Zona Oriental de Huesca, 2014-2020). La influencia humana en el paisaje es muy antigua, buena parte del territorio se ha dedicado históricamente a la agricultura y ganadería (EDLP Ceder Zona Oriental de Huesca, 2014-2020). El 65'20% de la superficie es de secano, aunque se trata de una zona considerada “privilegiada” por la abundancia de agua

para el uso agrícola (CEDER Zona Oriental De Huesca, 2005). El 61% del territorio se destina a cultivos (predominando los herbáceos –cereal, leguminosas y alfalfa- sobre los leñosos -frutales-) y el 15% a usos forestales (CEDER Zona Oriental De Huesca, 2005). Sin embargo, actualmente casi la mitad de la población activa se encuentra en el sector servicios, seguido del industrial, el de construcción y, por último, el agrícola: la economía está asistiendo a procesos de terciarización y especialización productiva en el subsector ganadero (CEDER Zona Oriental De Huesca, 2005).



La Llitera vista desde Calasanz

Con un clima mediterráneo y continental, La Llitera experimenta un invierno frío, de nieblas y heladas, y un verano de fuerte calor y escaso índice de precipitaciones que pronuncia la aridez de las tierras (CEDER Zona Oriental De Huesca, 2005). Esto se debe al encajamiento entre montañas y al aislamiento respecto a las condiciones del clima peninsular (EDLP Ceder Zona

Oriental de Huesca, 2014-2020). En cuanto a sus características naturales, se trata de una zona que alberga gran diversidad de fauna, estando el mayor número de especies vertebradas en las zonas boscosas mientras que los cultivos intensivos de regadío son los más pobres en este sentido (EDLP Ceder Zona Oriental de Huesca, 2014-2020). Además, existen más de 200 especies de aves, 30 de mamíferos, 15 de reptiles, 16 de peces y 6 de anfibios (EDLP Ceder Zona Oriental de Huesca, 2014-2020).

Su vegetación, mediterránea y continental, posee un equilibrio ecológico muy débil y una superficie arbolada relativamente pequeña en comparación con las dimensiones de la comarca, y en la que predomina la carrasca (CEDER Zona Oriental De Huesca, 2005). El área carrascal, sin embargo, ha sido muy alterada por la actividad humana, que ha roto el equilibrio ecológico sin que el carrascal haya podido reconstruirse, quedando el bosque climático destruido (EDLP Ceder Zona Oriental de Huesca, 2014-2020). El bosque de ribera es otro ecosistema extendido en los márgenes del Cinca, pero su estado en La Llitera no es el óptimo. Además, encontramos en la Llitera la presencia de vegetación espontánea de carácter arbustivo (tomillo, aliaga...) en terrenos cuya pendiente o rocosidad no ha permitido su aprovechamiento agrícola, campos de cultivo y algunos árboles singulares aragoneses como la sabina albar, el tamariz o el litonero (CEDER Zona Oriental De Huesca, 2005), árbol de gran simbología en Calasanz. En muchas zonas hay pastizales que derivan de terrenos de labor abandonados a raíz de la disminución de su rendimiento por una erosión excesiva y una mala estructura del terreno (EDLP Ceder Zona Oriental de Huesca, 2014-2020). De esta manera, la comarca tiene un gran valor



Litonero en Calasanz. Imagen cedida por: www.villadecalasanz.com

natural y es pionera en cuanto a la catalogación de sus árboles singulares, centenarios, monumentales o raros, que son casi cien y, en su mayoría, de especies autóctonas y muy estimados por la población (EDLP Ceder Zona Oriental de Huesca, 2014-2020). En este sentido, existen muchos relatos populares asociadas a estos elementos del entorno natural: podemos contemplar en Calasanz la “olivera de La Cova”-un tronco tan hueco que cuentan que antiguamente se podían resguardar en él siete personas y una burra-, así como un nogal que, una vez talado, financió uno de los primeros tractores que fueron empleados en la comarca, o, finalmente, las historias de los enormes litoneros, bajo cuya sobra descansaban las agricultoras, árboles que, según cuentan, murieron de pena al ver la despoblación de cada rincón de La Llitera (EDLP Ceder Zona Oriental de Huesca, 2014-2020).

Como comentamos, la agricultura está muy extendida en la comarca, pero especialmente en el centro y en el sur, donde es el paisaje predominante, siendo la mayor parte de regadío con aguas del Canal de Aragón y Cataluña mientras el norte permanece en el seco con parcelas de pequeño tamaño integradas en zonas naturales (EDLP Ceder Zona Oriental de Huesca, 2014-2020). Con la llegada del canal se transforma la agricultura y aumenta la producción: gracias a su agua se riegan campos, se da de beber a animales que ahora pasan a un régimen de ganadería intensiva, los forrajes y frutales sustituyen a los cereales, olivos y almendros, y se extiende la mecanización que eleva tanto la productividad como la cantidad de mano de obra agrícola excedente que se traslada al sector de la industria y servicios (EDLP Ceder Zona Oriental de Huesca, 2014-2020). Con el auge industrial y el trasvase de mano de obra a la ciudad disminuye la cantidad de suelo puesto en cultivo y comienza el abandono continuo de tierras y el aumento del peso del sector ganadero (EDLP Ceder Zona Oriental de Huesca, 2014-2020). Actualmente la ganadería (intensiva y de gran impacto negativo medioambiental) supone el 64% del sector primario, siendo el cerdo de cebo el protagonista, seguido desde lejos por las ovejas (que tradicionalmente eran la cría principal junto con las cabras) y los terneros de cebo (CEDER Zona Oriental De Huesca, 2005). En este sentido, el matadero FRIBIN de Binéfar se ha consolidado como la primera potencia del sector cárnico industrial de vacuno y una de las primeras en porcino y sus derivados, así como la Scdad Coop. Ltda AGROPIENSO, en Esplús, es la primera productora de piensos de vacuno del país (EDLP Ceder Zona Oriental de Huesca, 2014-2020). Por otro lado, La Llitera ha desarrollado un sistema agroalimentario en el que todos sus centros de comercialización están fuera de Aragón, basando su agroindustria en las transformaciones de primer grado (EDLP Ceder Zona Oriental de Huesca, 2014-2020). En cuanto a la industria, el sector de la metalurgia es el principal en la zona, seguido por alimentación, bebida y tabaco, textil y química, con polígonos industriales en Binéfar, Tamarite de Llitera, Albelda y Castillonroy: se trata del tercer polo industrial de la provincia después de Cinca Medio y Somontano de Barbastro (EDLP Ceder Zona Oriental de Huesca, 2014-2020).



Ovejas pastando en Calasanz. Imagen cedida por www.villadecalasanz.com

Bien comunicada con los principales núcleos de población y mercados (Zaragoza, Francia y Cataluña), la Llitera tiene dos comarcas; una histórico-cultural (Tamarite de Llitera) y otra administrativa (Binéfar). Tamarite continúa teniendo la misma población que en 1860 (4355 habitantes), pero Binéfar ha multiplicado su número de habitantes por seis (9444 habitantes a principios del siglo XXI) ya que ha conseguido una situación central en cuanto a su accesibilidad, mientras que Tamarite quedó aislada (Murillo Murillo, 2010). Las mejores comunicaciones de la capital administrativa favorecieron el asentamiento de habitantes del resto de pueblos de la comarca durante el desarrollo industrial del sector agrario y, posteriormente, del sector de construcción de maquinaria y metálico, convirtiéndose en el foco principal de atracción para migrantes (Murillo Murillo, 2010). Existen también localidades intermedias cuya población se sitúa entre los 500 y 1500 habitantes, todas ellas situadas al norte del Canal de Aragón y Cataluña (Murillo Murillo, 2010). Con la construcción de este Canal en 1906, estas poblaciones disminuyeron su población al quedar el término de la mayoría fuera de las áreas de regadío, aunque las que sí se beneficiaron del regadío redujeron su población a medida que la agricultura fue perdiendo importancia en el conjunto de la economía española, desde la década de los 60 (Murillo Murillo, 2010). Las únicas que mantienen su población son las que desarrollaron una actividad ganadera importante y consiguieron cierto desarrollo industrial (molinos de pienso, prefabricados de hormigón, tratamiento de purines, biogás...) (Murillo Murillo, 2010).

La presencia de los dos grandes núcleos de población y las diversas localidades intermedias aquí mencionadas explican que La Llitera no figure dentro de ninguna de las tres SEPAS de Aragón. Sin embargo, encontramos en La Llitera pequeñas poblaciones que no alcanzan los 400 habitantes, muchas de las cuales pueden considerarse espacios desiertos: Azanuy-Alins, Baells, Baldellou, Camporrells, Castillonroy y Peralta de Calasanz (Murillo Murillo, 2010). Si el regadío no pudo mantener a su población, un medio mucho más desfavorable de montaña todavía menos: no pudieron mecanizarse por sus características orográficas, quedaron lejos de las grandes vías de comunicación y no poseen elementos naturales que faciliten un turismo de gran envergadura (Murillo Murillo, 2010). A lo largo de las décadas de los 60 y 70, las políticas públicas que mejoraron carreteras olvidaron ocuparse de las estrechas vías de mala calidad que conducen a estos pueblos, y las políticas agrarias europeas como la PAC comenzaron a favorecer el abandono de cultivos y la plantación de especies forestales en los antiguos terrenos agrícolas (Murillo Murillo, 2010). Poco a poco, las poblaciones fueron

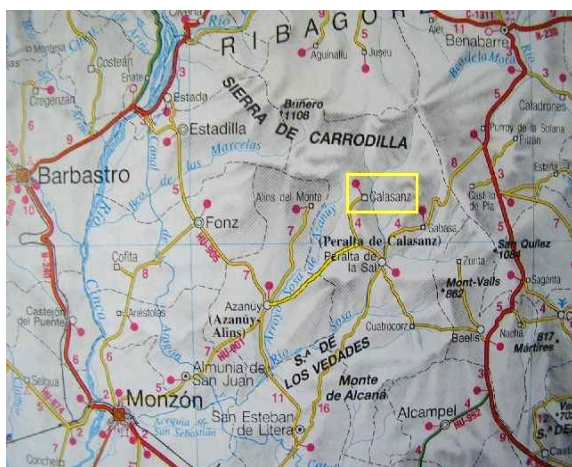
reduciéndose, dividiendo su número por más de 10 entre 1860 y 2009 al bajar muchas personas a vivir al llano o a las grandes ciudades, donde se desarrollaban industrias y obras públicas (Murillo Murillo, 2010). Los casos más extremos de despoblación son los municipios de Azanuy-Alins (que perdió un total de 1170 habitantes entre 1860 y 2009) y Peralta de Calasanz (con 2666 habitantes menos en 2009 respecto a 1860) (Murillo Murillo, 2010).

Población de algunos municipios de La Llitera 1860-2009														
	1860	1887	1900	1910	1920	1930	1940	1950	1960	1970	1981	1991	2001	2009
Binéfar	1583	1604	1556	2109	2755	3308	3631	4571	5594	6925	7783	8001	8397	9444
Peralta de Calasanz										1090	592	349	258	232
Calasanz	910	756	772	807	700	597	567	467	337					
Peralta de la Sal	1660	1682	1424	1416	1443	1244	1121	1040	817					
Gabasa	262	265	208	241	218	195	192	151	103					
Tamarite	4668	4468	4049	4477	5344	5280	4566	4594	4787	4742	4269	4091	3655	3743

Fuente: Murillo Murillo, 2010.

Por último, La Llitera tiene *llugars* ya despoblados, como Cuatrocorz, en Peralta de Calasanz, que en 1981 tenía todavía 63 habitantes censados (que no residentes); desde los 80 su población comenzó a reducirse (Murillo Murillo, 2010) hasta, actualmente, quedar vacío.

Calasanz e un llugá chico



Fuente: Imagen cedida por www.villadecalasanz.com

Llitera Alta, montañosa, de secano, y Llitera baja, llana, de regadío, han seguido caminos históricos muy diferentes. El pueblo de Calasanz, nuestro lugar de estudio, se sitúa en el municipio de Peralta de Calasanz, en el norte de la comarca, formado por Peralta de la Sal, Calasanz, Gabasa y Cuatrocorz. Con su propia lengua, el *cañuto*, Calasanz tiene una extensión de 45'95 km cuadrados, limitando por el este con Gabasa, Lavazuy y Peralta de la Sal, por el oeste con Alins del Monte y Estadilla, por el norte con Aguinaliu y Juseo, y por el Sur con Peralta, y Azanuy.

El término de Calasanz está integrado por las sierras del pre-Pirineo meridional, con las cumbres de Buñero (1108 metros de altitud) y Berguellí (1071 metros), y dividido en dos partes diferenciadas: un sur de extensos valles separados por la sierra de la Ganza, con tierras tradicionalmente dedicadas secano (al olivo, los almendros, la viña y el cereal), y un norte con características más cercanas a la comarca de la Ribagorza, de sierras pobladas con densa vegetación y montes (Ardós, Cánigo, Sardanella...) que fueron en algún tiempo el sustento de una gran cabaña de ovejas y cabras (Alós Pascáu, 2003). De clima seco todo el año, la agricultura y la ganadería han sido las actividades protagonistas de Calasanz, que servían para cubrir las necesidades de sus *cañutas* por lo que, tradicionalmente, no se trataban de fincas de monocultivos, sino que solían tener “un poco de todo” (Alós Pascáu, 2003). Actualmente, dos familias trabajan la mayor parte de las tierras del pueblo, y muy pocas familias conservan animales ya que los intentos de crear granjas más intensivas fracasaron (como nos explicarán más adelante Maria Jo y Ramón de Casa Rin, Anita de Casa Cera o Pilar de Casa Andreu).

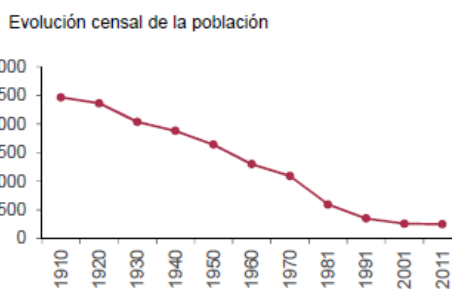


Calasanz

En 1860 los primeros censos poblacionales mostraban que Calasanz tenía una población de 910 habitantes (Murillo Murillo, 2010). Hoy, sin embargo, apenas superan los 60 (IAE, 2018) censados (que no residentes), lo cual implica que su densidad poblacional es de 2'23 habitantes por kilómetro cuadrado: Calasanz es un desierto demográfico en peligro de desaparición.

Evolución de la población

Evolución censal		Cifras oficiales a 1 de enero	
Año	Población	Año	Población
1910	2.464	2007	252
1920	2.361	2008	248
1930	2.036	2009	232
1940	1.880	2010	235
1950	1.638	2011	243
1960	1.297	2012	242
1970	1.090	2013	240
1981	592	2014	240
1991	349	2015	233
2001	258	2016	228
2011	245	2017	221



Fuentes para evolución censal: Censos de población de 1900 a 2011. Se ha recalculado la población según la estructura territorial del municipio en 2011.
Fuente para poblaciones oficiales: Padrón municipal de habitantes a 1 de enero de cada año.

Evolución de la población en Peralta de Calasanz, 1900-2011. Fuente: IAE, 2018.

Metodología

Nos idealizan, sí. Pero nos inferiorizan. Porque no nos dejan hablar. Deciden volvernos mudos. Que no suene nuestra voz. Que nuestra boca y nuestras manos se conviertan en elementos inútiles, sin palabras que acompañen a sus propios movimientos. Niegan la luz y el alimento a nuestra propia lengua. No nos dejan hablar, no nos dejan decidir. La marca del campesino en la frente. La mancha de ser de pueblo.
(Sánchez, 2019)

Escala de análisis y unidad de observación

Las preguntas planteadas en esta investigación giran alrededor de una misma unidad de observación: el pueblo de Calasanz, en la comarca de La Llitera. Se trata de un pueblo de apenas 60 habitantes, situado en el noreste de la provincia de Huesca. Tradicionalmente agrícola y ganadero, se caracteriza por un paisaje seco y pedregoso, de climas extremos y pocas lluvias. Al tratarse, no obstante, de una unidad de observación muy pequeña, a lo largo del trabajo nos serviremos de diferentes escalas de análisis para completar el estudio de la historia de despoblación de este pueblo.

De esta manera, prestaremos atención a cuatro escalas diferentes:

1. Escala de Comunidad Autónoma y provincial. Aragón es una comunidad muy diversa y, por tanto, para entender las dinámicas de emigración que han tenido lugar en Calasanz desde mediados del XIX debemos atender a los contrastes en cuanto a desarrollo industrial, comercial, económico y técnico que han existido entre Huesca, Zaragoza y Teruel.
2. Escala comarcal. Al norte de la comarca La Llitera, en la franja entre Cataluña y Aragón, Calasanz se localiza en la parte más montañosa y seca de la misma, rodeado de otros pueblos a los que alcanzó la extensión del regadío tras la construcción del canal de Aragón y Cataluña a principios del siglo XX. Así, las diferencias internas en La Llitera serán también parte esencial para el estudio de la despoblación de Calasanz.
3. Escala de paisaje. Caracterizaremos el ecosistema en el que se encuentra Calasanz para poder analizar las transformaciones históricas de su actividad agrícola.
4. Escala de finca. Nos acercaremos a los manejos que las *cañutas* tenían de sus huertos, tierras, animales y ámbito doméstico para observar en qué medida y aspectos fueron siendo modificados.

Método y técnicas de investigación

Durante el diseño de esta investigación, se programó la siguiente secuencia: realización de observación participante en el pueblo de Calasanz, realización de un diario de campo, posterior diseño de las entrevistas semiestructuradas e historias de vida, realización de las mismas, vaciado de información tanto del diario de campo como de las entrevistas e historias de vida, y sistematización de la misma. Debido al estado de alarma y el confinamiento provocado por el COVID-19, no fue posible realizar el trabajo de campo dentro de la calendarización que se formuló al inicio. Tampoco fue posible el traslado al pueblo durante el verano, ya que fue una de las primeras comarcas en retroceder a fase 2 por rebrotes precisamente vinculados a la precariedad de condiciones sanitarias, laborales

y humanitarias de los trabajadores temporeros de la zona (en aquellos pueblos de regadío)⁵. De esta manera, fue imprescindible replantear la metodología que iba a emplearse, ya que a la situación de confinamiento se añadía el hecho de que aquellas personas a quienes se realizarían las entrevistas eran, precisamente, las de mayor riesgo sanitario (personas mayores de 70-80 años). Por precaución, se decidió realizar únicamente las entrevistas semiestructuradas por vía telefónica, y no historias de vida, a la vez que se ampliaba la fase de investigación bibliográfica e historiográfica.

La primera fase de esta investigación ha consistido, entonces, en una revisión bibliográfica dividida en varias temáticas. Por un lado, se han consultado fuentes oficiales estadísticas para contextualizar la situación actual de Calasanz en cuanto a su demografía, economía, etc. Para caracterizar ecológicamente la zona nos han resultado de gran utilidad informes realizados a raíz de los programas Leader y Proder. En la misma línea, hemos acudido a otras fuentes de información primarias como libros escritos por personas del mismo pueblo en los que se recopilaban datos sobre los habitantes y sus trabajos a principios del siglo XX. Por otro lado, recurrimos a libros y artículos que estudian la historia agrícola y demográfica de Aragón y Huesca, así como algunos textos relativos a La Llitera. Además, realizamos una selección bibliográfica de aquellas obras y autoras que trataban la cuestión de la despoblación desde perspectivas no únicamente demográficas con el objetivo de lograr una visión lo más transdisciplinar posible.

Una vez contextualizado Calasanz, formulamos el guión para las entrevistas semiestructuradas que realizaríamos telefónicamente. Se ha escogido esta técnica por diversas razones. Primero, una entrevista semiestructurada permite gran libertad a la interlocutora, creándose un ambiente de conversación en el que entrevistadora y entrevistada están al mismo nivel (Ballestín González, 2018), algo a lo que hemos dado mucha importancia debido a la extrañeza que resulta de por sí realizar una entrevista por teléfono. Esta tipología de entrevista permite, además, evitar sesgos a la hora de formular las preguntas, ya que son una mínima guía relativa a temas sobre los que queremos recoger información, pero no son cerradas ni buscan una respuesta concreta. Finalmente, la entrevista semiestructurada nos permite adentrarnos en los aspectos subjetivos de la persona entrevistada, sus creencias, opiniones, conocimientos, memorias, emociones (Ballestín González, 2018), recopilando datos muy valiosos a la hora de mirar la despoblación desde otros ojos.

Los objetivos principales de estas entrevistas eran la recolección de datos sobre momentos vividos como claves en el proceso de despoblación de Calasanz, transformaciones percibidas en los manejos de la tierra y los animales, estrategias de supervivencia anteriores y actuales, perspectivas sobre el futuro del pueblo y, sobre todo, un relato personal sobre cómo vivieron las personas entrevistadas el vaciamiento del pueblo.

Los criterios muestrales para seleccionar a las personas investigadas han ido variando. En un primer momento nos servimos del muestreo de bola de nieve no probabilístico y, a través de dos contactos previos con *cañutas*, logramos acercarnos a varias personas del pueblo y proponerles la participación en esta investigación. Posteriormente, escogimos entrevistar a aquellas personas que representasen cada uno de los siguientes perfiles. Como investigadora, es importante señalar la existencia de vínculos familiares y

⁵ Noticia sobre los rebrotes de junio en Arainfo: <https://arainfo.org/la-llitera-cinca-meya-y-cinca-baixa-retroceden-a-la-fase-2-de-la-desescalada-por-varios-brotes/>

amistosos con varias de las personas entrevistadas, ya que una de las principales informantes es mi abuela, y otras son amigas de ella; muchas me conocen como la *chiqueta* de Casa Andreu y las relaciones vecinales que nos unen han facilitado el ritmo de las entrevistas:

1. Hombres y mujeres nacidas en Calasanz, mayores de 80 años y que han vivido casi toda su vida en el pueblo. Las personas entrevistadas cuyos perfiles siguen estos criterios son:

Anita. De Casa Cera, es una *cañuta* de 85 años, que ha pasado toda su vida en Calasanz. Fue al colegio allí, y después se quedó, para dedicarse a segar, trillar, regar, ir al huerto y cuidar los animales de su casa. También se dedicó a las faenas de la casa y ha escrito muchas poesías sobre el pueblo. Se casó con un cañuto y ambos comenzaron a vender sus cosechas de trigo, olivas, almendra, y también animales, que tuvieron hasta que su marido se retiró.

Ramón, de Casa Rin, es un *cañuto* de 93 años, que ha pasado toda su vida en Calasanz dedicándose a la ganadería. Su abuelo paterno era hijo de una masía que ahora es un restaurante, y bajó a Calasanz para casarse con una mujer de Casa Rin. Ambos se dedicaron a la ganadería, principalmente cabras, y más adelante ovejas y cerdos. Tuvo tres hijos, dos chicos y una chica, y todos estudiaron y viven fuera, en Barcelona. En los últimos años uno de ellos está comprando tierras en Calasanz para sembrar carrascas para la trufa.

2. Hombres y mujeres nacidas en Calasanz, mayores de 80 años pero que emigraron en algún momento de su vida.

Araceli de Casa Carpinteret, es una *cañuta* de 84 años, emigrada a Barcelona a los 15 para servir en diferentes casas. Fue al colegio de niña, hasta los 14 años, y aunque a ella le habría gustado seguir estudiando (y, como nos cuenta, una maestra suya le animó a ello), su familia no pudo permitirselo y marchó a servir a Barcelona “*yo vine a servir aquí, y tuve que decir que tenía dos años más porque había mucha faena en la casa y era una casa muy buena que me había buscado mi tío (...) estuve desde los 15 hasta los 25, y es que los padres te mandaban ahí, no podían hacer otra cosa*”. Su padre era el carpintero del pueblo, y también tenían varios huertos, alguna finca y animales, aunque no demasiados y en ocasiones otras casas les prestaban animales para trabajar el campo. Araceli tenía, además, otras dos hermanas: la mayor aprendió a ser modista, volvió a Calasanz y poco después se casó y emigró a Barcelona. La pequeña se casó con un granadino y fue a vivir al sur.

Por otro lado, hemos contactado con personas que no entraban en nuestros criterios muestrales, pero cuyos relatos consideramos de igual interés:

Pilar, mi abuela, de 85 años, procedente de Monzón. Difunta de mi abuelo Antonio de Casa Andreu, *cañuto* nacido en los años 30. El padre de Antonio, mi bisabuelo, es nacido en Calasanz, en una familia pobre que vivía de arriendos de otros, que compró la casa del Coll, pasando a ser Casa Andreu, poco antes del 1900, cuando la familia empezó a hacer dinero del campo. La madre de Antonio, mi bisabuela, no era de Calasanz, vivía en un Más cercano. En Casa Andreu eran dos hijos: José y Antonio. José fue el *hereu*, se quedó en Calasanz trabajando el campo el resto de sus días, y Antonio aprendió el oficio de carpintero con el padre de Araceli de Casa Carpinteret a los 15 años. Después bajó a trabajar a una carpintería de San Esteban, y finalmente a Monzón, donde trabajó en distintas fábricas y conoció a mi abuela, Pilar, con 20 años. Pilar lleva yendo a Calasanz desde entonces, y su gran amor por conversar hace que nos cuente miles de historias sobre el pueblo y su vida.

Maria Jo, de Casa Rin, *cañuta* de 52 años, nació en Calasanz, pero, con el cierre de las escuelas, fue internada en Benabarre. Después estudió en Barbastro y Huesca, y terminó siendo maestra en Barcelona, donde vive actualmente. Va a Calasanz a visitar a su familia cada fin de semana.

Jose Mº Nin, de 86 años, es un barcelonés casado con Araceli de Casa Carpinteret, que tiene un gran amor por Calasanz. Ha participado muchísimo de la vida del pueblo y, como es un gran dibujante, nos ha proporcionado un montón de obras en las que muestra cómo eran las herramientas que tradicionalmente se tenían para trabajar el campo, así como varias recopilaciones de poesía sobre Calasanz.

Montse, de Peralta de Calasanz. Fundadora de Fem Llitera, proyecto de desarrollo rural. Montse nació en Barcelona, pero volvió a Calasanz con sus padres cuando su abuela (de Peralta de la Sal) se enferma, sus padres y ella se mudan a Peralta a vivir. Estudió en el colegio de Binéfar y, después, en Huesca, ingeniería. Ingeniera, técnica de prevención y recursos humanos, trabajadora en la banca y en Electrobin (Binéfar), agente de desarrollo rural en Ribagorza y La Llitera, y fundadora de la empresa social FemLlitera, Montse nos da su perspectiva como agente de desarrollo rural y como persona que está organizándose para poder fomentar la vida en los pueblos de La Llitera.

Víctor Bayona, de Tamarite de Llitera, subdirector del Centre d'Estudis Lliterans, con quien hemos intercambiado varios correos electrónicos y nos ha facilitado el acceso a varios almanaques sobre Calasanz.

Una vez realizadas las entrevistas semiestructuradas, se procedió a su transcripción y sistematización, para, a continuación, articular los relatos de las *cañutas* con aquellos datos históricos y demográficos que hemos recopilado en nuestra búsqueda bibliográfica.

Desarrollo

Como si un día, de pronto, las gentes hubieran levantado sus cabezas de la tierra, después de tantos siglos, y hubieran descubierto la miseria en que vivían y la posibilidad de remediarla en otra parte. Nadie volvió jamás. Nadie volvió siquiera para llevarse algunas de las cosas que aquí se habían dejado. Y así, poco a poco, al igual que muchos pueblos del contorno, Ainielle fue quedándose vacío.
(Llamazares, 2001)

Introducción

A continuación, articularemos los relatos obtenidos de conversar con Pilar, Anita, Montse, Maria Jo, Ramón y Araceli, con la investigación bibliográfica que nos ha permitido profundizar en la evolución histórica de la agricultura y la población en Calasanz. Para ello, propondremos un recorrido temporal que comienza a mediados del siglo XIX y termina en la actualidad. En cada parada de este camino contextualizaremos, primero, la situación histórica más general, a escala provincial y comarcal, para luego acercarnos a la vida en Calasanz y, finalmente, observar paralelamente el estado de su demografía.

Siglo XIX

Hemos situado el punto de partida en 1840 con el fin de ilustrar, por un lado, la economía de base agraria, campesina, que predominaba tanto en Calasanz como en la mayor parte

del Aragón de secano, fundamentada en los cereales, el vino, el aceite y la ganadería ovina trashumante (Pinilla Navarro, 1992). Por otro, consideramos que los motivos agrarios de la despoblación tienen un recorrido muy largo que se entenderá mejor reflexionando sobre el pasado de estos pueblos: las migraciones y las transformaciones del sistema campesino no son sólo cosa de mediados del siglo XX.

A mediados del siglo XIX, el tamaño de las poblaciones estaba condicionado por las condiciones del medio natural, disponibilidad de los recursos naturales y la capacidad humana para adaptarse a los mismos (Murillo Murillo, 2010). Así, las poblaciones aragonesas tenían bajas densidades, pero eran mucho más homogéneas que hoy: las poblaciones más grandes, de 15-25 habitantes por kilómetro cuadrado, estaban en la depresión del Ebro (con mayor potencialidad agrícola y un medio físico menos abrupto) y las más pequeñas, entre 10-15 habitantes por kilómetro cuadrado, estaban en el norte y sur montañoso (Ayuda Bosque et al., 2000).

¿Qué ocurrió a partir de entonces?

1840-1900

Los años que fueron desde mediados del siglo XIX hasta el comienzo de la crisis finisecular en la década de los ochenta del mismo siglo, el crecimiento agrario fue el protagonista de los campos aragoneses, concentrándose alrededor de los cereales y el viñedo (Pinilla Navarro, 1992). Los cereales, primero, fueron impulsados por el crecimiento de la población y por la formación de un mercado interior que, desde 1820, estaba protegido de la competencia exterior (Pinilla Navarro, 1992). El destino de la enorme cantidad de producción cerealista eran mercados regionales, Barcelona y otros mercados interiores catalanes, el sur peninsular y Castilla León (Pinilla Navarro, 1992). En este sentido, la ubicación estratégica de Zaragoza, próxima al mercado catalán, fue aprovechada para la creación de un núcleo industrial harinero durante las décadas de los 50 y 60 (Pinilla Navarro, 1992). En ese momento el olivar iba ganando importancia, siendo la industria aceitera aragonesa el segundo sector industrial en la región (Germán y Pinilla, 1990).

El crecimiento que se da en la producción agrícola aragonesa de la época tuvo un carácter extensivo; gracias a la roturación y puesta en cultivo de nuevas tierras provenientes de desamortizaciones (Pinilla Navarro, 1992), así como por el aumento de la superficie regada desde la construcción, en el siglo anterior, del Canal Imperial de Aragón (que benefició a Zaragoza), y sin que cambios técnicos jugasen un papel importante (Germán y Pinilla, 1990). La nueva presión roturadora, acompañada de cambios jurídicos en la propiedad de la tierra, afectaron a la trashumancia; la ganadería no era una actividad con muchos problemas siempre que se dispusiesen de pastos propios y no fuese necesario arrendarlos, pero en el caso del ganado trashumante resultaba ser la primera partida de gastos (hasta el 80% de sus costes totales), por lo que los ganaderos trashumantes comenzaron a experimentar dificultades para obtener pastos de invierno y se elevaron los precios del precio del arriendo de hierbas de invierno (Pinilla Navarro, 1992).

Las medidas proteccionistas de este nuevo mercado interior se sumaron a la demanda de productos agrarios de algunos países europeos como Francia, cuyos viñedos fueron atacados por una plaga filoxérica (Pinilla Navarro, 1992). Las buenas comunicaciones ferroviarias, la proximidad del país a la comunidad aragonesa, la tradición vitícola de

algunas comarcas y la posibilidad a nivel ecológico de extender ese cultivo convirtió al vino en un elemento clave de la producción agrícola oscense y, aumentando la superficie agrícola del viñedo y el cereal gracias a tierras que antes se dedicaban a pastizal o que fueron desamortizadas durante el primer tercio del siglo (Pinilla Navarro, 1992). Además de esta demanda exterior, también aumentó la producción de cereales para el autoabastecimiento, exportándose el excedente al mercado catalán (primero en grano y, una vez se desarrolla la industria harinera mañana, en harina) (Germán y Pinilla, 1990). Se da, entonces, un doble crecimiento surgido de la relación con mercados externos a Aragón y de un incipiente proceso de especialización regional (posibilitado por las redes ferroviarias desde los 60) en el que Aragón se integró de manera desigual (Germán y Pinilla, 1990). Se trata de la consolidación de las relaciones de producción capitalistas en el campo (Pinilla Navarro, 1992).

Durante esta primera mitad del siglo XIX, la industrialización tuvo un ritmo más lento que en otras zonas de Europa, pero a partir de mediados de siglo comienza a aumentar el dinamismo de algunos núcleos en los que se van concentrando las nuevas industrias modernas y las actividades económicas asociadas, adoptando así la industrialización aragonesa un carácter fuertemente polarizado que supuso el crecimiento e impulso de unas zonas (con incorporación de nuevas tecnologías y actividades) y la marginación y aislamiento de otras (Ayuda Bosque et al., 2000). Aragón, encajado entre las dos zonas de mayor dinamismo económico, el litoral barcelonés y el país vasco marítimo, se situaba cerca de otros núcleos protagonistas del desarrollo económico español del momento, como Madrid y Valencia (Ayuda Bosque et al., 2000). Se configuraba así un rectángulo en el que la parte central del Aragón quedaba en el medio: especializado en productos agrarios y su transformación, experimentó un dinamismo gracias al abastecimiento de los núcleos urbanos que comenzaban a crecer (Ayuda Bosque et al., 2000). Lejos de ese rectángulo, los montañosos norte y sur aragoneses asistieron a la paulatina desarticulación de su economía tradicional (Ayuda Bosque et al., 2000). Es así, el crecimiento agrícola aragonés comenzó una lógica que ha arrastrado hasta la actualidad: tendió a localizarse en las zonas del Valle del Ebro (y, en ese entonces, los viñedos de Somontanos), con fácil recurso al agua y una orografía más llana, mientras que las zonas de montaña comenzaron a vivir la crisis de su sector ganadero y problemas para acceder a los mercados urbanos por las escasas posibilidades ecológicas de su medio para los cultivos de mayor demanda y su aislamiento (Pinilla Navarro, 1992).

En la década de los 80, la exportación de vino a Francia alcanza su punto máximo y crece el olivar en Huesca y Teruel (Germán y Pinilla, 1990). Fue, sin embargo, este momento cuando se inicia la llegada de grandes cantidades de productos agropecuarios de ultramar a precios inferiores a los del continente (Germán y Pinilla, 1990), y España entra en una gran crisis finisecular que también estaba afectando a nivel europeo (Pinilla Navarro, 1992). Se estaba formando un mercado mundial de productos agrarios que incrementaba su oferta y descendía sus precios, y la producción cerealista aragonesa comenzó a tener dificultades para afrontar la competencia de granos extranjeros y de industria harinera (a partir de la consolidación de Barcelona como centro harinero que podía comprar trigos más baratos y adoptar tecnologías austrohúngaras más modernas que la capital aragonesa) (Pinilla Navarro, 1992). Con la reducción de exportaciones a Cataluña y la menor demanda de grano a nivel nacional, todo aquello que había impulsado las roturaciones para nuevos campos de cultivo desapareció y se frenó en seco la expansión de la agricultura aragonesa (Pinilla Navarro, 1992). El viñedo, que había experimentado una coyuntura muy favorable en cuanto a cantidad y precios, se hundió de la misma manera

en 1891, año en que Francia decide finalizar el acuerdo comercial con la región (Pinilla Navarro, 1992). El sector vitícola, que en ese momento estaba en un nivel de hiperdesarrollo y con una tendencia a la sobreproducción fomentada por el nuevo mercado mundial de la competición, no logra dar salida a su producción y ve como sus exportaciones se hundan (Pinilla Navarro, 1992). La ganadería, por su parte, sufrió una bajada en los precios de sus principales productos (lana y carne) debido a la fuerte competencia exterior y la dificultad de venderlos en los mercados tradicionales (Pinilla Navarro, 1992).

Así, de la mano de las nuevas lógicas de mercados mundiales y competitivos, y por ser importadores netos de cereal y exportadores netos de vino, tanto España como Aragón entraron en crisis (Pinilla Navarro, 1992), dando comienzo a unos años difíciles tanto para la agricultura como para la población aragonesa (Germán y Pinilla, 1990). Hasta entonces, aunque Aragón ya había tenido problemas para exportar su trigo al mercado catalán, era posible compensarlo con el mercado vinícola en Francia, pero a partir de los años 80 el surgimiento en la zona costera de un moderno centro harinero importador de trigos y el fin de los tratados comerciales crearon una situación insostenible que llevó a la caída de la rentabilidad de las explotaciones (Germán y Pinilla, 1990). La ganadería ovina tradicional, en esta situación, tuvo que reorientarse, desde una producción de lana y carne de animales adultos a una exportación de carne de animales jóvenes a Cataluña (Germán y Pinilla, 1992). Por si no fuera poco, a finales de siglo hizo su entrada la filoxera en los viñedos aragoneses (Germán y Pinilla, 1990).

El crecimiento de la actividad agraria durante este siglo fue, según algunos autores, potenciado por el marco institucional mediante una reforma agraria liberal que supuso “nuevas posibilidades” para la agricultura, una mayor “flexibilidad” en las respuestas del sector agrario frente a “estímulos” del mercado y la “libre disposición” de la tierra, la producción y sus beneficios por parte de los propietarios (Germán y Pinilla, 1990). Sin embargo, existe otra lectura. La Reforma Agraria Liberal, a principios de siglo, desarticuló todos los bienes y derechos comunes de la mano de una Desamortización General que, en 1855, privatizó todas las parcelas de Propios (repartidas entre jornaleros y pequeños agricultores) (González de Molina et al., 2019). Los jornaleros dependían así del salario que percibían, y los pequeños agricultores de la venta de sus productos en el mercado, por lo que la cuantía de los salarios y precios se convirtieron en el principal factor explicativo de la toma de decisiones de las trabajadoras del campo y de las estrategias tomadas para cubrir gastos y mantener a las familias, es decir, la intensificación y/o especialización de sus cultivos (González de Molina et al., 2019).

Calasanz

A finales del siglo XVIII y durante el siglo XIX, Calasanz, como el resto de La Llitera, eran comunidades agrícolas de secano: el cultivo de cereales (trigo, cebada y centeno), de olivos, de almendros, de viñedos y de pequeños huertos para el autoconsumo (frutales, patatas, legumbres y hortalizas), se combinaba con la ganadería de cabras y ovejas (Murillo Murillo, 2010). Según los almanaques de la época (Murillo Murillo, 2010; Alós Pascáu, 2003), había en Calasanz a mediados de siglo XVIII 150 casas, varias ermitas, caseríos, ventas, corrales, casas de labor, colmenares, alquerías, dos molinos hidráulicos de harina y dos de aceite, tres tejedores, dos sastres, y su cultivo más importante es el olivo.

La agricultura practicada en Calasanz era de base orgánica en la que predominaba la reutilización de los recursos que campo, ganado y entorno natural daban. Así, gallinas se alimentaban de los restos del cereal, las caballerías, ovejas y cabras del ganado, se cortaba y recogía leña, se hacía carbón desde la carrasca, se cazaba conejo, liebre, perdiz, torcaz, tordo o jabalí, o se practicaba el *abocá*, que consistía en cortar por la base las cepas viejas de, por ejemplo, la viña vieja o enferma, para dejar renuevos en la siguiente primavera (Alós Pascáu, 2003).

La agricultura y la ganadería atravesaban todos los ámbitos de la vida, reflejándose incluso en la cultura popular: “*Dispués veniba la siega / antes els ordis quel bllat / con zoquet i segadera / toz el trotaban mol pesat. / Pllantán cara a la fayena / hasta cantaban cançons / con bona fe uns i atros / i cruxinsils els riñons.*”, este poema nos cuenta cómo se construía socialidad alrededor de las labores del campo. “*A primés de an la Fira / i a comprá el llatonet, / la feban al portal d’alto / que moi chelaban de fret. / Poquet estaban sin llató / pel corral u la corraleta / fen la pastura al caldré / gran piló u pastereta.*”, relato sobre las relaciones comerciales locales y campesinas en el Calasanz del siglo XIX, donde los animales tenían un gran peso en la casa (Lumbiarres Benabarre, 1993).

Adjuntamos en el Anexo 3 una recopilación ilustrada por José Manuel Nin, marido de Araceli de Carpinteret, sobre las herramientas que se empleaban en la época para trabajar el campo y su nombre en *cañuto*.

¿Dónde estaba la gente?

Como comentamos más atrás, las poblaciones aragonesas del siglo XIX tenían una configuración mucho más homogénea y dispersa que en la actualidad, predominando la población concentrada en pueblos, pero también la que vive en torres⁶ en el campo, sobre todo en el norte de la comarca (Murillo Murillo, 2010). Muchos lugares que hoy están despoblados estaban habitados (en Peralta de Calasanz, Gabasa sobrepasaba los 200 habitantes y Cuatrocorz tenía 137) (Murillo Murillo, 2010). Los dos municipios mayores, entonces Tamarite y Alcampell, acogían sólo a un tercio de la población (mientras que hoy Binéfar y Tamarite suponen el 70% de la población total) (Murillo Murillo, 2010). Las poblaciones intermedias eran de mayor tamaño: en 1857 los municipios de la comarca sumaban 19.064 habitantes, acogiendo Calasanz a 1003 personas y Peralta de la Sal a 1561 habitantes. (Murillo Murillo, 2010).

⁶ En Calasanz, en los valles entre sierras, se cultivaban cereales, forrajes y pequeños huertos de verduras y hortalizas, regados por numerosos y pequeños manantiales (Alós Pascáu, 2003). Como estos valles solían estar a largas distancias del pueblo, teniendo que andar las *cañutas* dos horas o más por caminos empinados y pedregosos, cuando las casas poseían fincas de bastante tamaño y con manantial, pozo o barranco próximo, sus gentes acostumbraban a construirse ahí una torre (casa de campo) en el que se guardaban herramientas y con un ajar en el que se almacenaba la paja de la trilla y que también funcionaba como dormitorio (Alós Pascáu, 2003). Disponían también de una cuadra con pesebre para la comida de las caballerías y otra como redil para las ovejas y cabras (Alós Pascáu, 2003). Llegaron a existir más de 100 torres, habitadas principalmente en tiempos de siega y trilla, aunque algunas también de forma permanente (Alós Pascáu, 2003).

A raíz de los distintos ritmos de crecimiento económico anteriormente expuestos, sin embargo, a finales del siglo XIX se activan grandes movimientos migratorios desde las zonas rurales, sobre todo de montaña, con más dificultades a aquellas que experimentaban un crecimiento mayor, siendo Barcelona, Zaragoza, Valencia y Madrid los principales núcleos receptores y consolidándose fuertes redes migratorias entre ambos polos (Ayuda Bosque et al., 2000).

El mundo rural aragonés ya había conocido la emigración durante el primer tercio del siglo, pero en los años siguientes la reducción la población agraria y rural fue mucho más considerable y comenzó a influir en la actividad agraria y la demanda de productos (Clar y Pinilla, 2009). Entre 1857 y 1900, la comarca perdió 1000 habitantes por su migración a Barcelona o Zaragoza, ciudades que comenzaban a desarrollar su industria, o en pocos casos la emigración ultramar (Argentina, Cuba y Brasil como principales destinos) (Murillo Murillo, 2010). A partir de las décadas de los 60 y 70 del siglo XIX, antes de la crisis finisecular, se intensificó el éxodo rural: la crisis en la que entran los sistemas tradicionales de vida y de las estrategias de pluriactividad de las que dependían, junto con los efectos de la crisis agraria finisecular en el contexto de un nuevo ciclo migratorio vinculado a la formación de un mercado de productos agrarios de escala mundial que arruinaba a la agricultura mientras la obligaba a transformarse fueron los principales factores de expulsión de los pueblos (Robledo, 1988).

Huesca fue una de las provincias más afectadas por este nuevo contexto, perdiendo entre 1860 y 1900 casi 20.000 habitantes, todos migrando desde localidades rurales, ya que los municipios urbanos (sobre todo Huesca y Barbastro) siguieron, al menos hasta 1887, un crecimiento positivo pasando de 28.905 habitantes en 1860 a 31.492 en 1900 (Erdozain Azpilicueta y Mikelarena Peña, 2003). Los cuatro municipios que, por dimensiones o funciones, podían considerarse ciudad eran Barbastro, Fraga, Huesca y Jaca (Erdozain Azpilicueta y Mikelarena Peña, 2003).

En La Llitera el fenómeno de las migraciones toma, al menos desde este siglo, un carácter dual: a pesar de que toda la comarca pierde población, Llitera Alta, montañosa y con sus duras condiciones de vida debido a un medio dependiente del autoabastecimiento mediante la agricultura en secano, es la que más se reduce (Murillo Murillo, 2010). A través de la Memoria sobre el Censo de población del 31 de diciembre de 1877 de la provincia, averiguamos algunas de las motivaciones expresadas para emigrar: el aumento progresivo de los impuestos y quintas, la pérdida completa de las cosechas por falta de lluvias siendo la agricultura la única ocupación y fuente de riqueza y, concretamente en Calasanz, los dos grandes pedriscos que en 1877 descargaron sobre el territorio asolando las cosechas de cereales y demás, y que, según los documentos, obligó a familias enteras a emigrar a Francia o a otras ciudades cercanas, en busca de trabajo para poder alimentarse (Erdozain Azpilicueta y Mikelarena Peña, 2003).

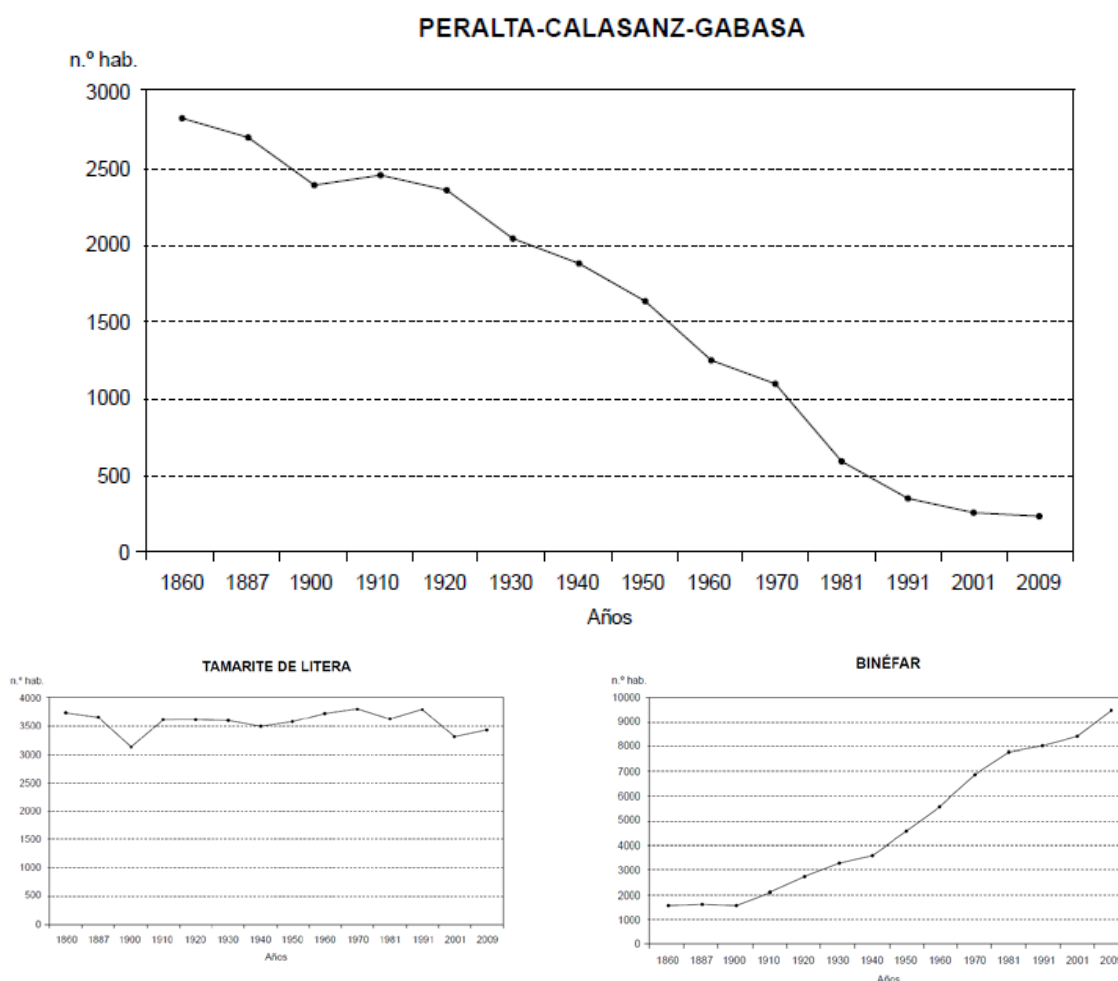
En conclusión, la expansión agraria durante estas décadas, centrada en el cereal y el viñedo, se localizó principalmente en Barbastro, Fraga, Huesca, Sariñena y Tamarite, pero fue incapaz de asentar a la población: todas estas localidades experimentaron una emigración intensa o mediana (Erdozain Azpilicueta y Mikelarena Peña, 2003). Algunos autores encuentran en las reformas liberales, sobre todo en el ámbito de la privatización de terrenos y montes comunales –y el consiguiente recorte de su aprovechamiento–, la causa de estos movimientos al impedir la reproducción vital y social de pequeñas productoras o jornaleras (Sabio Alcutén, 1977). De esta manera, encontramos en la

Memoria repetidas alusiones a temporadas de malas cosechas por las sequías, a cosechas perdidas por accidentes meteorológicos, a bajadas en el precio del cereal, que se sumaron a la imposibilidad que la orografía de los valles pirenaicos presentaba a la hora de una expansión agraria (Pinilla, 1995). Los problemas en el campo se suman a las dificultades que sufrió la ganadería trashumante (debido a la privatización y encarecimiento de pastos de invierno, y al descenso de los precios del ganado por la competencia exterior) y a la presión fiscal española (tributos que recaían fundamentalmente sobre la agricultura, aumento de los impuestos, regresividad de la distribución de la carga tributaria...), que se ejercía con mucha más fuerza sobre la agricultura que sobre otros sectores económicos siendo las zonas cerealícolas las más afectadas de la península (Erdozain Azpilicueta y Mikelarena Peña, 2003). A partir de la década de los 80, el dinamismo aragonés pierde peso relativo en el conjunto del país consecuencia de la competitividad con núcleos industriales que contaban con una mayor modernización de su industria (Germán y Pinilla, 1990). Entran en crisis las regiones agrarias del interior orientadas al consumo interno y con pequeña industria, como Aragón, que a partir de los 90 del siglo XIX logra recuperarse, pero con grandes desigualdades a nivel interno, con Zaragoza a la cabeza, que supusieron la progresiva concentración del peso económico, industrial y poblacional aragonés en la capital (Germán y Pinilla, 1990). En las zonas de montaña comienzan a destruirse los pilares sobre los que se asentaba su economía tradicional (Ayuda Bosque et al., 2000), con la emigración como estrategia forzada de supervivencia.

Siglo XX

Si medimos de manera convencional la producción agraria (en toneladas de materia fresca o en dinero), el siglo XX supuso una etapa de crecimiento para la agricultura española (González de Molina et al., 2019): con la culminación del proceso de modernización e industrialización de la agricultura (Clar y Pinilla, 2009), se multiplicó la producción por 3'3 entre 1900 y 2008 -alcanzando sus máximos valores a principios del siglo XXI-, todos los cultivos aumentaron sus rendimientos –especialmente los cereales, frutas, hortalizas, plantas forrajeras y el olivar-, la superficie cultivada disminuyó y, sobre todo, la producción ganadera experimentó el mayor crecimiento multiplicándose por 8'2 y pasando a ser, del 7% de la producción agrícola, el 17% de ésta (González de Molina et al., 2019).

De esta manera, asistimos a un proceso de recomposición de la producción agraria, con el nuevo protagonismo de una ganadería que deja de ser trashumante para ser intensiva e industrial (Clar y Pinilla, 2009) y el aumento de la producción en los cultivos en los que la agricultura española va progresivamente especializándose. Sin embargo, el sector agrícola aragonés experimentó un crecimiento mucho más débil en el que se acentuó la especialización regional que comenzó a tener lugar el siglo anterior, y se agrandaron las diferencias entre una Zaragoza urbana y dinámica, y el “estancamiento” de Huesca y Teruel, dedicados al cereal (Germán y Pinilla, 1990). Las grandes obras de regadío que se realizarán en la región durante este siglo profundizarán estas desigualdades, y la mayoría de pueblos verán como sus gentes comienzan a marchar a la ciudad o a zonas regantes ante la imposibilidad de mantener un nivel de renta suficiente a través de la agricultura.



A continuación, dividiremos el siglo XX en cuatro periodos distintos (1900-1936 / 1936-1959 / 1959-actualmente) (González de Molina et al., 2019) y, para cada uno,

Fuente: Murillo Murillo, 2010

analizaremos cómo fue este proceso de supuesto crecimiento agrícola, cómo se vivió en Aragón, en La Llitera y en Calasanaz, y cómo las diferencias entre las nuevas rentas de la agricultura y las bastante superiores rentas de la industria afectaron a las estrategias vitales de las familias *cañutas*.

1900-1936

Entre 1900 y 1936, la producción agraria crece un 52%, consolidando la entrada del sector en un periodo de modernización (González de Molina et al., 2019). Así, desde finales del siglo XIX hasta la Guerra Civil española, la producción agraria aragonesa se transformó, pasando de la caída y estancamiento finisecular a una rápida recuperación que llevará a alcanzar unos niveles máximos en los años 20, y una posterior caída en la década siguiente (Clar y Pinilla, 2009). De todas formas, en estos años, el crecimiento y la modernización que se dieron fue lento e insuficiente debido a una todavía débil industrialización de la economía española que no estimuló lo suficiente la demanda urbana de mano de obra y de productos agrarios, y a un alto precio del capital combinado con la todavía abundante mano de obra en el campo (González de Molina et al., 2019).

La crisis agraria finisecular supuso un punto de inflexión que impulsó el comienzo de un cambio tecnológico y una nueva política arancelaria, con el objetivo de proteger los productos agrarios con mayor grado de transformación industrial (cereal) y de reorientar los cultivos e implementar transformaciones para incrementar su productividad (Clar y Pinilla, 2009). Así, la salida de la crisis se apoyó en tres aspectos: el reforzamiento del proteccionismo, la mecanización, y la recomposición de la producción hacia una mayor importancia de los cultivos más rentables y con demanda más solvente (las plantas intensivas y los árboles frutales) (Pinilla Navarro, 1992). En este sentido, los dos grandes protagonistas aragoneses serán el trigo, en las regiones de secano, y la remolacha azucarera, en el regadío (Clar y Pinilla, 2009). En cuanto a las medidas proteccionistas, el arancel establecido en 1891 alivió temporalmente los problemas de la producción agrícola ante la competencia exterior y, concretamente en Aragón, es clave para entender el crecimiento durante el siglo XX, ya que orientó sus principales producciones hacia el mercado interior (Pinilla Navarro, 1992). Sin embargo, estas medidas no fueron lo suficientemente fuertes como para garantizar la venta de los productos a cualquier precio en el mercado interior, por lo que la modernización fue la única salida para asegurar la competitividad de la actividad agrícola (Germán y Pinilla, 1990). Las políticas arancelarias y proteccionistas también fomentaron nuevas dinámicas: el resurgimiento de varios complejos agroalimentarios (como la industria harinera y la nueva remolachera-azucarera, ambas en Zaragoza) y de una nueva industria de transformados metálicos (debido a las nuevas necesidades de maquinaria agroindustrial y para obras públicas), proyectos de construcción y obra pública (como la edificación y urbanización de Zaragoza y proyectos hidrológicos vinculados al a recién constituida Confederación Hidrográfica del Ebro, en 1926) y la formación de un sector energético y minero que aprovechó las nuevas tecnologías de alta tensión para emplear los recursos hidráulicos del Pirineo Central (con la consecuente consolidación de la industria electroquímica de Sabiñánigo y Monzón) (Germán y Pinilla, 1990).

El proceso de industrialización aragonés se basó en el sistema agroalimentario, primero en la especialización cerealista apoyada en las políticas proteccionistas del grano durante el siglo XIX (posibilitando la creación del núcleo industrial harinero zaragozano) y, tras la crisis finisecular y la competitividad de la industria costera, la industrialización pasa a sustentarse en el cultivo remolachero-azucarero del valle del Ebro, fomentando la industria y el crecimiento agrícola en zonas de regadío antes dedicadas al cereal que experimentarán ahora una intensificación de su agricultura con el aumento de su capitalización y el uso de abonos químicos y maquinaria agrícola (Germán y Pinilla, 1990). Los cultivos extensivos se concentraron en las zonas de secano, que también

aumentaron sus rendimientos en este periodo de comienzos del siglo XX gracias a estas nuevas técnicas agrícolas (abonos y maquinaria como los arados de vertedera sin los que no se podrían hacer nuevas roturaciones) (Germán y Pinilla, 1990).

¿Qué pasó durante este periodo con aquellas zonas de montaña aragonesa, entre las que se encuentra Calasanz? A pesar de las medidas proteccionistas, una gran parte de estas regiones agrarias, orientadas al mercado interior, no alcanzaron el ritmo medio español y quedaron “atrasadas” respecto a espacios ya industrializados (Germán y Pinilla, 1990). El efecto es la continuidad de las enormes dificultades que ya comenzaron a experimentar el siglo anterior a la hora de integrarse en el proceso de modernización, quedando los pilares de su economía durante el siglo XIX (la ganadería ovina trashumante, la agricultura de subsistencia y la pluriactividad) finalmente desarticulados y fomentándose así una corriente migratoria mucho más intensa que las anteriores (Clar y Pinilla, 2009). La economía agraria de estas regiones ve disminuido su peso relativo y el dualismo interno aragonés sale reforzado:

- Por un lado, el Valle del Ebro. Espacio urbano mercantil, concentrado en Zaragoza, y espacio de agricultura altamente comercial que se beneficia de un aumento de la productividad y un moderado proceso de industrialización. Zaragoza vio diversificada su agricultura y aumentada su superficie cultivada (aunque menos que en el siglo anterior), empleando más cultivos intensivos y emergiendo la remolacha azucarera como nuevo producto que adquirirá gran peso y facilitará el dinamismo de su actividad (Germán y Pinilla, 1990).
- Por otro lado, la mayor parte de Huesca y Teruel, montañosas, agrarias, cerealistas, con un sector agrario y población activa estancados, economías todavía de autoconsumo en proceso de desaparición y distintos enclaves mineros e hidroeléctricos (Germán y Pinilla, 1990). En estas regiones se reforzó la estructura de producción tradicional, incrementándose la especialización cerealista al aprovechar la gran expansión del regadío en Huesca para ampliar el sistema cereal (Germán y Pinilla, 1990). El aumento de la superficie cultivada fue mucho menor que en Zaragoza, y la incorporación de nuevas técnicas como el uso de abonos químicos o mecanización fue muy limitado, cobrando importancia a medida que aumentaba la migración de estos lugares (Germán y Pinilla, 1990). Surgió, además, una nueva problemática: las zonas de montaña solían practicar la ganadería trashumante, desplazando al ganado al valle durante el invierno, pero con el aumento de la competencia con la agricultura por el uso del suelo, la cabaña trashumante oscense comenzó a ver como su retroceso se acentuaba (Pinilla Navarro, 1992).

De esta manera, al ya casi tradicional contraste entre crecimiento y dinamismo del Aragón central, y crisis de las zonas de montaña (Ayuda Bosque et al., 2000) se le añade una nueva dualidad: el uso intensivo o no de capital y trabajo (Pinilla Navarro, 1992). Diferentes evoluciones que implicaron distintas composiciones agrícolas, aumentando el peso del sistema cereal en Huesca (siendo el 57'4% de la actividad) y Teruel, frente a un gran incremento de los cultivos intensivos en Zaragoza (Germán y Pinilla, 1990). Algunas comarcas de Huesca y Teruel, sin embargo, compartieron las pautas de crecimiento zaragozanas (que, de todas formas, eran inferiores a la media española). Se trata de aquellas zonas que no están situadas alrededor de los 1000 metros de altura y sus climas y suelos no dificultan la agricultura, o aquellas a las que llegó el regadío del Canal de Aragón y Cataluña (Pinilla Navarro, 1992).

Podemos, además, subdividir el periodo de 1900-1936 en dos subperiodos (1900-1920 / 1920-1935) diferenciados por índices de producción agraria totalmente distintos (González de Molina et al., 2019). Entre 1900 y 1920, Aragón asistió al crecimiento de casi todas sus partidas agrícolas, de su cabaña ganadera y de su población, estimulando la demanda (también gracias a las políticas proteccionistas mencionadas) (Pinilla Navarro, 1992). A finales de la segunda década del siglo, la producción aragonesa (sobre todo la cerealista y olivar) alcanzó su valor más alto pudiendo también realizar exportaciones al área barcelonesa, cuya industria harinera se había visto limitada por las políticas proteccionistas (al impedirles importar grano extranjero barato), las cuales a su vez hicieron aumentar el ritmo de expansión de estas industrias en el interior (Zaragoza) (Pinilla Navarro, 1992). Así, la recuperación de mercados exteriores y el crecimiento de la demanda interior, junto con el crecimiento de la productividad agrícola, sustentaron la industrialización aragonesa, que se centró en su espacio central, el Valle del Ebro (Germán y Pinilla, 1990). Con el Canal de Aragón y Cataluña en 1906 llegó la expansión del regadío, basada en la difusión de la remolacha azucarera, cultivos intensivos y árboles frutales, y el abandono de los cereales (Pinilla Navarro, 1992), siendo a partir de este momento cuando se comenzarían a intensificar las diferencias entre el Aragón de secano y el de regadío, La Llitera Alta, montañosa, y la Llitera Baja, llana. Además, la creación de este nuevo Canal propicia el surgimiento de comunidades de regantes en la provincia oscense y en La Llitera (Baja), con el fin de organizar el aprovechamiento colectivo de las aguas de riego y evitar problemas entre las agricultoras estableciendo turnos de riego y aportaciones económicas para el pago de las acequias (Corbera Abillar, 2010). Según el Reglamento del Sindicato de Riegos, a cada comunidad se le asignaba un caudal de agua procedente del Canal o de alguna de sus acequias para su aprovechamiento como agua de riego, concedido por la Dirección del Canal (Corbera Abillar, 2010). La rentabilidad de estos nuevos cultivos hizo que los regadíos, que eran de carácter eventual, se convirtieran en permanentes y se ampliasen mediante grandes y destructivas obras públicas que no darían sus frutos hasta años después de la guerra (Pinilla Navarro, 1992). De esta manera, durante los primeros 20 años del siglo XX, aumentaron tanto los mercados y demanda como la producción agrícola, especialmente de cereal.

Entre 1920 y 1935 tuvo lugar un profundo cambio debido a coyunturas desfavorables en los cultivos en los que Aragón había basado su crecimiento: la remolacha azucarera se encontraba en niveles de superproducción, los cereales se abandonaron, los precios del aceite bajaron... (Germán y Pinilla, 1990). Además, el principal factor que impulsó el aumento de la producción de cereal, el crecimiento de la población, alcanzó su tasa más alta, pero la producción no siguió creciendo (Pinilla Navarro, 1992). El mercado del cereal comenzó a saturarse ya que la elevada producción de este aseguraba un suministro más regular que hace 20 años, lo cual cubría las necesidades interiores (teniendo en cuenta que las políticas proteccionistas reducían las importaciones de cereal), y el crecimiento de la población ya no implicaba un crecimiento proporcional en la demanda: el consumo per cápita empezaba a caer (Pinilla Navarro, 1992). Entre las causas estaba la creciente urbanización de la sociedad española, que consideraba ahora el trigo como un bien inferior, con una elasticidad-renta menor a 1 o incluso negativa, por lo que desapareció cualquier estímulo para la expansión de su cultivo (Pinilla Navarro, 1992). La productividad de la tierra en este periodo, sin embargo, aumentó en términos monetarios, así como la productividad del trabajo, reduciéndose significativamente el número de activos (medio millón menos a nivel estatal, no llegando a alcanzar siquiera el 17% de la población española) (González de Molina et al., 2019). Estos incrementos en la

productividad se dieron a raíz de una mayor intensificación y especialización productiva, que a partir de los años 20 tuvieron un uso más amplio e intenso a medida que la población activa se iba reduciendo (González de Molina et al., 2019). Eran tecnologías (de riego, abonos químicos, etc.) pensadas para ahorrar tierra (cuya extensión fue la pauta de crecimiento del siglo anterior), y no trabajo, ya que existía todavía una estrecha relación entre condiciones de suelo y clima, y posibilidades de sustituir el trabajo humano por animal o máquina: a pesar del crecimiento agrario, se seguía necesitando mucha mano de obra para labores concretas como la escarda y siega del cereal o la cosecha de la aceituna (González de Molina et al., 2019). Así, durante estas décadas tiene lugar una sobreproducción, principalmente de cereales, mientras que su mercado y demanda iba decreciendo y saturándose.

Con una producción agraria cada vez más vinculada a los mercados nacionales, la creciente comercialización del cereal hizo mucho más difícil la subsistencia campesina ya que las oscilaciones del mercado eran mucho más inestables que las fluctuaciones en la cosecha, y la inseguridad era mucho mayor que la existente en un mercado local tradicional en el que cuanto menor era la cosecha, mayor era el precio: en un mercado ahora mucho más amplio, esta relación no es tan directa y los precios varían independientes de la oferta local (Sabio Alcutén, 1996). Además, la comercialización del cereal aumentó enormemente los costes de producción, con la consecuente doble dependencia de cualquier asalariada respecto al mercado (en cuanto a venta y costes) (Sabio Alcutén, 1996). Las arrendatarias, por su parte, consumían directamente una parte de su producto, pero se les gravó con más cánones de tenencia, impuestos e intereses, convirtiéndoles en más vulnerables (Sabio Alcutén, 1996). De esta manera, independientemente del nivel de renta, las agricultoras debían relacionarse cada vez más con los mercados, aunque no siempre con el mismo sentido (unas para alimentar a su familia, otras para vender su producto) (Sabio Alcutén, 1996). Las pequeñas propietarias trataban de limitar sus participaciones en el mercado lo máximo posible, eligiendo intercambios comunitarios de doble sentido y ritmos irregulares en mercados campesinos locales, que eran un punto intermedio entre el autoconsumo y los mercados amplios (Sabio Alcutén, 1996). Las economías campesinas, así, estaban integradas en el mercado, pero a menudo eran mercados locales o comarcales, ya que el dinero metálico no existía en cantidad suficiente como para ser un intermediario imprescindible (Sabio Alcutén, 1996). La existencia de estos mercados era un fenómeno negativo para los grandes mercados que se comenzaban a crear: el truque inmediato, en especie, o el intercambio de servicios, eran mecanismos que todavía posibilitaban cierta independencia (cada vez menor) del mercado mayor (Sabio Alcutén, 1996).

¿Cuáles fueron los cambios técnicos que comenzaron a extenderse durante este tercio de siglo? Principalmente abonos inorgánicos y otros insumos contra plagas y enfermedades, nuevos aperos y máquinas agrícolas, selección de semillas y razas ganaderas adaptadas a las demandas del mercado, y la extensión del regadío, que, como hemos señalado anteriormente, fue uno de los protagonistas en la desigualdad entre las dos caras de Aragón (Germán y Pinilla, 1990).

- Se explotaron los recursos de agua y tierra, intensificando el regadío y transformándolos de eventuales a permanentes (Pinilla Navarro, 1992). En Huesca se extendió el regadío (no a todas las zonas de la provincia, y empleado principalmente para cereal), pero eventual en su mayoría, mientras que, aunque en Zaragoza no tuvo tanta extensión, se instauraron regadíos permanentes que

permitían un mayor aprovechamiento intensivo (Germán y Pinilla, 1990). Se crearon grandes embalses reguladores y canales de derivación (Marin Jaime, 1990). Anteriormente se habían construido el Canal Imperial de Aragón (1784) y el Canal de Tauste (1871), pero con la inauguración del Canal de Aragón y Cataluña en 1906 se aumenta enormemente la superficie irrigada (Marin Jaime, 1990). Por otro lado, las nuevas rotaciones permitían unos cultivos más intensivos, así como el uso de aperos que aumentaban los rendimientos (Pinilla Navarro, 1992)

- La difusión del uso de maquinaria agrícola también fue desigual geográficamente, centrándose en trilladoras y segadoras, teniendo lugar únicamente a partir de los años 20 y con un ritmo muy lento, ya que el uso de variedades tradicionales dificultaba la mecanización de determinadas labores (González de Molina et al., 2019). Sin embargo, Zaragoza y la mitad meridional Huesca fueron unas de las provincias que más destacaron peninsularmente en cuanto a la incorporación de arados de vertedera, cosechadoras, tractores, segadoras y trilladoras (Germán y Pinilla, 1990). Zaragoza, por su parte, hizo uso de abonos inorgánicos mayor a la media española (ya que la remolacha azucarera agotaba la tierra), así como de la selección de semillas (Germán y Pinilla, 1990). La mecanización agrícola sólo fue posible cuando aumentó la producción de cereales desde la segunda década del siglo y comenzaron a industrializarse focos próximos (Barcelona y Zaragoza): con la capacidad de Zaragoza para producir maquinaria agrícola y el comienzo de la migración rural (Pinilla Navarro, 1992). El tamaño de las explotaciones, la potencialidad económica, la evolución de los salarios y la escasez o no de mano de obra determinaban en una misma zona distintas posibilidades de mecanización (Pinilla Navarro, 1992).
- La modificación del medio, añadiendo nutrientes orgánicos y, sobre todo, inorgánicos para estimular el rendimiento de las plantas, y empleando medios químicos y biológicos para luchar contra plagas y enfermedades, aumentó a partir de los años 30, especialmente en Zaragoza debido al escaso uso de abonos orgánicos por el pobre crecimiento de la cabaña ganadera aragonesa (Pinilla Navarro, 1992)
- La selección y desarrollo de nuevas variedades más productivas, inmunes o resistentes a ciertas enfermedades fue otro de los pilares de la “modernización” del sector agrícola aragonés durante este periodo (Pinilla Navarro, 1992). Centros públicos de investigación llevaron a cabo selecciones de semillas de trigo, así como asociaciones agrarias facilitaban su compra colectiva y asistencia técnica (Pinilla Navarro, 1992). Además, se difundió una variedad de viñedo inmune a la filoxera para continuar con esta actividad (Pinilla Navarro, 1992).

La creciente demanda de maquinaria agrícola y su mantenimiento (desde la segunda década del siglo XX), la reducción de activos agrarios, el anterior aumento de superficies de cultivo y el creciente uso de abonos químicos en el incipiente complejo agroindustrial aragonés posibilitaron la consolidación de la industria zaragozana, sobre todo sus industrias químicas y metálicas (Germán y Pinilla, 1990). De esta forma, la provincia de Zaragoza fue la que más se benefició de los cuatro puntos señalados de la modernización agrícola aragonesa: el cambio tecnológico se concentró, así, en las comarcas que ya estaban más “desarrolladas”, acentuando los desequilibrios territoriales previos y favoreciendo a los agricultores económicamente más fuertes (Pinilla Navarro, 1992).

Los cambios tecnológicos fueron impulsados desde el sector público (Pinilla Navarro, 1992), pero una nueva figura comenzó a constituirse, se convirtiéndose en esencial durante el proceso de desarrollo económico y social aragonés y de La Llitera: el movimiento asociativo agrario, que facilitó la consolidación de explotaciones familiares mediante el acceso a las nuevas tecnologías agrarias (Corbera Abillar, 2010). Los sindicatos agrarios en la Llitera, junto con las comunidades regantes, promovieron la modernización de la agricultura y regadíos en La Llitera Baja, a la vez que las cooperativas comenzaron a sentar las bases de su desarrollo agroindustrial en el suministro, la transformación, la industrialización y la comercialización del producto agrícola y ganadero de la comarca (Corbera Abillar, 2010). Esta fórmula tuvo mucho éxito entre pequeños propietarios, y, durante las tres primeras décadas del siglo XX, estuvo muy ligado al catolicismo social: en Huesca, en 1925, habían 134 Sindicatos Católicos Agrícolas, tres de ellos en La Llitera (en Tamarite de Llitera, Alcampel y Albelda) que solucionaban a corto plazo problemas relacionados con créditos, seguros, abonos baratos y otras ayudas económicas, y se solían federar con otros, formando instituciones de ámbito provincial y nacional vinculadas a la Iglesia o a la izquierda política, según el territorio (Corbera Abillar, 2010). La gran mayoría de las cooperativas agropecuarias actuales tuvieron sus orígenes en estos sindicatos, los cuales impulsaron las innovaciones agrícolas en la comarca de La Llitera y transmitieron una nueva cultura del trabajo agrícola basada en el aumento de la productividad y del beneficio (Corbera Abillar, 2010).

Calasanz

¿Cómo vivió Calasanz estas décadas en las que la agricultura parecía comenzar a “modernizarse”?

Calasanz era un sistema campesino de montaña (Cuesta, 2003), en el que cada casa tenía sus propios medios de supervivencia: fincas o *eras* para el trigo y el *ordio* (centeno) “*la gente de la familia cada uno teníamos nuestras tierras, luego pues teníamos las caballerías para trabajarlas. Primero las trabajábamos con aladros, y después pues llegaba el tiempo de la siega, segábamos, trillábamos en las eras, con las mulas, y las mujeres íbamos a barrer el trigo... Y con lo que recolectábamos lo llevábamos a casa. Entonces el trigo aquel lo llevábamos al molino, a molerlo. Cada uno se molía lo de su casa y salía el salvau y la harina. El salvau para los cerdos y la harina para hacerte el pan de casa. Y había tres panaderías al pueblo, que las llevaban la gente, y amasábamos en casa y luego llevábamos el pan a cocer*” (Anita de Casa Cera), “*y como es tan desigual la tierra de aquí, en lo peor de los campos poníamos centeno porque se criaba con la tierra peor, y en lo mejor poníamos el trigo*” (Ramón de Casa Rin), huertos para hortalizas y alguna fruta, en distintas zonas del pueblo, “*todas las casas tenían huerto, nosotros teníamos el del molino y el del Pllano, que de tanto en tanto tenías que ir a regar. Ahí había de todo, patatas, cebollas, tomate, acelgas, col y eso era para nosotros. La uva también, no había mucho, nosotros no teníamos mucho, pero era para el gasto de la casa. Lo que comíamos era lo que había en casa*” (Araceli de Casa Carpinteret), “*Y pues, ¿vamos a cenar verdura para esta noche? Venga vaig a buscar la verdura, tres minutos de ir, tres de volver, y ya la tenías en casa*” (Ramón de Casa Rin), y animales tanto para el trabajo como para el consumo, obtención de abonos, eliminación de restos de la cosecha, etc., practicando una ganadería de trashumancia; “*había ganado también y al verano se iban a la montaña, a eso que dicen la trashumancia*” (Araceli de Casa Carpinteret), “*teníamos cabras, ovejas, en tiempos siempre cerdos, y mulas para trabajar, gallinas, y conejos para comer. Al cerdo, cada casa tenía un cerdo para comérselo, lo*

matábamos en invierno” (Ramón de Casa Rin), “a los críos nos hacían ir a esperar a las ovejas al portal, cuando salíamos del colegio, ir a darles de comer porque los padres estaban cogiendo olivas, y entonces íbamos al portal, abríamos la puerta del corral y sálvese quien pueda. Había un pastor que llevaba las ovejas del pueblo a la montaña, y antes de marchar vendíamos los corderos, de eso guardábamos unas perretas para el verano, y al verano nos dejábamos un cordero o dos cada casa, y los criábamos todo el verano, que le decían el masé, e iba siempre detrás de los dueños. Lo llevaban de un campo a otro, y en la fiesta lo matábamos y como no había nevera nos lo teníamos que comer deprisa, y criábamos pollos, conejos, y con eso íbamos viviendo” (Anita de Casa Cera).

Existía cierto cierre de ciclos a nivel de finca con el ganado, ya que, aparte de cultivos como la *esparceta* (una especie de alfalfa de secano), que se cultivaba para alimentar al ganado, como nos explica Pilar de Casa Andreu, se alimentaba a los animales soltándolos en el campo, o recogiendo *ababoles* (amapolas) silvestres, así como con restos de la cosecha o comida sobrante de la casa: *“no se malmecía nada de los campos entonces, lo empleaban en las casas” (Pilar de Casa Andreu) (Ver Anexo 4)*

La casa, como unidad básica del sistema campesino de montaña (Cuesta, 2003), era la fuente de mano de obra para el campo, participando todos los miembros de la familia. *“Nosotras de pequeñas íbamos al colegio, y después íbamos con el trillo, a coger la uva, las olivas, ayudábamos también a regar los huertos, también cogían un cordero y cuando salías del colegio lo tenías que pasear a que comiera por las fincas ya que habían segao y quedaba el rastrojo y todo eso” (Araceli de Casa Carpinteret), “Se apañaban ellos con la familia, ellos y la abuela, la abuela iba también al campo y sino ella a cuidar el ganado, marchaban las ovejas a pastar, venían y ella sabía de quien era cada una, ya puedes contar que no se le pasaba ni un corderet, los conocía a todos! ¡Y yo les veo a todos iguales! La yaya Ramona también les ayudaba mucho cuando trillaban en la era y cuando aventaban, que con una criba lo limpiaba, les ayudaba en todo, en la comida, en el ganado... se cuidaba de la casa. A ella le gustaban mucho los animales, a ella que no le hablaran de coser ni de esas cosas” (Pilar de Casa Andreu), “aquí antiguamente, como en las casas había mucha gente, pues la gente que no se casaba ni formaba su familia se dedicaba a trabajar, si, a secundario, a cuidar los huertos, las viñas...”⁷ (Ramón de Casa Rin)*

En aquel entonces, según el almanaque de 1920 facilitado por Víctor Bayona (ver Anexo 6), Calasanz disponía de una abacería, un coche de línea que se inauguró en 1925 conectando el pueblo con Monzón (Alós Pascáu, 2003), dos cafés, dos carpinterías, una fábrica de electricidad, una herrería, un horno de pan, un molino de harina, un molino de aceite, una mercería, una sastrería y dos tiendas de ultramarinos. También había varios pastores: *“había tres o cuatro pastores, unos se llevaban las cabras y otros las ovejas. Y el de las ovejas uno llevaba las de cinco o seis casas, otros las de siete u ocho, y cada día las llevaban a pastar. Cuando eran pequeñas ya les enseñabas, y tenías que ir al portal a enseñarles por donde tenían que ir y luego ya sabían, no tenías que decirles nada que ellas ya iban a su casa solas. Era muy gracioso” (Anita de Casa Cera), “cada casa por las ovejas que tenía pagaban al pastor o le daban comida, el que tenía 30 ovejas, por 30*

⁷ Nos habla aquí Ramón de la figura de los tiones, mencionada anteriormente, aquellas personas que entraban a formar parte de una casa ofreciendo su trabajo a cambio de sustento.

ovejas le tocaba darle de comer, me imagino que le pagarían alguna cosa, pero le darían a lo mejor céntimos por cada oveja o cabra, pero aparte le daban la comida del día” (Pilar de Casa Andreu).

Si hablamos de las medidas que potenciaron la modernización de estos años, hemos señalado las políticas proteccionistas que fomentaron el mercado interior, la modernización, y la recomposición de la producción hacia una mayor importancia de los cultivos más rentables y con demanda más solvente (siendo el trigo en seco) (Pinilla Navarro, 1992).

En este sentido, en Calasanz, las relaciones con cualquier mercado –interior o exterior– local eran todavía inexistentes, ya que la mayor parte de la producción se dirigía al autoconsumo: *“Entonces no vendíamos nada, era todo para la casa (...). Muchas cosas con dinero no hacíamos, para comer cogíamos de todo porque como teníamos huerto... Pa’ mayo había una feria, venían los feriantes y vendíamos los corderos que teníamos, porque después nos llevábamos las ovejas a la montaña (...) Si no gastábamos, ni teníamos ni gastábamos. Claro, las almendras no nos daban nada, poco dinero. Entre que pagabas las contribuciones, que si te vestías, que si comías un poco, se pasaba todo. Pa comer y vale” (Anita de Casa Cera), “cogían almendras y olivas para la casa, y a lo mejor si en tenían de más pues se venderían. En casa tenían bien, no les sobraba de nada, pero no les faltaba tampoco. Las olivas para aceite todo el año, y el trigo pues para el pan. Lo que recogían, para defenderse para casa, y con lo que hacían cuatro perretas era cuando vendían el ganado, iban ganaderos a comprar allí, y las pieles y eso lo vendían, cuando los de la casa se mataban un cordero pues guardaban las pieles y después iban pieleros a comprarlas, que entonces lo pagaban bastante bien, ahora es cuando no dan nada por la lana” (Pilar de Casa Andreu), “pues pasaba la gente, el uno compraba olivas, otro compraba trigo, y al mejor postor” (Ramón de Casa Rin). Existían, además, mecanismos de trueque, intercambio, y solidaridad que sustitúan a los mercados. *“se compraba con ahorros que tuvieses, y sino decías, me puedes dejar cincuenta pesetas o cien o doscientas? Y se dejaban los unos a los otros dinero, sí. Entonces se ayudaba mucho, e íbamos por las casas por la noche a hacer reunión, y así hemos vivido” (Anita de Casa Cera).**

La modernización del sector agrario, como señalamos anteriormente, fue muy desigual, quedando algunas regiones “atrasadas” respecto a espacios muy industrializados (Germán y Pinilla, 1990). Regiones caracterizadas por elementos encontrados entre los modos de vida *cañutos*: la ganadería ovina trashumante, la agricultura de subsistencia y la pluriactividad (Clar y Pinilla, 2009). En el caso de Calasanz no tuvo lugar esa temprana desarticulación de dichos pilares, que muchos autores destacan (Clar y Pinilla, 2009), sino que todavía continuaron vigentes unas cuantas décadas más, como veremos. Así, la cotidianidad *cañuta* quedó todavía alejada de los principales cambios técnicos (Germán y Pinilla, 1990; Pinilla Navarro, 1992): la explotación de recursos y agua, la difusión de maquinaria agrícola, la modificación del medio mediante químicos, y la selección de semillas y razas.

Las obras del Canal de Aragón y Cataluña no beneficiaron a Calasanz, que continuó abasteciéndose del agua que se encontraba en manantiales cercanos, algún riachuelo y unas cuantas balsas esparcidas por el término. *“Pasa un riachuelo, muy poca cantidad, pero para regar los huertos en el barranco había. Cada uno buscaba algo de agua cerca de sus tierras” (Ramón de Casa Rin), “tenías que ir a buscar agua pero a la fuente, abajo,*

la fuente vieja donde estaban los lavaderos antes, y entonces te dejaban un burro y hacías un viaje o dos, y para lavar íbamos a lavar a las balsas que tenían otras gentes, o al molino (...) el agua de regar pues cuando te tocaba que bajaba del molino, que bajaba siempre agua pero a veces no había demasiada y la turnaban, y cuando nos tocaba y nos tocaba de noche pues íbamos allí, regábamos y luego ya volvíamos a subir” (Araceli de Casa Carpinteret), “además eran todos amigos, todos caseros así que se organizaban ellos, decían mira hoy voy a regar yo, mañana ya riegas tú” (Pilar de Casa Andreu) “y el agua que bajaba del torrente hacía mover el molino para el grano, y aparte de eso hacía corriente también, electricidad, y la subían arriba al pueblo” (José Mº Nin de Casa Carpinteret). Consecuentemente, no se crearon las llamadas comunidades de regantes, pero sí existía una organización colectiva para el reparto del agua. En este sentido, tampoco existieron en esta época los Sindicatos Católicos Agrarios en Calasanz, ya presentes en otros pueblos de La Llitera Baja.

Las nuevas maquinarias agrícolas tampoco llegaron a Calasanz (ver Anexo 5). “En un principio con las caballerías, dos mulas para trabajar el campo y una burra para ir al huerto” (Ramón de Casa Rin), “en aquellos años el campo lo labraban con las caballerías, el tractor vino más tarde, y sembraban también todo a mano. (...) Lo cogían como te digo, con la dalla, y luego se va quedando todo decantado y luego se va con un rastrillo y se va cogiendo, y se hace una gabilla, un montoncito, haces montoncitos cada algunos metros y luego cuando lo tienes todo cogido, se corta y cuando está seco se recoge para llevarlo a casa (...) Y para coger almendras y olivas, pues a darle con el palo, las perchas. Ponían mantas alrededor y lo vas recogiendo, y cuando esta la manta llena pues para el saco” (Pilar de Casa Andreu), “habían muchas oliveras aquí, y la gente que marchaban a coger olivas, las mujeres, niños, viejos, todos, cantando por la carretera, y cuando terminaba una casa pues entonces se hacían las acabaduras que decían, se hacía una fiesta y llevaban comida, y bueno hacían un poco de broma y pasaban el día bien, los carros los vestían, les ponían ramas, los adornaban, y hacían bailes en la casa. Vivíamos de otra manera, se vivía más... nos hacíamos todos, ¿sabes? Todos íbamos a una, nos ayudábamos (Anita de Casa Cera). Así, mediante herramientas y técnicas tradicionales, el trabajo era en ocasiones cooperativo y un espacio para la sociabilidad.

El resto de elementos característicos de la modernización, como la selección de semillas o el uso de insumos químicos, también fue inexistente. “En aquellos años todo era casero, se guardaba una simiente. Así como ahora en las cooperativas y todas esas historias ya te traen las cosas, en los años sesenta o por allá, hasta entonces guardaban un saco o tres de ordio y trigo, o que sembraban patatas, o tomates, acelguetas, lo que fuera, todo lo guardaban de un año para otro, después ya han venido las simientes seleccionadas, pero en aquellos años no” (Pilar de Casa Andreu), “todo pal campo. Mira, escobábamos las calles y las partíamos, cada parcela de la casa, cuando barríamos las calles, como había caballerías pues la caca caía por las calles, y cada uno tenía lo que había delante de la puerta de él (Anita de Casa Cera), “estiercol de todos los animales, del ganado y de las mulas, se recogía con el carro y cada uno lo transportaba como podía y para el campo, todo eso se tiraba en el campo. En aquellos años yo creo que no había tanto químico como ahora” (Pilar de Casa Andreu).

De esta manera, las *cañutas* todavía vivían con las lógicas de su sistema campesino de montaña, y no experimentaron (todavía) algunos de los problemas que otras localidades comenzaban a sufrir, como la falta de pastos de invierno para la cabaña trashumante

(Pinilla Navarro, 1992), ni problemas de las localidades que sí siguieron el ritmo de desarrollo, como la superproducción de cereales entre 1920 y 1935 (Germán y Pinilla, 1990).

¿Dónde estaba la gente?

A nivel comarcal, podría decirse que el siglo XX fue un periodo de crecimiento, alcanzando el máximo de población en 1960 y aumentando enormemente los habitantes de las localidades de regadío con la llegada del Canal de Aragón y Cataluña en 1906 (Murillo Murillo, 2010). Sin embargo, los nuevos regadíos suponían la oferta de empleo en el campo durante todo el año, mientras que en los pueblos de secano el trabajo era estacional en cultivo y ocasional en barbecho y descanso (González de Molina et al., 2019). De esta manera, en Calasanz y en otras localidades de La Llitera Alta, alejadas de las aguas del nuevo canal y con un sistema todavía campesino tradicional de montaña, muchas personas marcharon a vivir al regadío, siendo Tamarite y Binéfar las localidades que más crecieron (Murillo y Murillo, 2010). La política proteccionista en las zonas cerealistas más aisladas, por otro lado, únicamente hacía recaer sobre ellas una parte desproporcionada del peso fiscal, empobreciendo las comunidades y forzando a la emigración como única posibilidad de supervivencia (Corbera Abillar, 2010).

De esta manera, durante las primeras tres décadas del siglo XX la población en Calasanz rondaba los 720 habitantes, según el almanaque proporcionado por Víctor Bayona (ver Anexo 6), pero a partir de 1930 la población comienza a descender hasta los 597 habitantes (Murillo Murillo, 2010). Recordemos que, a mediados del siglo anterior, en el pueblo habían 1003 *cañutas* (Murillo Murillo, 2010), pero las migraciones a localidades como Zaragoza, Barcelona, Barbastro, Fraga, etc, debido al ya entonces desigual desarrollo de la agricultura, las cargas fiscales y dificultades ecológicas, hicieron que el pueblo comenzase el siglo con una población mucho menor (Erdozáin Azpilicueta y Mikelarena Peña, 2003). A lo largo del primer tercio del siglo XX, el número de habitantes de Calasanz se mantuvo más o menos estable, pero las primeras migraciones a zonas con mayor desarrollo industrial o con sistemas de regadío comenzaron a consolidar una tendencia en caída que ya no se volverá a frenar (ver tabla de la página 42) (Murillo Murillo, 2010).

1936-1959

El comienzo de la Guerra Civil manifestó grandes tensiones que se estaban dando en el campo e interrumpió las transformaciones de la agricultura aragonesa –que probablemente se encontraban en el origen de dichas tensiones-, que no se retomarían hasta décadas después, estancándose la economía española durante los años 40 (Pinilla Navarro, 1992). A partir de los años 50 la producción comenzó a recuperarse, sin embargo, la agricultura reduciendo rápidamente su peso y participación en el resto de la economía (Clar y Pinilla, 2009).

Antes de la Guerra Civil, en el campo aragonés se habían formado colectividades agrarias inspiradas en principios anarquistas (solidaridad, reparto equitativo, abolición del dinero, colectivización de los medios de producción, etc) (Corbera Abillar, 2010). Durante las desamortizaciones del XIX, los bienes de la iglesia y los comunales de los municipios fueron adquiridos por terratenientes; no se realizó un reparto equitativo de tierras, que, sumado a una Reforma Agraria republicana que no llegó a las expectativas de cambio que

existían en el medio rural, agravó conflictos a los que los colectivos anarquistas no veían solución dentro de un régimen capitalista (Corbera Abillar, 2010). Para el anarquismo aragonés, la transformación de la agricultura era posible sólo bajo un régimen de propiedad común y colectiva en el que el rendimiento se hiciese en función del bienestar del pueblo en general (Corbera Abillar, 2010). Con el alzamiento militar de julio de 1936, la zona republicana no sometida, dentro de la cual estaba La Llitera, inició el proceso revolucionario agrario, ensayando una nueva reorganización de la vida pública y agraria basada en la explotación colectiva de los medios de producción (siendo la tierra el principal) (Corbera Abillar, 2010). Hasta finales de ese mismo año se crearon colectividades en la comarca, formadas por casi todos los vecinos: se abolió la figura del asalariado, se distribuían los productos locales de forma cooperativa, se aseguraba la gratuidad de servicios como la atención médica, la luz, etc (Corbera Abillar, 2010). En Calasanz, donde no habían existido ni comunidades de regantes ni sindicatos agrícolas hasta entonces, se formó una colectividad agraria (Corbera Abillar, 2010). En abril de 1938, sin embargo, los nacionales ocuparon toda la comarca y disolvieron las cooperativas, confiscando muchos de sus bienes y devolviendo las tierras a sus propietarios anteriores (Corbera Abillar, 2010)

Las dos primeras décadas de dictadura fueron de aislamiento internacional y de política económica autárquica; se da, entonces, un “retroceso desordenado” a una agricultura orgánica sin integración agrosilvopastoril, desequilibrada y con ineficiencias, que conllevó la reducción de la producción agraria a los niveles de comienzos del siglo XX (González de Molina et al., 2019). Los proyectos de regadío quedaron paralizados, se frenaron las incorporaciones de maquinaria y no se renovaron los equipos que poco a poco iban quedando obsoletos (Clar y Pinilla, 2009), a lo que se le sumaron los daños que la Guerra Civil supuso para la cabaña ganadera, que quedó enormemente rebajada; en consecuencia, era necesario un mayor uso de mano de obra humana de bajo salario y régimen disciplinario (González de Molina et al., 2019). La población agraria, así, superó en 1940 y 1950 las cifras de 1900, suponiendo el 48’5% de los activos totales (González de Molina et al., 2019). Asimismo, la escasez de divisas y la falta de comercio internacional implicaron una limitación para el uso de abonos y fertilizantes químicos (agravada por la disminución de la cabaña ganadera) que explica, en parte, la caída de los rendimientos agrícolas y esta, a su vez, la carencia de alimentación animal (González de Molina et al., 2019). La política franquista siguió, además, una lógica de transferencia de la renta agraria a otros sectores: al asegurar precios bajos para evitar el encarecimiento de los salarios, subordinaron las políticas agrarias a la industrial y fomentaron la reducción de la producción agrícola (González de Molina et al., 2019).

Nuestra región oscense no fue menos: la agricultura que en algunos lugares había comenzado a “modernizarse” volvió a su modelo de base orgánica, se dejaron de usar fertilizantes químicos, se frenó la expansión de sus regadíos, se limitó la disponibilidad de medios de producción (tanto industriales como tradicionales), y se paralizó la expansión de superficies de cultivo (Clar y Pinilla, 2009). Cayeron, por tanto, sus niveles de producción, y las duras condiciones agroclimáticas de algunas zonas comenzaron a tener graves impactos en la actividad agraria, en un contexto de medios insuficientes y sobrepoblación (Clar y Pinilla, 2009). Las políticas franquistas intervencionistas (establecimiento de precios demasiado bajos, fomento de mercados negros, fijación rígida de salarios nominales muy por debajo del nivel preguerra, prohibición de la acción sindical, etc) y la falta de animales de labor tras la guerra redujeron la superficie cultivada de trigo y olivo, cultivos esenciales en las zonas de secano de Huesca (Clar y Pinilla,

